

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 15 - 21 abril 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 385

CUMPLIMOS LA PALABRA

**EL
ESTRECHO,
UN RIO QUE
UNE**

**ENTE A TODOS,
MPRE LA MISMA
STURA: UNIDAD
INDEPENDENCIA
MARRUECOS**



ORO, UN PERSONAJE QUE PIERDE IMPORTANCIA. Un mercado en el que ya no se especula (pág. 32)
reunión de la U. N. E. S. C. O. en Madrid (pág. 9) * El proceso de las fugas militares continúa en Francia (pá-
página 13) * La Flota mercante española, por G. Crespi (pág. 17) * Entrevista con Pedro Caba, por E. Salcedo (pá-
página 22) * Paco Díaz, picador de toros, por J. M. Deleyto (pág. 27) * La familia alemana, por M. Blanco Tobío (pá-
página 43) * Tiempo para vivir, libro de George Soule (pág. 46) * Los cien años del doctor Blasco Rubio, por B. Espi-
página (pág. 50) * Los Bancos españoles, por A. Barra (pág. 53) * Entrevista con don José María Pemán, por J. Sutil
(página 57)

UN HOMBRE DE LA TIERRA QUE SE LLAMA LUIS,
novela por Antonio Prieto



LA QUIEREN TODOS ...

...y todos la toman con placer y alegría,
porque saben que a todos conviene...

Para las jaquecas intempestivas de mamá;
para estimular las actividades físicas y mentales
de papá; para "abrir" el apetito al niño...
Es la saludable bebida de los "¡buenos días!",
la preferida en la casa, la que toda la
familia ha elegido para su bienestar.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.



Adquiera el
frasco grande.
Resulta más
económico.

DEPURATIVA - TONICA - REGULADORA

Laboratorio: FEDERICO BONET, S.A. - Infantas, 31. - MADRID

CUMPLIMOS LA PALABRA



Acto de la apertura de las conversaciones hispanomarroquíes en el Palacio de El Pardo

EL ESTRECHO, UN RIO QUE UNE

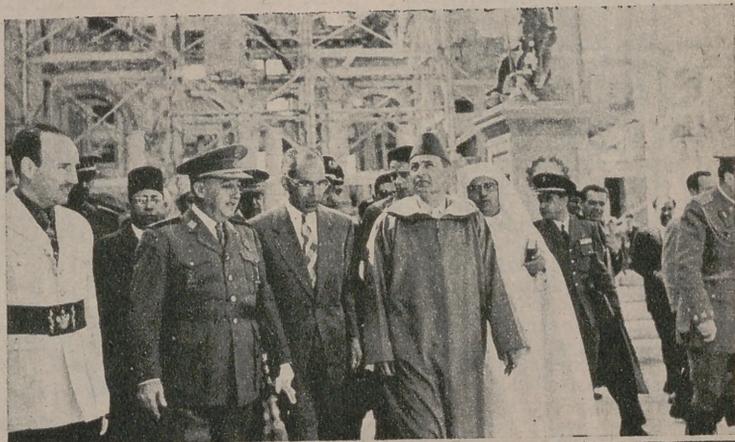
FRENTE A TODOS SIEMPRE LA MISMA POSTURA:
UNIDAD E INDEPENDENCIA DE MARRUECOS

La política tampoco se hace a saltos. He aquí porqué el antecedente de la Declaración Hispanomarroquí de la pasada madrugada del día 7 del actual, tiene antecedentes muy remotos. Tanto como las relaciones existentes entre los pueblos ribereños del estrecho de Gibraltar, es decir, como la historia misma de España y de Marruecos, que, en muchas de sus páginas, se mezclan y se unen, hasta el punto de desvirtuar un tanto los epitomes al uso, según los cuales, los árabes llegaron cierto día, a comienzos del siglo VIII, a nuestra Península para irse luego a finales del XV, como si en esta relación de los pueblos fronterizos ello hubiera sido apenas un episodio, bien que muy trascendente, aunque no fuera más que por la inmensa dilatación del hecho: casi ocho siglos.

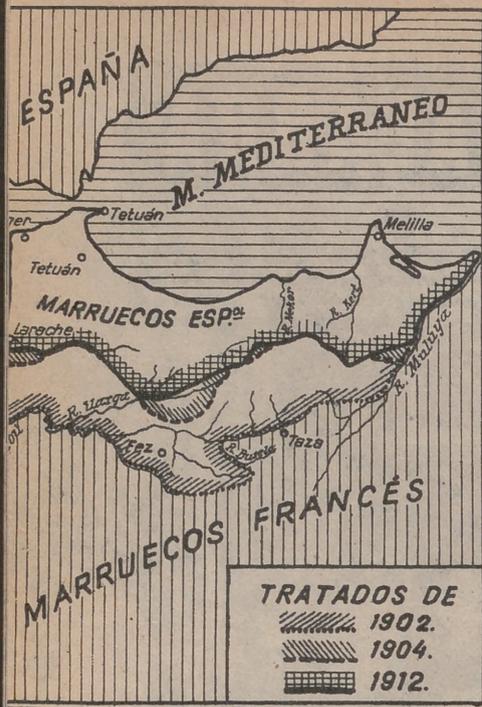
La verdad, la verdad estricta, es bien diferente. Desde el «captiense» a la fecha, Marruecos y España han estado enlazados y relacionados sencillamente porque esa angostura de 14 kilómetros, que es el Estrecho, une mucho

más que separa, al revés también de lo que dijera ciertos textos, según los cuales España está «separada» de África precisamente por ese paso.

Pero, naturalmente, nuestro relato no ha de remontarse, ni mucho menos, tanto. Nos basta apenas con situarnos en las postrimerías del siglo pasado, cuando



S. E. el Jefe del Estado y Mohamed V, en su visita a las ruinas del Alcazar



Esquema gráfico del proceso diplomático de delimitación de la Zona Norte de Marruecos, que muestra la sucesiva reducción de nuestra zona de influencia

España sufría las heridas de sus guerras ultramarinas y cuando Europa se disponía a lanzarse sobre África con avidez insaciable para apoderarse de todo. El imperio del capitalismo daba por entonces sus frutos más claros en el ámbito de eso que se ha venido en llamar luego «colonialismos», y que antaño se llamaba sencillamente «colonismo». Cuestión de unas letras, mucho más que cosa diferente.

Terminaba el siglo XIX. España había perdido de golpe todo su Imperio ultramarino. Estábamos en África desde tiempos remotos, sin embargo. En Melilla, pocos años después de la conquista de Granada y antes de que Navarra se incorporara al Reino. En Ceuta, desde que, tras la separación de Portugal y fin de la Unidad Ibérica, los vecinos de aquella plaza optaron por quedarse españoles. Francia había sufrido años atrás (1870-71) una terrible derrota en los campos de Metz y de Sedán, y la paz de Versalles la había dejado maltrecha. Pero, al fin, iniciaba su restablecimiento, y, cosa notable, recibía alientos de Bismarck para expansionarse en África, sin duda porque el canciller prusiano quería a toda costa distraer a los franceses en empresas extraeuropeas. La cuestión para Francia comenzó en Argelia (1830), y siguió por Túnez y Marruecos. Francia no se contentaba con poco. Inglaterra, es verdad, la daba ejemplo, expansionándose por todo el mundo, sin olvidar, naturalmente, el Continente negro. Así surgió el inmenso Imperio francés africano que, como el inglés, abarcaría, andando el tiempo, alrededor de una tercera parte del suelo de África. Francia e Inglaterra, pues, se quedaron con el 66 por 100 del territorio del vecino Continente,

y, no hay que decirlo, con la inmensa mayoría de sus riquezas; desde los minerales a la ganadería, y sin olvidar los recursos agrícolas.

El problema político en el África del Norte fué, sin duda, complejo. Francia, dueña de Argelia, tras de una larga guerra de conquista, de diecisiete años de duración, pretendió asimilársela, haciéndola territorio francés, con mano de obra principalmente española e italiana también. Túnez fué constituido en Protectorado. El turno debería llegarle pronto a Marruecos. La cuestión era menester plantearla, sin embargo, con cautela, y, sobre todo, contentar a los golosos. No estaba, por cierto, entre ellos España. No lo estuvo jamás.

«EL ESTRECHO NOS UNE COMO SI FUERA UN RÍO»

España quería siempre lo mismo. Lo que ha vuelto a repetir ahora mismo en texto diplomático. España ha querido siempre —¡siempre!— un Marruecos independiente, soberano y unido. Su política no ha sido a este efecto nunca equivocada. Veamos la muestra. Cuando terminaba el pasado siglo, al amparo del remanso de la Restauración, nacia en España, en momentos políticos cruciales—sobre todo en lo que a África se refiere—un movimiento africanista que era popular. Este movimiento—al que oficialmente no se le apoyó siempre tanto como debiera—se vinculó en una pléyade de personalidades notorias procedentes de los más diversos campos políticos. ¡Como que a la postre no se trataba de un partido, sino de un movimiento nacional! El africanismo español, así plasmado, tuvo en su historial un acto de singular significación.

Tuvo éste lugar en el antiguo teatro madrileño de la Alhambra. El acto, que se denominó, con la terminología de la época, «mitin», se verificó en dicho lugar, exactamente, el 30 de marzo de 1884. Curiosa cosa; justamente veintiocho años antes de que se firmara el tratado de 1912, entre Francia y Marruecos, que fué el que implantó el Protectorado. En el «mitin» africanista en cuestión intervinieron muchas personalidades, entre ellas Coello, presidente de la Sociedad Española de Africanistas y miembro de nuestra Sociedad Geográfica; Carvajal, ex ministro de Estado; Pedregal, que lo había sido, tam-

bién, de Hacienda; C. Sorni, que lo había sido, del mismo modo, de Ultramar; el general Bonanza, antiguo comandante general de Ceuta; don Joaquín Costa, el insigne polígrafo de Graus, etc., etcétera. ¿Qué pensaba, en aquel preciso instante—no había pasado aún el cuarto de siglo desde que terminara nuestra gloriosa guerra de África—, el africanismo español? Pues véalo por sí mismo quien lee: «¿Nos separa el Estrecho?» (España, de Marruecos), se pregunta, por ejemplo, el señor Costa, y se contesta: «¡No!, porque el Estrecho no nos separa como si fuera una cordillera; el estrecho nos une, como si fuera un río.» «La conversión de Marruecos en colonia francesa o en colonia británica—sigue Costa—sería fatal para España.» Y añade, concluyente: «Lo que a España interesa, lo que España necesita, no es sojuzgar el Mogreb; no es llevar sus armas hasta el Atlas; lo que a España interesa es que el Mogreb no sea jamás una colonia europea; es que, al otro lado del Estrecho, se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por vínculos de interés común, como lo está por los vínculos de la vecindad y de la Historia; lo que importa a España es que Marruecos vuelva a ser una poderosa nación como en el siglo XVI. bajo el gobierno del insigne Muley Ahmed...»

¿Está claro esto? Pues no olvide quien lee que ello lo dijo una de las más preclaras figuras del movimiento africanista español, entre atronadores aplausos de un público entusiasmado y patriótico, ahora hace casi justamente setenta y dos años. Esto es, más de medio siglo. Porque esto y nada más que esto es lo que ha dicho claramente el Gobierno español ahora, por la autorización expresa y protocolaria de su Ministro de Asuntos Exteriores, la madrugada del 7 del actual, en el palacio madrileño de Santa Cruz.

Pero en el «mitin» del teatro de la Alhambra se repitió este mismo concepto por otros oradores. Para no hacer esta cita histórica interminable, nos referiremos sólo, para terminar la documentación del antecedente, a las manifestaciones del propio presidente de la Sociedad Española de Africanistas, señor Coello. He aquí sus palabras y también sus advertencias al peligro: «Todos sabéis, señores—dijo—, que Fran-



Negociación del tratado hispanofrancés de 1912 en Madrid, entre el ministro señor García Prieto y el embajador de Francia, M. Geoffray, estando presente el embajador de Inglaterra



Un momento histórico de la Conferencia de Algeciras, en 1906

cia, no contenta con ocupar la vasta superficie de la Argelia, ha extendido recientemente su territorio, abarcando por completo a Túnez. La Inglaterra ha puesto ya el pie en Egipto, y, ciertamente, será muy difícil que abandone aquel suelo. La Italia, descontenta porque se le ha arrebatado Túnez, hacia el cual dirigía sus miradas, se prepara a ocupar la regencia de Trípoli, único espacio que la ha quedado.» «¿Qué será de España—prosigue el señor Coello—el día que otra potencia europea se establezca en las costas fronterizas del Norte de África?» Y el señor Coello, como Costa, termina tajante su párrafo y su idea con esta rotunda manifestación: «Creo que la dignidad española no puede consentir que otra potencia, que no sea Marruecos, se levante, enfrente, en esas costas.»

La cosa, pues, queda harto clara. España no quería, ni quiso nunca, el reparto de Marruecos, ni que nadie reemplazara, en el Norte de África, la existencia soberana y libre del Imperio marroquí, nuestro amigo histórico y nuestro aliado natural por imperativo de la geografía.

[Pero...]

EN 1902 ESPAÑA IMPIDE EL REPARTO DE MARRUECOS

Lo que pasó luego no fué cosa nuestra. Fué cosa que se nos dió decidida e impuesta. Veremos, brevemente, cómo. El Acta de Algeciras de 1906 no fué—como se afirma, ligeramente, muchas ve-

ces—el reparto de Marruecos. Ni mucho menos. Fué, eso sí, una intromisión y una fiscalización en el Imperio mogrebino impuesta por las grandes potencias. En realidad, se ponían éstas de acuerdo en su programa ambicioso de aspiraciones mínimas. Las máximas habrían sido devorar el Imperio. Pero ¡eran tantos los intereses...! Se trataba, simplemente, de ponerse de acuerdo y de buscar moneda hábil en el intercambio de intereses. No era ello, como vamos a ver, cosa imposible. Abre el juego Inglaterra. Francia está decidida a extenderse al Mogreb, desde Túnez y Argelia. Pero Inglaterra cela. Le interesa tener, en esta empresa gala, una espléndida compensación. Y por añadidura, que se guarde el Estrecho. Al fin, ella es a la sazón la primera potencia naval del mundo entero. Se ha instalado en Gibraltar, y trata de neutralizar la costa frontera del Peñón al propio tiempo. Las relaciones entre París y Londres eran, a la sazón, más que tirantes. Ambos países lo codiciaban todo en África y, naturalmente, no había modo de conciliar tan desmedidas ambiciones. Había surgido el episodio de Fachoda, y los temores de un conflicto eran patentes. Pero, al fin, todo se arreglaría pronto. Había medios de conciliar los intereses; ¡el botín africano era tan rico!

Paris, mientras tanto, quiere ganar tiempo, mientras que el entendimiento se logra. Quiere ganar al Gobierno de Madrid. Para ello le brinda un espléndido presente: la mitad septentrional de Marruecos, cuyo país debería ser la víctima propiciatoria del momento. Materialmente trata de imponerse al Gobierno de Madrid el reparto de Marruecos, de forma tal, que se cedería a España todo lo que ha sido luego Zona de influencia española, más las regiones meridionales de la cadena rifeña, hasta Tazza y Fez, con las riberas fértiles del Sebú incluidas. España no tenía sino que firmar aquel tratado—el denominado tratado nonato de 1902—, pero que, efectivamente, el Gobierno español no aceptó. España, por expresión de nuestro Ministerio de Estado, se negó a aceptar la mutilación del Mogreb y su reparto. Nuestro Gobierno suscribía con su decisión, bien se ve, las palabras, y aceptaba la postura que ha quedado reseñada del movimiento africanista español.

En 1902, España, por tanto, impidió el reparto de Marruecos, y no se dejó seducir por la rica participación que se le brindaba. España, con su posición irreducible, prolongó así algunos años más la independencia, la soberanía y la unidad del Imperio cherifiano.

SIN ESPAÑA Y CONTRA ESPAÑA

Sin embargo, nuestra posición decidida no podía ser ya, en lo sucesivo, suficiente para contener las ambiciones de los poderosos. Francia e Inglaterra—cómo no—terminan por entenderse, sin España, y por lo que veremos en seguida, contra España. Había materia de compensación. Y Francia la encontró. La llamada declaración francoinglesa del 8 de abril de 1904, decidida, en resumen, lo siguiente: se zanjaba el incidente de Fachoda, cediendo Francia a Inglaterra manos libres en Egipto. A su vez, Inglaterra concedía a Francia libertad de acción en Marruecos. Un toma y daca, como se ve, singularmente expresivo. Sólo que con una li-



Si Mohamed el Mokri, embajador extraordinario del Sultán de Marruecos, firmando el convenio de 16 de noviembre de 1910

mitación. Inglaterra pensaba siempre en la libertad de navegación por el Estrecho. Le inquietaba que Francia se asomara allí. Acababa de vencerse una crisis grave, y Londres recelaba todavía de París. Para ello se buscó a España, no porque le interesara a los contratantes del acuerdo, ni mucho ni poco, nuestro país, sino para que garantizáramos, con nuestra presencia, la neutralización de las costas africanas del Estrecho. A España, por consiguiente, se le cedería una zona litoral, que no podríamos enajenar, ni siquiera fortificar. Debíamos, simplemente, montar la guardia de la neutralización del paso; hacer como de porteros benévolo del estrecho de Gibraltar.

Por su parte, las cosas entre París y Roma no discurrieron por cauces muy distintos. Italia había hecho hacía un tercio de siglo su unidad, y tenía ya pujos de gran potencia. Coqueteaba a la sazón entre la «Triplice» y la «Entente», y, naturalmente, había que contentarla, si se la negaban sus ambiciones sobre el Magreb. La fórmula anterior sirvió también en este caso. Francia se reservaba para sí Marruecos, Italia quedaba en libertad de emplearse a fondo en los arenales infinitos del desierto líbico. Al fin, como luego dijera, pasados los años, Mussolini, Libia era la cuarta fachada de la península italiana.

A la postre, quedaba ya sólo otro ambicioso listo para sacar tajada del reparto. Era Alemania, el último país al que Francia debía

de contentar. Y como el Káiser aspiraba a mucho y su Imperio era a la sazón poderoso y temible, hubo que ceder lo suficiente para que Berlín se contentara. Nada menos que esta aquiescencia—la germana—costó a Francia 200.000 kilómetros cuadrados de tierras fértiles en el Africa ecuatorial, las mismas que luego perdería Alemania, por cierto, en la primera guerra mundial, para volver a manos de su primera detentora. Francia, así como de Inglaterra. Ambas potencias, bien se ve, no han perdido baza hasta la fecha en los asuntos de Africa.

Pero Francia, que había tenido que ceder tierras con tanta amplitud al Imperio alemán, ideó una singular treta: ¡Cobrarle de España! ¡Curiosa evocación al principio de «equidad internacional» que nos descubrió, entre jocoso y cínico, el señor Delcassé! Y España, a la que se había impuesto la necesidad de ocupar su lugar en el reparto de Marruecos, en el borde meridional del Estrecho, según los límites, harto exiguos del tratado de 1904; que se vió obligada a aceptar, pero que apenas si tuvo real vigencia, debió de avenirse con las posteriores limitaciones de un nuevo tratado, que se firmó justamente, en Madrid, el 27 de noviembre de 1912.

SIEMPRE DOS PALABRAS: PAZ Y AMISTAD

Pero antes es menester un precedente, porque esta cuestión del reparto político de Marruecos es singularmente enrevesada, tanto

al menos como los intereses que en su torno se agitaron.

El 30 de marzo del año últimamente citado, Francia, al fin, pudo decretar su «dictado» al Sultán, solo y débil. Para ello, se había ganado previamente la conformidad de Inglaterra, de Italia y de Alemania. España tenía que aceptar su puesto sin rechistar. Los poderosos—y los ambiciosos—estaban satisfechos y de acuerdo.

El tratado franco-marroquí de aquella fecha—el llamado Tratado de Fez—porque se firmó en la capital sultaniana—fue un «dictado» impuesto con el título de Protectorado.

Francia a la postre, se quedaba con Marruecos, subrogando luego, de hecho, la soberanía del Sultán y tomando posiciones de dueña y señora. Pero el Tratado de Fez, de 30 de marzo de 1912, tenía un apartado para nosotros interesante. Consistía en concedernos una zona de influencia en el Norte, más pequeña, desde luego, de la reconocida en el tratado de 1904, como consecuencia de la citada Declaración Francófila de este mismo año. España debía guardar las orillas meridionales del Estrecho, sin fortificarlas de modo que su presencia las neutralizara. Para ello, Inglaterra estaba, desde hacía dos siglos, en Gibraltar, y Francia se establecía, de hecho, en la zona internacional de Tánger, en la que representaba ella los intereses del Sultán, lo que equivale a decir que la internacionalización era una simple etiqueta que envolvía una mercancía netamente francesa.

Y España se encontró así, por imperio de las circunstancias, por decisión de los fuertes, y contra su propia voluntad y deseo, colcada en lo que dió en llamarse «el hueso» de Marruecos, sobre tierras difíciles, quebradas, y las más de las veces pobres, al menos si se comparan éstas con las ricas llanuras de la Chaux o de la cuenca del Sebú.

España, a la verdad, tenía ya un antecedente remoto y largo de historia diplomática marroquí. Nada menos que en 1767 habíamos firmado, no un tratado del tipo de los indicados, sino otro, llamado de «Paz y Comercio», otro, en 1780, que se llamó, a su vez, de «Amistad y Comercio», otro aún, en 1799, denominado igualmente de «Paz, Amistad, Navegación, Comercio y Pesca»... Obsérvese—y no es mera coincidencia—la reiteración de estos tratados, que invocan constantemente la «paz y la amistad» entre los dos países. ¡Nuestra política con respecto a Marruecos fue así de clara siempre, y jamás quiso ni ambicionó otra cosa que esa paz y esa amistad, tan repetidamente enunciadas en la titulación de estos convenios!

El mismo tratado de 1860, que puso fin a la guerra de Africa—«una guerra grande y una paz chica», a juicio de los que pretendían grandes conquistas—, también se llamó de «Amistad y de Paz». Allí, como siempre, tras de Uadrás, fuimos lo que siempre fuimos: generosos y nobles. Nos interesaba, más que el botín y las conquistas, la amistad; y, a la postre, tratados y acuerdos sucesivos fueron luego dulcificando, al fin, las cláusulas, nada duras,



El duque de Canalejas, en el viaje oficial a Marruecos, cuando era presidente del Consejo de Ministros



Momento de la firma de la declaración hispanomarroquí del día 7 de abril, en el palacio de Santa Cruz.

de un tratado benévolo y fraternal.

Y llegamos al tratado de 1912, porque es menester sintetizar, y basta con lo dicho.

EL TRATADO DE MADRID, DE 1912

El tratado de Madrid, del 27 de noviembre de 1912, fué una simple secuela, directa y obligada, del franco-marroquí del 30 de marzo del mismo año. En aquel primer acuerdo se nos había reservado un puesto que era menester ocupar, aun sin contar con nuestra aceptación. España es impelida a ocupar ese puesto que le repugna. Pero no puede eludirlo. Y se dispone a ir adonde la han empujado tan tenazmente. Si hubiera faltado en aquel momento en aquel sitio, no habría sido Marruecos—ya protegido—quien debería restar, sino Francia. Y ello habría sido demasiado grave. Nuestra Península tiene ya, al Norte, en el Pirineo, una frontera francesa, y no puede, ni debe, tener otra en el Estrecho.

España vs a Marruecos. ¡Qué remedio tiene! Pero el tratado del 27 de noviembre España incluso no quiso firmarlo. Lo firmará sólo a última hora, y tras de que medie en la espera la pistola de Pardiñas. En efecto, el tratado francoespañol tiene un antecedente sangriento. Francia requiere y presiona a España para firmar la aceptación del Protectorado que aquélla había aceptado—con la salvedad de la zona septentrional de Marruecos—en el Tratado de Fez. Pero Canalejas, a la sazón presidente del Gobierno español, se resiste. Había tenido que precipitarse a ocupar Larache y Alcazarquivir, que Francia se disponía a conquistar, lo que se evitó con la decisión de Silvestre y la previsión del citado jefe político español. Pero Canalejas se negaba a aceptar las imposiciones francesas y las con-

versaciones para culminar el acuerdo no prosperaban. En esta situación de verdadera paralización diplomática entre París y Madrid, la Policía española tuvo una confidencia: Manuel Pardi-

ñas Serrato, bien conocido de ella por sus antecedentes delictivos e ideológicos, llegaba a París, vía Londres, procedente de lejanas tierras, con un propósito criminal: el de asesinar bien al Rey,



S. E., el Jefe del Estado español recibe al Sultan de Marruecos en el aeropuerto de Barajas

bien al jefe del Gobierno. Agentes policíacos españoles fueron destacados a Francia, pero al fin se retiraron más tarde y Pardiñas entró en España. Un mal día, justamente el 12 de noviembre de 1912, en la Puerta del Sol, don José Canalejas caía muerto a tiros por Pardiñas. Justamente quince días después, esto es, el 27 del citado mes y año se firmaba, sin más, el tratado francoespañol que más tarde ratificaría directamente S. M. I. el Sultán. ¡La cuestión estaba decidida!

«... BAJO LA AUTORIDAD CIVIL Y RELIGIOSA DEL SULTÁN»

¿Qué decía el tratado de Madrid en resumen? Pues lo que vamos a sintetizar a continuación. Treinta artículos se refieren en él a cuestiones diversas, no siempre concretamente marroquies. Se nos otorga en él una zona de influencia en la que nos corresponde velar por la tranquilidad del país y «prestar asistencia al Gobierno marroquí, para la introducción de todas las reformas administrativas, económicas, financieras, judiciales y militares que necesite», siempre sin olvidar lo convenido en la declaración francoinglesa (neutralización del Estrecho), ni los acuerdos de Francia con Alemania, de 4 de noviembre de 1911, que se referían a la igualdad comercial.

El tratado hispanofrancés de Madrid, de la fecha arriba indicada, convenía más: las regiones que quedaban bajo nuestra influencia se especificaba continuarían «bajo la autoridad civil y religiosa del Sultán», y se administrarían con la intervención de un Alto Comisario español, por un Jefe designado a la postre por el Sultán, del que recibiría delegación general y permanente.

Se exceptuaba de nuestra influencia la zona de Tánger, en donde Francia —lo hemos indicado— quería reservarse un ventanal abierto sobre el Estrecho y una puerta —¿por qué no decirlo?— en la retaguardia misma de nuestro Protectorado.

Hasta aquí lo esencial, a nuestro fin, del contenido del Tratado de Madrid de 1912. Obsérvese en este texto una vez más la reiterada posición española al reconocer siempre la autoridad civil y religiosa del Sultán, es decir, la soberanía de éste, lo que a la postre era todo lo contrario de la mutilación e incluso, en cierto modo, de la subordinación de su plena autoridad.

España, a la postre, se resistió hasta el final, bien se ve, al reparto de Marruecos, y al menoscabo de su soberanía. Cuando la fatalidad la llevó, contra sus deseos, a intervenir en Marruecos, ocupando su zona, ello fué sencillamente cuando los hechos consumados la impedían tomar posición diferente y aun así aceptaba el ejercicio de su influencia tras de la declaración de reconocer la soberanía sultaniánica y la continuidad de su autoridad religiosa y civil. Luego...

ABNEGACION Y GENEROSIDAD

Luego España ha ejercitado las obligaciones que adquirió. Ha rea-

lizado una sólida y profunda labor protectora. No nos gusta de parangones. Pero si fuera menester hacerlos, diríamos que España llevó al progreso a una zona tradicionalmente insumisa —«blades-siba»— generalmente pobre; en cambio, superpoblada, pese a sus pocos recursos. España allá, a través de los años, desarrolló continuamente una acción benéfica, de asistencia social, de instrucción, de puesta en valor» de su suelo, de mejora de su agricultura, de obras portuarias y de apertura de comunicaciones, de industrialización hasta donde ha sido posible, de aprovechamiento de la riqueza, de saneamiento, de moralización de las cosas públicas. España ha construido puertos, carreteras, ferrocarriles, aeropuertos, ha levantado industrias, ha creado hospitales, escuelas, centros de estudio y de investigación, ha repoblado el monte y tantas y tantas cosas más. Mientras que el otro Protectorado era rico, el español era pobre. Y España ha vaciado generosamente sus arcas, en continuado desembolso de recursos propios que suman muchos miles de millones de pesetas, para fomentar el bienestar de Marruecos. Ha terminado con el paludismo. Ha hecho incrementar notablemente la edad media de vida. Ha amparado en todo momento al pueblo protegido. Y, en fin, en la época subsiguiente a la última gran guerra, cuando la injusticia y la estupididad ajena puso bloqueo a España, dificultando hasta el extremo nuestros suministros y cerrando incluso nuestra frontera pirenaica, España, los españoles todos, retiraban de su ración exigua de cada día un poco, para que pudieran comer también un poco los marroquíes hermanos de nuestra zona. Más todavía: antes aún, cuando la guerra última estalló e hizo de Europa y del Norte de África un campo general de ensangrentada batalla, como España su zona protegida de Marruecos y Tánger, salvada del infierno por nosotros concretamente, fueron excepción única y feliz en el incendio general del mundo. El Marruecos español de entonces no conoció, gracias a la sagacidad y la protección hispana el horror de la guerra como Argel, Orán o Casablanca...

Tal fué la obra de España. Generosa como ninguna. Fraternal, cordialísima, abnegada.

COOPERACION SIN «INTERDEPENDENCIA»

Y llegamos al epílogo de este artículo. La política del Protectorado, por su propia definición, tiene forzosamente un fin. Como la tutela termina con la mayoría de edad del tutelado. España ha juzgado llegada ésta ya. Y, generosa otra vez, sin regateos, sin «interdependencias», al contrario, brindando amistad y «cooperación», España no ha discutido los deseos de su tutelado. No han sido precisas muchas palabras, ni largos debates para convenirlo así. Pudo, sin duda alguna, España unilateralmente, por sí sola haber proclamado la independencia de su zona, el derecho a su incorporación a la otra y el reco-

nocimiento de la soberanía del Sultán. Pero ha preferido el diálogo. Bien está. Ello le ha permitido, al decir de los enterados, escurrir de boca de los ministros del Majzén sultaniánico, palabras de amor, de reconocimiento, de amistad. Está bien. Es justo ello. Y reconfortante. España no ha hecho lo que han hecho otros: regatear al final, discutir para restar y, al fin, quedarse. De estas tristes experiencias el mundo de hoy sabe lo suficiente —en África y fuera de África— para que merezca el asunto mayor precisión y detalle. Su Majestad Imperial el Sultán ha tenido para nuestro Caudillo, como éste para aquél, palabras de singular simpatía y cordialidad. Y al fin la declaración hispanomarroquí del 7 del actual es concluyente: «España reconoce la independencia de Marruecos, su unidad y la soberanía del Sultán plena y absolutamente». Concede, por ello, tenga Marruecos, en lo sucesivo, su «diplomacia propia». Y hasta su «Ejército». Un Ejército al que, se añade, contribuirán a formar cuadros de soldados hasta aquí jilifianos e instructores formados en España, en esa Academia de la ciudad del Tajo, por ejemplo. Como dijo el Sultán al admirar atónito el cuadro heroico en donde se librara el asedio del Alcázar toledano. Un acuerdo nuevo, en fin, que no desecha la «cooperación cultural, económica y social».

La Declaración hispanomarroquí, salida libremente de la voluntad de los dos pueblos del Estrecho, no podía ser, en realidad, más que eso. Lo que fué siempre: la voluntad de España y la de Marruecos cuando libres pudieron negociar. Un acuerdo sin enrevesamientos. Un acuerdo explícito, noble a la luz del día, sin segundas intenciones de retorcidas interpretaciones como eso de la «interdependencia», cuyo contenido, a la llana, nadie sabe explicar. Un acuerdo, insistimos, de «cooperación libre», lo que ya no es lo mismo, porque esto lo entiende cualquiera y es el fruto de una comprensión general y cordial.

Henos aquí, pues, al final de una etapa histórica —¡tiene tantas la historia común de los pueblos del Estrecho!— que dará paso a otra. Otra nueva, pero vieja a la vez, en la que ambos pueblos, España y Marruecos, deben de vivir amigos; en relación íntima y cordial y con el ánimo conjunto puesto en el mismo ideal: la paz propia y la paz mundial. Porque, en efecto, de esa paz ahí, en la orilla del Estrecho —rara excepción desgraciadamente ahora en el mundo— puede y debe salir la paz en el Mediterráneo occidental al menos. Lo que no es ciertamente poco.

Los que pretendían otra cosa —que los había—; los que suponían actitudes torcidas y ansaban luchas y conflictos, se han equivocado de medio a medio. En las orillas del Estrecho «ha e fallado la paz». ¡Que Dios la haga larga y generosa, como quiere la voluntad de ambos pueblos! Porque esa paz allí la necesita y le es imprescindible al mundo entero.

UNA "BABEL" DOMINADA

LA UNESCO SE PONE EN MARCHA

UN MECANISMO PERFECTO QUE TRABAJA EN SILENCIO



—¿QUE hay?. Bon jour. ¡Oh! Pardon. Un momento. ¿Cómo está?

—«Tres bien». «Et vous?» ¿Qué tal desde ayer? ¡Oh! Perdón. Un momento. Voy a saludar aquí. ¿Cómo está?

—«Well». ¿Qué tal? «Good morning». ¿Dígame? Sí, ahora voy. «Comment allez vous?»

—¡Oh. ¿Qué tal? ¿Qué tal?

—¡Hombre! Le dejo. Me están llamando. «How do you do?»

—«Bon, bon».

En el Salón Magno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas van concluyendo los saludos de esta heterogénea familia que compone la Unesco. Ya se han visto todos. El señor del turbante ha saludado a la señora del pelo cano. La señora del pelo cano ha saludado al observador de la Santa Sede. Un sacerdote ha saludado a mister Evans. Mister Evans ha saludado a monsieur Laugler. Parece que se preguntan: «¿No quedará nadie por saludar?» «¿Dónde estará aquel señor del Pakistán que charló ayer conmigo?» «¿Estaremos todos?»

Son las once de la mañana del día 9 de abril. Todo está a punto. En treinta y dos despachos y departamentos, la gran máquina perfecta de los servicios auxiliares en la tarea de la Unesco está preparada. Las secretarías más inmediatas traen y llevan las últimas notas.

«Ahora voy a coger a los embajadores», piensa el fotógrafo, mientras se coloca ante la segunda fila de butacones.

Y el fotógrafo aprieta de nuevo el disparador. Y otra vez. Y otra. Y aquel otro fotógrafo. Y el otro. Más de veinte fotógrafos encienden y apagan sus lámparas: aquí; allá; al lado de la ventana; en la puerta; de nuevo aquí...

Son los once y veinte minutos. El salón ha quedado silencioso: es un segundo. De pronto, dos inmensos focos iluminan descarada-



Un mundo heterogéneo. Cinco continentes en armonía: la XLIII Reunión del Consejo Ejecutivo de la U. N. E. S. C. O. unifica diferencias



Sir Arcot L. Mudaliar (India), que preside las reuniones de Madrid, da instrucciones a una de las secretarías

mente toda la sala. El «No-Do» comienza a rodar, y por una puerta lateral pasa al estrado la presidencia: en el centro, el Ministro de Educación Nacional, que tiene a su izquierda al director general de la Unesco, mister Luther Evans, y a su derecha al vicepresidente, doctor Vittorino Veronese.

Detrás de esto, todo el aparato auxiliar del Consejo Ejecutivo ha comenzado a funcionar silenciosamente. No hay un solo fallo. Funciona mecánicamente: La Unesco está en marcha.

LA BABEL DOMINADA

Habla sir Ben Boven Thomas, Inglaterra. El profesor Massaqui, de Liberia, se ha quitado los auriculares y golpea con ellos una jarra llena de agua. Los profesores Johannes y Laugier, de Indonesia y Francia, le siguen, protestando educadamente. El profesor Johannes levanta las dos manos:

—No se oye la vía francesa.

Monsieur Michel, francés, es el jefe del equipo técnico de traducciones simultáneas. Hace una señal a José Salgado Ora, técnico de sonido de Radio Nacional de España. Con sus auriculares puestos coge la vía francesa y empieza a mover palancas y botones. En la cabina número 4, mademoiselle Routier, se pone un poco nerviosa. Se le nota a los pocos segundos, reparada la interrupción, habla y traduce cuidadosamente del inglés. Su francés perfecto se carga en algunas sílabas. La traducción parece más rotunda.

En los cajetines se lee «Unesco». Cada uno tiene una palanquita que puede adoptar cuatro posiciones. Con la segunda, al mismo tiempo que habla sir Ben Boven Thomas se escuchan sus palabras en español. El señor Aguirre y el señor Figueroa son fieles a cuatro idiomas. Una pequeña presión en el número 3, una voz inglesa, la del propio orador. Llega a través del cable coaxial. Los traductores simultáneos del inglés descansan. Se habla en el propio idioma al que en otros casos traducen los tres restantes. La señorita Longley descansa y repasa con la mirada curiosa de sus ojos grandes y bonitos la sala del Consejo en pleno funcionamiento.

La señorita Kotrchova modula el idioma ruso a un mismo tono vigoroso y uniforme, en la posición uno de los cajetines individuales que delegados, observadores y periodistas tenemos al alcance de la mano. Están sujetos con gomas al brazo de la silla.

—Son ocho intérpretes, dos para cada idioma.

Monsieur Michel cambia constantemente de vía, vigilando una posible interrupción. Es empleado de la Unesco, con sede en París. Allí son nueve personas las encargadas de la cuestión técnica para la traducción simultánea. El material es francés.

—A Madrid he venido yo solo, como jefe técnico de este servicio.

Aquí le ayuda ese técnico joven de Radio Nacional, Salgado Ora, que no pierde de vista ninguno de los complicados registros siem-

pre multiplicados por cuatro. A su izquierda, los ocho discos de cuatro magnetofones registran las palabras de los delegados. Se van enrollando lentamente con la cinta grabada en ruso, español, inglés y francés.

El mecanismo es perfecto.

PRENSA Y RADIO EN LA UNESCO

—No, señor, yo no pertenezco a la Delegación española. Estoy aquí al frente del Servicio de Prensa y adscrito a la Unesco. Me ayuda esta simpática señorita.

Es Lolita de la Serna, una chica alta, silenciosa, guapa. Calla, pero sonríe con los ojos. Desde las nueve y media de la mañana hasta la una y media, está sentada ante la máquina. Por la tarde, de cuatro y media a ocho.

De un lugar a otro de la oficina. Una vez con las manos en los bolsillos. Otras, accionando, don José de Benito charla sobre



Un técnico de Radio Nacional, Salgado Ora, vigila los controles de grabación y traducción simultánea

la organización del Servicio de Prensa.

—Solemos dar dos comunicados diarios a París, con un resumen de lo sucedido en las reuniones. Esta tarde ha habido pocas novedades. Lo único de interés ha sido la propuesta de ingreso de Túnez, presentada a través de Francia. También la no admisión de la República Democrática Alemana, rechazada por la Ecoson, especie de filtro de la O. N. U. para entrar en la Unesco.

De Benito, ya bregado en estas reuniones, entra y sale con familiaridad del salón en que se halla reunido el Comité Ejecutivo. Capta rápidamente las posibles novedades. Se sienta un momento, escucha por los auriculares, toma unas notas y marcha hacia la oficina para redactar sus informes.

Casi lo opuesto al jefe del Servicio de Prensa es el encargado de la Radio, José Garza Gárate, mejicano. Alto, fuerte, moreno, de pelo griseante: su efusividad, real, es interna, no se trasluce.

—Esta mañana me ocurrió un hecho curioso. Uno de los miembros de la Delegación India, muy buen amigo mío, me preguntó todo extraño qué quería decir eso de «Mejores no hay». Yo, la verdad, tampoco lo sabía, pero mi buen amigo José Luis Colina aclaró la duda.

El y José Luis Colina, redactor de Radio Nacional de España, encargado de facilitar las necesidades radiofónicas de los Servicios de la Unesco, son como dos hermanos siameses; por todas partes se les ve juntos.

—Nosotros —dice Gárate— enviamos a París uno o dos comunicados diarios. Aquí, desde el día 7, nuestro horario está sujeto a los trabajos de las reuniones.

TRADUCTORES, DOCUMENTOS, MAQUINAS, UN VIAJE EN CUATRO IDIOMAS

En la sala del Consejo Ejecutivo se habla. Algunos presentan propuestas a la Asamblea. Las mesas largas están dispuestas paralelamente, formando una «U». En el centro, mademoiselle Courte y miss Dobron toman notas: redactan el acta del proceso verbal de las conversaciones. Es una impresión de las intervenciones. La taquigrafía y otros sistemas no se utilizan. Además de ellas, mistress Saint-Georges, monsieur Nicolas y los señores Xammar y Gelabert son como periodistas de cada reunión. Sus informes, expertos y confeccionados con libertad, están al día siguiente a disposición de los delegados en su idioma de origen. Así tienen una idea exacta de las discusiones anteriores.

Monsieur Venet es amable al estilo francés. Muy amable. En su mesa acaban de dejar unos cuantos originales. El señor Venet está en la Unesco desde antes de su fundación. En 1941 trabajaba ya en la Comisión preparatoria. Es el jefe amable de la División de Lenguas, un Servicio técnico perfecto que evita el conflicto de la torre de Babel en estas reuniones de Madrid. Al frente de este equipo de intérpretes, revisores, traductores, etc., ha viajado como empleado internacional a Londres, Méjico, Líbano, Italia, Montevideo y ahora Madrid.

—Como casi todo francés, antes he estado en San Sebastián. Nunca en Madrid. Mi próximo viaje será a Nueva Delhi.

El señor Venet coge sus originales y se va al despacho de al lado. La secretaria de la Dirección de Lenguas, madame Carras, es también francesa. Está casada. No tiene hijos. Antes trabajaba como secretaria particular y luego en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Desde 1947, no hace falta preguntarle si está contenta con su trabajo en la Unesco.

La señora Carras le hace una señal a monsieur Gilbert, que está justo en frente. El señor Gilbert está exclusivamente dedicado al control de documentos. Registra este nuevo y se lo devuelve a la señora Carras. Por supuesto, ella le ha dicho: «Pardon, monsieur Gilbert». Y él ahora dice: «Merçi, madame Carras».

El documento, en manos de la



Izquierda: un miembro de la Secretaría General de la U. N. E. S. C. O. escribe el orden del día. A la derecha, el jefe del Servicio de Prensa, señor De Benito, atiende a los informadores

señora Carras, viaja por un pasillo no demasiado largo. Ella no se entretiene en saludar a mademoiselle Baod, de la Secretaría del Consejo, cuando se cruzan. Abre una puerta. Antes ha leído: «Cierre la puerta S. I. P.» («Stil vous plait»). Cierra la puerta. El documento va en inglés. Los traductores ingleses, miss Dawson y mister Hedley, levantan las cabezas de sus papeles. Mister Hedley se levanta también de la silla.

A diario ocurre muchas veces. Lo mismo en el departamento español, con el señor Perera, de la Unesco, madrileño que vive en París, y la señorita De Juan, que estos días ha iniciado sus trabajos para el Organismo internacional, o con los señores François y Seguin, traductores al o del francés. Hoy no tienen por ahora mucho trabajo, pero ayer se quedaron hasta media noche. El señor François dicta la traducción a la mecanógrafa, antiestética y mecánica, que se llama magnetofón. Viste una americana cruzada azul. Tiene aire de marino con yate propio. El trabajo llega sin regularidad, todo depende de que al señor Mouron, del Líbano, o a señora Schlueter-Hermkes, de la República Federal Alemana, se les ocurra hablar o no hablar mucho en francés. También tiene el trabajo habitual de actas y propuestas de los delegados.

En este equipo de ocho traductores falta por nombrar los que se ocupan del idioma ruso: la señorita Gabard y el señor Corbé. Cada grupo de traductores está supervisado por un revisor. El señor Meana es revisor de español. Nació en Argentina. Nos enseña un original con las correcciones hechas a tinta sobre las líneas de máquina. El original traducido y ya supervisado por esta especie de paternos maestros pasa a la sección de mecanógrafos. Una sección muy movida, y no sólo por el agitado teclear sobre las máquinas. Hay tres por cada idioma que pasan a limpio los originales sobre un

papel especial para multicopistas. En la sección de máquinas están los señores García y Rivero. El resto son señoritas. Charlan cuando no hay trabajo por grupos de tres, grupos de idioma común. Hay un hombre también para las copias en inglés, mister Arabia.

Estas copias pasan a la sala de multicopistas, a cargo de monsieur Sánchez. Las multicopistas son eléctricas. De allí, las rubias secretarías se les llavan a los lugares correspondientes.

HILDA BUTTERFIELD, AMIGA DE LA UNESCO

—«S'il vous plai, madame». La señora Hilda Butterfield me mira desde abajo, al final de las escaleras. Según el «United Stantes Information Service» que me entrega, Hilda Butterfield es amiga personal de «Mamie» Eisenhower. Ha nacido en Estados Unidos, en Wisconsin. Tiene más de sesenta años. Estudió en la Universidad de Vassa, completando su educación en la Sorbona. De esto hace bastantes años. La señora Hilda, viuda de sir Frederic Theodore Roosevelt Butterfield, hijo de una prima del Presidente americano, se apoya en mi brazo para subir penosamente los cinco escalones, justo hasta un saliente de granito, al aire libre, en la entrada por donde han salido los delegados del Consejo Ejecutivo de la Unesco. Allí nos sentamos.

—He estado en Montevideo, París y ahora Madrid, siempre si-

Una cabina de traducción simultánea: Aquí, cuatro idiomas se canalizan a uno solo. A la derecha, el señor Estelrich conversa junto a la Oficina de Transradio

guiendo los pasos de las Asambleas y reuniones de la Unesco.

No tiene ninguna representación oficial en los trabajos del Consejo. La señora Butterfield ha hablado a la salida de la reunión con mister Evans. Luego lo ha hecho con el delegado español, señor Estelrich. Mientras atravesaban el vestíbulo, ha sacado unos papeles que nuestro delegado ha leído sonriente:

«La Conferencia General encarga al director general que estudie y prepare un plan encaminado a la adopción.»

—Señora, ¿cuál es su idea?
—Los niños de todos los países, en las escuelas. Los adultos desconfiamos demasiado. Demasiada amargura. Sólo empezando por la infancia se llegará a la paz en el mundo.

—¿Su propósito?
—Que los niños de las escuelas diseñen una bandera y un sello de la amistad. Los niños menores de quince años. Intercambio y colección de sellos en todos los países.

La señora Hilda Butterfield me enseña papeles, recortes de periódico, fotografías. La bandera, el sello y la llave de la amistad. Más y más información. Copias de cartas de los ministros de Educación de treinta y cuatro países: Gonnella, de Italia; Humayun, Kabir, de la India; Langannon, de Filipinas... Papeles, muchos papeles.

Hablamos en francés. La señora pasa con frecuencia al inglés. Habla lentamente y con cierta dulzura. Todos los días durante cada una de las reuniones de la XLIII reunión del Consejo Ejecutivo de la Unesco, se acercará a los delegados de las naciones: Irán, doctor Raedi; Dinamarca, señor Nielsen; Egipto, Mohamed Awad, insistiendo en sus ideas. Muchos ya la conocen de Montevideo o París. Ella se acerca con una suave sonrisa, jugueteando en sus ojos azules, lentamente, con fatiga, a la entrada y a la salida de las reuniones, para hablar



de su bandera, de su sello y de la llave de la amistad. Así, país por país, con sus papeles, recortes y fotografías.

INFORMACION: SERVICIOS ESPAÑOLES EN LA UNESCO

—No, aquí no vendemos ratas, niño.

El chilquillo norteamericano con su roja camisa de Texas se marchó todo triste.

A esa señorita todo el mundo le pregunta algo. Hace un buen rato que la estamos observando. Ante ella, sobre una larga mesa, hay una serie de folletos propagandísticos de turismo. Esa señorita debe saber muchas cosas porque le ha preguntado hasta el representante de la India.

—¿Qué le preguntan?

—De todo. Por las calles de Madrid, por las principales ferias de España, donde están situados los hoteles, qué tiendas venden los mejores tejidos. Yo soy aquí el servicio de recepción. Pertenecemos a la Escuela de Funcionarios Internacionales.

—¿Cuántas horas trabaja?

De nueve de la mañana a una y media y de cuatro a ocho. Son las horas abiertas a la curiosidad de los miembros de la Unesco y de sus acompañantes.

Se acerca una dama vestida a la usanza del Líbano. Le pregunta en francés por el horario de las tiendas de modas.

—¿Cuántos idiomas habla usted?

—Francés e inglés, además del español.

—Y quiénes son los que más preguntas hacen.

—¡Ah! Las damas. Sobre todo cuestiones prácticas. Les interesa sobremanera, ya habrá usted observado, el horario de los comercios españoles. Algunos quieren cambiarse de hotel y aquí les informamos.

—¿Pertenece usted a la Unesco?

—No. Este es un servicio montado para la mayor comodidad de los asistentes. Le había dicho que las damas. Después, los miembros franceses. Sobre todo están preocupados por la geografía española. Piden folletos donde veñgan relaciones detalladas de las regiones españolas y sus fiestas.

—El otro día se acercó uno de los miembros y me preguntó dónde podría encontrar un taxi...

TRANSRADIO EN LA ZONA CON EL MUNDO A DOS PASOS DE LAS REUNIONES

El es amable; al estilo español.

Desde la Unesco se mandan telegramas a todo el mundo. Don Emilio García Murga tiene cuarenta y dos años y lleva dieciséis trabajando en Transradio Española. Los que desean enviar un cable a cualquier sitio no tienen necesidad de molestarse en escribirlo en letras de imprenta. Las oficinas de Transradio a tres pasos de la sala del Consejo tiene una máquina dispuesta para la redacción de los textos. Un teletipo enlazado con la Central de Madrid, da la mano a otros teletipos de Londres, Nueva York, París, Tokio...

Una señora rubia teclea en inglés con un solo dedo. A los pocos minutos un cable o un radiograma repetirá sobre otra máquina de escribir estas pulsaciones.

—Somos dos. Me turno con mi compañero Jesús Benítez. Son casi once horas de servicio.

El primer día pusieron dos macetas para que destacara la mesa, el teletipo y la máquina. Había un rótulo que decía: «Cables, Radiogramas, Vía Transradio Se meone is awaiting Your news». Ahora han puesto letreros en los cuatro idiomas.

—En los primeros momentos lanzamos comunicados a Francia, Italia e Inglaterra.

—¿Moscú?

—Lo podemos hacer vía Londres.

Hay un ordenanza muy espabilado que curioseea cuanto puede con los ojos bien abiertos entre los grupos internacionales. Es muy joven, Jesús Santiago. Se extraña de los sombreros de las señoras inglesas.

—Además, toman Coca-Cola —dice.

«UNESCO, DIGAME...»

—Yo estoy encargada de las conferencias en inglés.

Es María Esther Fernández. Morena. Sevillana.

—Rosita Rojo y yo, ella encargada del francés, estamos aquí desde el día 5.

En un ángulo del departamento de Recepción está el cuadro de clavijas que dominan estas dos chicas del 09. Tiene cinco líneas y 32 despachos interiores. Doce horas diarias pendientes de los auriculares.

—En inglés no hay muchas conversaciones, pero en francés y español, bastantes.

—¡Unesco! —contesta Rosita a una llamada.

—¡...!

—No. Aquí no le podemos dar la dirección de Carmencita Sevilla.

Es que el 319900 de la centralita emplazada en las actuales oficinas de la Unesco perteneció a una casa de cine.

Al lado, en el hall de entrada, da Estafeta de Correos. Su poco más de cinco minutos quedó montada la oficina.

Un técnico, dos subalternos y dos ciclistas están permanentemente al frente del Servicio.

—Tenemos sobres especiales y un matasellos, también especial, que conmemoran esta XLIII reunión de la Unesco. El otro día desfilaron por aquí más de un centenar de filatélicos con el fin

de llevar un recuerdo de este matasellos, que sólo durará del 9 al 20 de abril.

Dos veces por la mañana y otras dos por la tarde, es expedida la correspondencia. Casi toda ella sale por vía aérea. El país a que se dirige mayor número de cartas es a Francia. Diariamente son varios centenares.

LA UNESCO MARCHA

La Unesco marcha. Mister Evans escucha con atención las palabras del profesor Langier. El profesor Langier matiza con sus ademanes alguna frase. Redondea sus argumentos. Los demás escuchan. Vistos desde aquí, desde las cabinas de los traductores, a través de los cristales, con los auriculares puestos, con los arcos del flexible apretando las cabezas, dan la sensación de ser pilotos vestidos de calle que transmiten sin parar sus partes de navegación. Ahora alguien alza el brazo y agita un lápiz pidiendo la palabra. Habla en francés, apoyando una sugerencia del profesor Langier. Mister Evans ha encendido un cigarro y asiente con la cabeza suavemente.

—«Je ne suis pas d'accord»...

Cada uno de los cuatro traductores domina los cuatro idiomas que se hablan abajo: inglés, francés, alemán y ruso.

Ha habido una pausa, un roce, una frase mal pronunciada. Entonces dicen amablemente: «No oigo nada», hasta que vuelven a coger el hilo.

—Yo no estoy de acuerdo con lo que usted dice.

El traductor español habla nerviosamente. Se nota en seguida que algunos de los miembros son más fáciles de oír y entender que otros. Voces pastosas, claras, nerviosas...

—Pide la palabra el profesor Jacob Nielsen, representante de Dinamarca.

—Eso, señor secretario, es una cuestión de metodología. Yo sugiero a los miembros de la Asamblea que se estudie primero por capítulos...

A la izquierda están los observadores de las distintas naciones. En primer lugar se ve el representante del Vaticano.

Movemos la palanca y escuchamos el francés suavísimo del representante del Japón, que quiere establecer una diferencia taxativa entre los acuerdos tomados por mayoría, unanimidad o discrepancia.

Mister Evans sonríe. El profesor Langier está de acuerdo. La Unesco marcha.

PROXIMA REPARACION DE

“LA ESTAFETA LITERARIA”

UN GRAN SEMANARIO
DE LAS ARTES
Y DE LAS LETRAS

EL PROCESO DE LAS "FUGAS MILITARES", CONTINUA



Baranés saliendo del Palacio de Justicia de París, con su abogado Perpessac

LOS CUATRO HOMBRES SENTADOS EN EL BANQUILLO SON LOS HOMBRES DE PAJA DE PERSONAJES MAS IMPORTANTES

UN HOMBRE MISTERIO: ROSER WYBOT, EL NUEVO ACUSADOR



Wybot, el testigo más importante: jefe de los Servicios de Contraespionaje de Francia



Mère, director de la Seguridad Nacional, en el momento de llegar a la Audiencia

TODOS los días es lo mismo. Las mujeres de la limpieza suspenden durante un instante su trabajo cotidiano. A la entrada, un piquete de guardias republicanos, muy de guante blanco, presentan armas. Lentamente, el Tribunal gana las galerías superiores...

Primero hace su entrada el presidente. Lleva toga roja, y le siguen inmediatamente sus dos asesores. A continuación llegan los seis jueces militares, que se sientan, en un lado y en el otro, ante la mesa en forma de círculo.

Unos instantes más tarde, los cuatro acusados ocupan el banquillo. El más próximo al Tribunal es Andrés Baranés, después viene Roger Labrusse, René Turpin y Jean Mons.

En la Sala, entre el público, las mismas caras que se reunieron el día 8 de marzo cuando comenzó el proceso de «atentado contra la seguridad del Estado».

Como siempre, en las filas delanteras, docenas de periodistas. Ni una sola máquina fotográfica, pero la prohibición ha creado un verdadero pugilato entre los dibujantes. Se sientan apacibles, con el papel de barba sobre una tablilla, el rápido lápiz entre las manos. Inmediatamente detrás, dos caras cruzadas por un relámpago dramático: la señora de Baranés, esposa de uno de los principales acusados, y el hijo de Roger Labrusse, que busca a veces, con su inquieta mirada, el rostro de su padre.

Muy cerca de los acusados, a la derecha, están los once abogados defensores. Sobre la cara del presidente del Tribunal, fatigada y triste, destacan las gafas de negra montura. Una voz seca lo anuncia: la Audiencia ha comenzado.

En el Palacio de Justicia de París la vida corriente continúa. Los encargados de la limpieza

prosигuen sus tareas tras el sobresalto del primer momento. La culpa de todo la tiene la hora insólita. Como el Tribunal militar no disponía de una Sala adecuada para el proceso tuvieron que pedir a sus colegas civiles la famosa en que se desarrollaron los más célebres procesos. ¿Quién no se acuerda del de Stavisky, celebrado en el mismo sitio? Pero luego, a la hora acostumbrada, tienen que ceder la plaza a los jueces civiles.

DESPUES DE UN MES, TODO EN EL MISMO SITIO

Ya hemos contado en EL ESPAÑOL los datos más esenciales del proceso. Se basa éste en la misteriosa divulgación de una serie de secretos militares, durante el tiempo de la guerra de Indochina, que son considerados como delitos de «atentado contra la seguridad del Estado».



Roger Labrusse y René Turpin, dos de los acusados. Eran un eslabón en la cadena de las «fugas militares»

Las primeras divulgaciones se hicieron públicas en el periódico «France-Observateur», y rápidamente se llegó a la conclusión de que eran idénticas a determinados acuerdos tomados por el departamento de Defensa Nacional. Ulteriores descubrimientos en Indochina revelaron a las autoridades militares que los «viets» comunistas estaban al corriente de los planes militares y, sobre todo, de determinados detalles estratégicos sobre Dien-Bien-Phu. Ante semejante aspecto del asunto, el ministro del Interior encargó al prefecto de Policía la investigación de la verdad. Este, el señor Baylot, pasa el caso al comisario Dides, y rápidamente se llega a la conclusión de que todas las informaciones aparecidas en la Prensa, así como los informes recogidos a cierto oficial comunista en el frente de Indochina, corresponden exactamente a las notas taquigráficas que se toman de los acuerdos en el departamento de la Defensa Nacional. Cuando el comisario Dides está en posesión de los datos más importantes del «affaire» cae el Gobierno, y pasa a ser nombrado ministro del Interior Mitterrand, que rápidamente encarga de la investigación a la D. S. T., o Policía territorial, cuyo jefe es Wybot.

Como en el fondo son problemas de «clanes políticos», las dos Policías se enfrentan en la calle y comienzan a preparar cada una un voluminoso expediente, que no tiene por objeto otra cosa que enmascarar la verdad y las responsabilidades de todos. El comisario Dides es detenido en la calle por la D. S. T. y se encuentra en su poder una información detallada del último consejo de Defensa Nacional. ¿Cómo ha llegado a sus manos?

El comisario Dides declara que uno de los confidentes de la Policía, Andrés Baranés, la ha conseguido de los funcionarios de la Defensa Nacional. Estos son dos: Roger Labrusse y Jean Turpin. Sobre ellos está un hombre: Jean Mons, secretario general perpetuo del departamento.

Inmediatamente, Baranés, Labrusse, Turpin y Mons quedan detenidos pero las sospechas llegan a los círculos políticos más claros. Por lo pronto se demuestra que los comunistas se han servido, contra su país, de las «fu-

gas» de secretos. Pero igualmente se revela que Pierre Mendes-France, mientras las tropas francesas combatían en Indochina, celebraba entrevistas secretas con un misterioso enviado por los «viets» comunistas a París. Así, pues, generales, ministros, jefes de partidos y hombres de las esferas más altas del país están envueltos en el asunto.

Las dos Policías, a su vez, presentan informes completamente distintos de la situación. La D. S. T. dice que Andre Baranés es un espía comunista que presentaba informes especiales a Dides, pero después de ser «arreglados» por el partido y que no merece ninguna confianza. El comisario Dides asegura que Baranés es un hombre de honor que servía a su país desenmascarando las actividades del partido comunista. El hecho cierto es que sus informaciones iban, al tiempo, al comisario Dides y al diputado progresista-comunista Astier de la Vigerie, que es quien, además, le puso en contacto con Labrusse en el departamento de Defensa Nacional.

En todo este sucio asunto, los jueces dan a Jean Mons, secretario general del departamento, el papel de «confiado y negligente». Según se sube la escala de las «fugas» es más difícil acusar a nadie.

La aventura política permanece en el fondo. La Policía territorial asegura que todo el «affaire» ha venido siendo explotado contra el Gobierno Mendes-France. La Prefectura de Policía, con su jefe al frente, asegura, al revés, que se quiere escamotear la verdad. El punto crucial descansa en un misterio: ¿quiénes son, efectivamente, los jefes del aparato clandestino del partido comunista? Estos son los que podrían decir cómo estaba montado el espionaje en los misterios y cómo se utilizaba en el exterior.

LAS INTRIGAS INTERIORES: UN ENIGMA MAS

El proceso ha entrado en un momento crítico cuando el director de la D. S. T. ha intervenido. Antes que él, ministros, generales y políticos, desde el sitio de los testigos habían defendido incansablemente a Jean Mons, ha-

ciéndole responsable solamente de negligencia. Pero no es esa la declaración de Wybot. En medio del mayor silencio, después de media hora de testimonio, Wybot, con su cara redonda y su pelo revuelto, se detenía un momento para comenzar de nuevo con esta acusación repentina: «Mons no podía ignorar que Turpin recuperaba sus notas y que se las entregaba a Labrusse para que éste, a su vez, las pasara bien a Astier de la Vigerie, bien al periodista Baranés. Es imposible que Mons pudiera ignorarlo. Yo repito que es absolutamente cierto que Mons comentaba sus notas de la Defensa Nacional para que fueran comunicadas a Astier de la Vigerie y a Baranés...»

Los dos altos funcionarios del Estado, el secretario de la Defensa Nacional y el director de los Servicios de Contraespionaje se miraron fija e implacablemente. Fué un instante, porque cuando Wybot abandonó la Sala, ante el asombro de todo el mundo, no volvió la cabeza hacia Mons, que se agitaba, inquieto, en el banquillo, mientras detrás de él, impasible, se adivinaba la silueta azul de un policía.

Lo curioso es que se produjo un alud. Los periodistas, en tromba, abandonaron la Sala detrás de Roger Wybot. Le alcanzaron en la calle, cuando tres hombres le rodeaban ya respetuosamente. Bajo el pórtico grisáceo del Palacio de Justicia estaba su coche: un 15 CV. Inmediatamente de arrancar, otro coche siguió durante 35 kilómetros, por la carretera de Meaux, al coche del jefe de la Policía territorial: era su escolta.

UN HOMBRE MISTERIO: ROGER BYBOT

Hubo un tiempo que el actual jefe del contraespionaje francés se dedicó al hipnotismo. Es un asunto conocido por todos los inspectores de la rue de Saussaies, donde la D. S. T., el organismo que agrupa todos los servicios secretos, ocupa un edificio entero.

Cualquier honesto ciudadano puede traspasar sus puertas, pero luego de un cuidadoso examen



Mendes-France, que a pesar de la exigua del Gobierno, ha querido presentarse, voluntariamente, entre los testigos

en la planta baja. Después, atravesando el largo corredor que vigilan dos hombres armados, el visitante se encuentra con estas tres letras: D. S. T. (Dirección de la Vigilancia Territorial). En este punto, el visitante tiene que detenerse, a menos que su nombre no esté en la lista del día. Su nombre y sus señas particulares.

Estamos en el tercer piso. Una puerta doble, fabricada especialmente para que ningún ruido pueda traspasarla. Un sistema de señales luminosas completa el misterio. Cuando una pequeña lámpara roja se enciende, la entrada está prohibida a todo el mundo.

El que tiene ocasión de pasar se encuentra con un despacho muy moderno y ocho butacas. Wybot, con su extraña mirada, juega con un pequeño aparato radiofónico que le permite escuchar, desde su mesa, lo que ocurre y se habla en todos los despachos de la casa. Desde las nueve de la mañana, en los doce años que lleva de director de la D. S. T., está en su despacho. El mismo conduce el coche oficial que el ministerio del Interior le tiene asignado. Misterioso, extraño y enigmático, Roger Wybot encuentra siempre ocasión para nuevas ideas: primero fué el hipnotismo, después se interesó apasionadamente por los secretos de la medicina china. Ahora cruza, en las horas oportunas, en el silencio del jardín de su casita de fin de semana, las variedades más extrañas de las rosas. En su casa de París, un pequeño piso de tres habitaciones en el sector de Muette, todos los cuadros que se cuelgan de sus muros tienen esta firma: Wybot.

EL CASO DE LAS «FUGAS MILITARES» SE LLAMA, EN LA CLAVE DEL CONTRAESPIONAJE «TRITOKYBARA»

La tesis de la D. S. T. es la siguiente: Baranés forma parte de los agentes comunistas y sus contactos con la Prefectura de Policía (léase comisario Dides) eran perfectamente conocidos por el



Jean Mons, ex secretario de la Defensa, sobre quien recaen, después de las declaraciones de Wybot, graves acusaciones

partido comunista francés. ¿Cuál era su intención entonces, facilitando informes que se aproximaban a la verdad? La respuesta de Wybot no tarda un instante en producirse: intoxicar la política del Gobierno. Obligarle a tener confianza absoluta en el servicio Baranés y, por lo tanto, impedir que se montara, efectivamente, un gran servicio anticomunista... En este momento, la intervención de Baranés es dramática: «todo el informe Wybot es falso. Mi vida es una línea recta en el servicio a Francia. El único error de mi vida fué afiliarme al partido comunista, pero cuando yo he comprendido que traicionaba a la nación yo me he puesto, voluntariamente, al servicio de la Policía... Es el temor ante la D. S. T. lo que me hizo hacer de claraciones falsas...»

Una vez más la eterna cuestión. Cada policía defiende su plan, pero en el fondo, cada una de ellas, con el foso de la guerra en medio, defiende una tendencia, un grupo de hombres. No deja de ser inquietante que Jean Mons haya sido acusado tan gravemente por Wybot después del último interrogatorio de Mendes-France. Este último, sutilmente, también

creó el clima contra el antiguo secretario de la Defensa Nacional. Ahora viene el jefe de los servicios de contraespionaje y la acusación se hace definitivamente formal. ¿Se sabrá algún día la verdad? Todo el mundo lo duda. Mientras tanto, el «affaire» de la divulgación de secretos militares tiene en la calle de Saussaies esta ficha significativa: Tritokxybara, que en la clave de la D. S. T. significa lo siguiente: triple engaño de Baranés.

¿COMO REALIZO EL CONTRAESPIONAJE LA INVESTIGACION?

Como la Prefectura de Policía, los primeros pasos de la D. S. T. fueron dados para establecer, de forma efectiva, el proceso seguido por tres debates desarrollados en la Defensa Nacional para llegar a conocimiento de una tercera fuerza.

Como la Prefectura, se llegó a la convicción de que era Turpin quien entregaba personalmente las notas a Baranés y al diputado progresista-comunista Astier de la Vigerie. Por uno o por otro pasaban inmediatamente al partido comunista y, por el primero, al comisario Dides. Hasta ahí existe un mutuo acuerdo. Pero Wybot comienza los interrogatorios de Mons de una forma violenta y fría:

—¿Dónde se guardaban los documentos?

—En una caja fuerte.

—¿Os separábais alguna vez de la llave?

Jean Mons duda un momento. Después responde:

—Jamás.

—En ese caso, Turpin debió forzarla.

—Alguna vez la he olvidado.

El jefe de los servicios de contraespionaje asegura que una completa verificación de esa respuesta demuestra que eso no ha sucedido nunca. El interrogatorio vuelve a comenzar:

—Después de la primera fuga el ministro del Interior os pidió que se tomaran toda clase de precauciones. ¿Cómo pudo conocer Turpin el segundo debate?

—Olvidos. Yo he sido traicio-



Mitterrand, ministro del Interior, en un momento decisivo de las primeras investigaciones, y testigo hoy del juicio

nado completamente por los hombres en quienes tenía más confianza.

—¿Tenías la costumbre de contar a vuestros colaboradores el detalle y las anécdotas de las reuniones?

—Naturalmente que no.

LA COLERA DE EDGAR FAURE Y SU SIGNIFICACION POLICIACA

Hay un momento de pausa. Wybot presenta las notas de Baranés. En ellas se explicaba, punto por punto, una serie de detalles de la reunión que no estaban, desde luego, en los datos tomados personalmente por Mons. ¿Cómo los llegaron a saber Turpin y La-brusse? Wybot dice que a través del secretario de la Defensa.

La siguiente prueba pertenece, para los amigos de los relatos de Simenon, a un cuadro de trama «psicológica».

En las notas de Baranés se habla de que, en cierto momento del debate, Edgar Faure hizo un comentario colérico sobre uno de los asuntos planteados. El servicio de contraespionaje abre una información. Cada uno de los miembros del Consejo es interrogado, y todos coinciden en una afirmación: Edgar Faure no se enfadó, sino que, humorísticamente, aludió, con un frase de doble sentido, al informe que tenían delante. ¿Qué consecuencia se puede extraer de ello? El único que de verdad creyó que Edgar Faure se había enfadado era Jean Mons, y esta versión de la cólera del ministro pasó después a Baranés.

Roger Wybot tiene fama de lógico y frío. Jean Mons se empeña, a su vez, en que todo eso no significa nada, salvo negligencias, errores de poca monta y convertidos, diabólicamente, en piezas de convicción.

Con la declaración de Roger Wybot el proceso, en cierto modo, adquiere un carácter dramático. Ahora, lo esencial es saber quién de los dos hombres «fabrica» el engaño. El dilema para el Tribunal comienza verdaderamente ahora: o bien Roger Wybot miente, como en cierto modo afirma la Prefectura de Policía, y debe ser llevado a los Tribunales, o Jean Mons es, efectivamente, un agente decisivo de los servicios de espionaje y no, como ha declarado el mariscal Juin, un honesto patriota, pero negligente funcionario.

LAS DECLARACIONES DE LOS GENERALES

Por el Tribunal han desfilado testigos de la mayor importancia. Pierre Mendes-France, a quien el Gobierno, oficialmente, no le concedía autorización para presentarse, lo hizo personalmente por su propia voluntad. El mismo caso en Mitterrand y en muchos otros más. Los generales denunciaban gravemente el hecho de que la vida de los soldados esté en manos de la información comunista. El general Ely, cuyo plan militar fue divulgado, ha declarado a puerta cerrada, pero su declaración es conocida: *la utilización de los documentos que provienen del Comité de la Defensa Nacional es traición*. Las del general Navarre, jefe de opera-

ciones en Indochina, son aún más graves y concluyentes. No quedan referidas exclusivamente a las «fugas», sino que aluden a una situación francesa verdaderamente grave: ... advierto—dijo— que todo proyecto de operación en Indochina que, por una causa u otra, fué confiado a París, pasaba inmediatamente a ser conocido por los «viets» comunistas

El fondo de esta acusación no puede ser más impresionante.

LA DETENCION DE CLAUDE BOURDET, DIRECTOR DEL PERIODICO IZQUIERDISTA «FRANCE-OBSERVATEUR»

Uno de los momentos más curiosos del proceso ha sido motivado por la detención, después de un largo interrogatorio, de Claude Bourdet (que sería puesto en libertad provisional dos días después), director del periódico izquierdista «France Observateur».

Este semanario publicó dos artículos en el año 1953 y otros dos en el año 1954. Unos artículos que recogían, prácticamente, algunas de las «fugas». ¿Por qué camino llegaron a la redacción de «France-Observateur»? No se precisa bien, pero el hecho cierto es que se publican las líneas generales del «Plan del general Navarre» y se comentan acremente la «posibilidad» de que fueran enviados nuevos refuerzos a Indochina. Esto de los refuerzos constituía uno de los secretos de la Defensa Nacional.

Teniendo en cuenta esas circunstancias, el Tribunal había detenido ya durante algún tiempo a tres de sus redactores, entre ellos R. Stephane, acusados de atentar contra la seguridad del Estado.

Según Roger Wybot, la campaña del «France-Observateur» está unida a la comunista con un solo objeto: debilitar a Francia durante las conversaciones de Ginebra con el Viet Minh favoreciendo la impresión psicológica de que todos los secretos militares franceses estaban ya en manos del enemigo...

La Policía no se limitó a la detención de Claude Bourdet, que es hijo del autor dramático Eduardo Bourdet y de la poetisa Catalina Pozzi, sino que verificó durante muchas horas, desde las seis y media de la mañana, un registro implacable de toda la documentación del periódico.

Desde el punto de vista jurídico, la acusación contra el director del «France-Observateur» no entraña la gravedad que pudiera tener, en algún momento, la acusación de espionaje, sino que se ha limitado a ser una acusación desprovista de ironía: *deteni-*

do por hacer una campaña de desmoralización del Ejército.

UN INCIDENTE SENSACIONAL: UNA CARTA DE ROGER WYBOT

El incidente más curioso y más revelador del oscuro camino que siguen las cosas se dió a conocer dos días después de la breve interrupción pascual. Sin saber cómo, antes de abrirse las puertas de la Audiencia, los periodistas hablaban de un «golpe de teatro». Nadie sabía nada, salvo un rumor vivo que se filtró no se sabe por dónde.

El suceso es el siguiente: Burges-Maunoury, antiguo ministro del Interior, envió al Tribunal, para su lectura, una carta que había recibido de Wybot el 26 de abril de 1955. En ella, entre otras cosas, pedía al ministro que interviniera directamente en la instrucción del proceso, considerando que el juez Duval, encargado (entonces) del proceso no lo hacía bien ni rectamente.

El texto de la carta tiene indudable interés: «No es mi intención—decía—criticar el principio de la separación de poderes ni pedir al ministro del Interior su intervención directa en la instrucción del proceso, pero es preciso recordar que un asunto que lleva aparejado el atentado contra la seguridad del Estado, no es un caso banal cualquiera de derecho común y la independencia del magistrado debe ser temperada por el hecho de que, de acuerdo con las leyes en vigor, el ministro del Interior es responsable del espionaje en el territorio metropolitano. Este control lo ejerce el ministerio a través de la D. S. T., que desarrolla su tarea bajo el control del director general de la Seguridad Nacional... *mi punto de vista es que el juez Duval es incapaz de llevar el caso adelante...*»

En el largo texto, que ha provocado al indignación del Tribunal por considerarlo como una verdadera intromisión de la Política política en sus funciones, hay detalles tan curiosos como el expreso deseo de que los tres redactores de «France Observateur» entonces bajo acusación de atentado contra la seguridad del Estado, escapen a tan grave juicio...

¿Cuál es entonces la verdad? ¿Quién protege a quién? Cuarenta días después de iniciado el proceso Emmanuel Astier de la Vigerie, secretario general de la Unión Progresista, sigue sin aparecer ante los Tribunales. El ministro de la Defensa Nacional se niega a levantarle la inmunidad parlamentaria. Todo está dispuesto, sin embargo, para que se presente, como testigo o como acusado, ante los jueces. Este será otro gran momento del proceso.

A CLARACION

En el número de la semana pasada, página 64, apareció equivocado, por error de imprenta, el pie de una fotografía de Josita Hernán. El verdadero texto es como sigue: «Josita Hernán, nuestra magnífica actriz, aparece aquí jugando con su sobrino Antonio José y los amiguitos de éste Pussi y Piero Venerosi-Pesciolini, hijos de los condes de Venerosi.»

MAS BARCOS EN MENOS TIEMPO

LA FLOTA MERCANTE ESPAÑOLA OCUPARA UNO DE LOS PRIMEROS PUESTOS EN EL MUNDO

EL 95 POR 100 DE NUESTRO COMERCIO EXTERIOR SE LLEVA A CABO POR MAR

LA INGENIERIA NAVAL EN LA VANGUARDIA

PIN de Nora es un asturiano viejo. Tiene setenta y seis años, una pensión que le permite vivir sin apuros y una pipa renegrida. Y recuerdos. Todos envueltos en brea, en sonidos del astillero, en horas de trabajo junto a los cascos que crecen día a día, tonelada a tonelada.

Enero de 1956. Pin de Nora se protege los ojos del sol de invierno. Mira hacia las gradas. En «Albuera» comienza a resbalar. La popa toca el agua y las veinticinco mil novecientos cincuenta y una toneladas de acero cabecean un poco. Apiausos, sirenas, pitos, saludan al nuevo barco. Otro más para la Marina mercante española. Luego, en las gradas vacías comienzan de nuevo a trabajar los hombres. Unos meses y el esqueleto de otra nave crecerá en los astilleros de Matagorda, Cádiz. Otro petrolero, o un frutero, o quizá una motonave para carga y pasaje.

Pin de Nora ya no trabaja. Es demasiado viejo. Pero siempre que puede deja su casa y se llega a la sombra del casco, a ver cómo trabajan otros en lo mismo que él trabajaba sólo unos años atrás. Ve terminar en meses barcos que hace veinte años hubieran costado dos o tres de trabajo. Luego los ve salir al mar, con la proa afilada de hambre de singladuras, pasando junto a los barcos viejos.

Los barcos viejos. A Pin esos barcos le dan pena, pero siente un gran respeto hacia ellos. Hace años que debieran estar jubilados, como él. Pero la Marina los necesita. La Flota mercante española es vieja. De todas las



Uno de los diques secos de la factoría de Matagorda en Puerto Real. Al fondo, la costa de Cádiz.

flotas mercantes del mundo, sólo la rusa es más vieja que la española.

—Y hacen falta barcos. A toda costa. Pero es el problema de siempre, el mismo desde principios de siglo.

En cincuenta años España ha construido setecientas cincuenta y cuatro mil trescientas veintidós toneladas. Prácticamente nada. La producción mundial del año pasado fué de quince millones de toneladas métricas, correspondientes a mil setecientos cuarenta buques mercantes. La producción española ocupó un lugar detrás de países como Inglaterra (el cuarenta por ciento del total), Alemania (once por ciento), Suecia (diez por ciento); el ocho, Estados Unidos, Holanda, Francia, Japón, Noruega, Dinamarca, Italia y Bélgica.

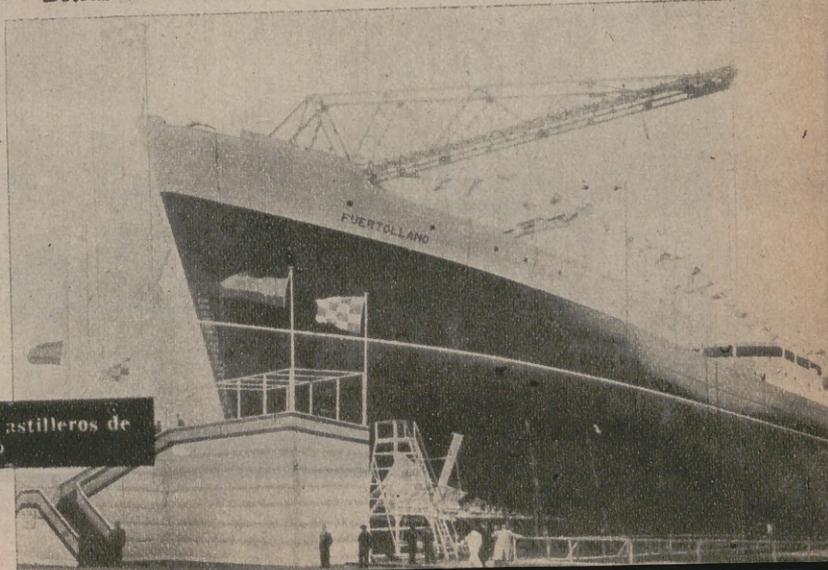
—Detrás de nosotros sólo que-

dan países como Canadá, Australia, Irlanda... Hacen falta barcos, hacen falta barcos...

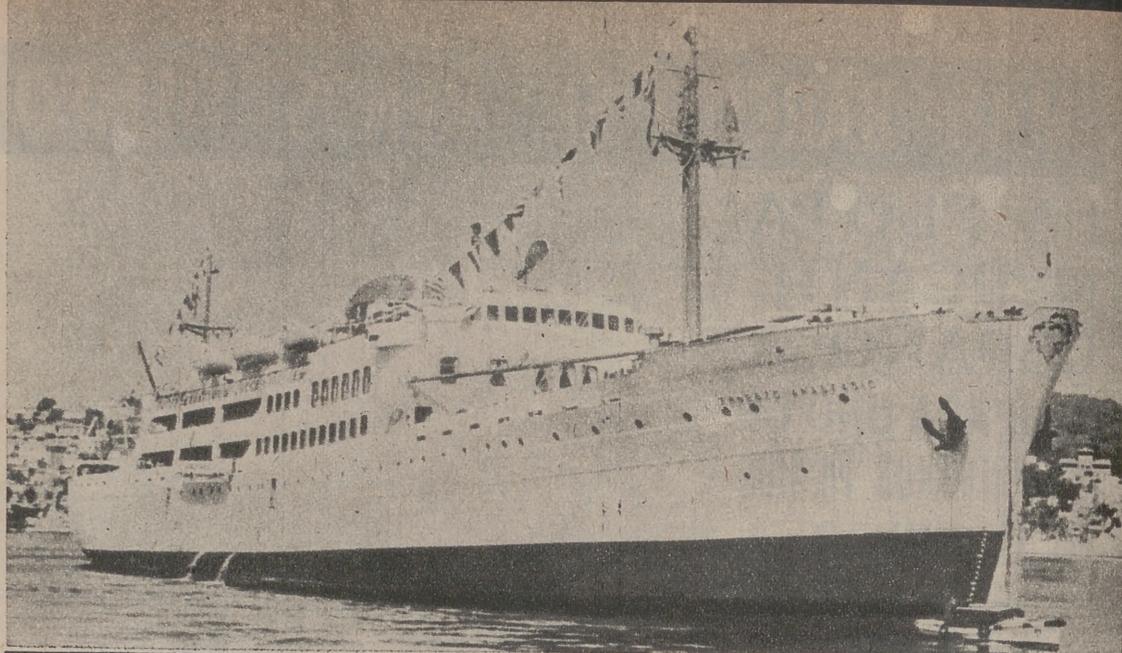
Y Pin de Nora se echa la boina hacia los ojos, chupa su pipa y se marcha. Volverá. Aún espera ver una Marina de dos millones de toneladas. Aunque es viejo.

NOS HACEN FALTA CIENTO MIL TONELADAS AL AÑO

Decir una flota vieja es muy sencillo. Y muy complejo, al mismo tiempo. Decir un barco es viejo, es más complicado. Sólo el dueño tiene derecho a decir si su barco es viejo o no. La edad media ideal de un barco es de diez años. Pasado ese tiempo, el propietario puede renovarlo; re-mozarlo, cambiar las máquinas, añadir algo que le falte... Y el barco, aunque de matrícula anti-



El petrolero «Puertollano», en los astilleros de El Ferrol del Caudillo



El buque «Ernesto Anastasio», construido en los astilleros de Vigo

gua, puede seguir navegando como antes, mejor que antes quizá.

—Renovar la flota es esencial. Hacerlo de golpe sería desastroso. Un barco puede llegar a los veinticinco años. Más, no.

Los astilleros españoles podrían construir los barcos que se precisan en pocos años. Hasta llegar al óptimo. Después pasarían diez años y toda la flota sería vieja al mismo tiempo. Un mal negocio. Tan malo como que actualmente el cincuenta por ciento de la Marina mercante esté integrado por buques viejos. El más viejo de todos, el «Galicia», que va a cumplir ciento dos años. Sin embargo aun navega arrastrando un siglo sobre el lomo del mar.

—No es negocio demasiados barcos nuevos ahora. Un barco español podría hacer la ruta de América en buenas condiciones. A los tres años de botado, otro mercante sueco la hace en menos tiempo. La línea es para el sueco. No cabe la competencia. Por lo menos en esa línea. En el mercado internacional se ofrecen los fletes, se cotizan. Es un jue-

go de oferta y demanda en el que intervienen tres factores esenciales: velocidad, economía y seguridad. Es una carrera constante entre las marinas de los distintos países. Y España debe incorporarse a esa carrera.

En 7 de julio de 1954 se dicta una ley que planea la renovación de la Marina mercante española, de acuerdo con las exigencias del interés nacional. La ley otorga también protección en el ejercicio de la navegación a los buques españoles que realicen servicios regulares de cabotaje o cabotaje libre, servicios de soberanía, líneas exteriores de carga y pasaje y navegación exterior libre. La ley, sometida en breve a las Cortes, establece un plan decenal que comprenderá la construcción de un millón de toneladas hasta 1965.

—Eso supone 100.000 toneladas cada año. Y los astilleros españoles podrían producir 500.000 toneladas como mínimo en condiciones de normalidad.

La anomalía es que la chapa escasea. Que ha escaseado. El bloqueo impuesto por la O. N. U. después de dos guerras que han

señalado un paréntesis en la construcción naval, ha afectado mucho a la industria naviera. En 1940 sufrió un colapso. La guerra mundial. Ahora las factorías españolas producen chapa. Pero haría falta más.

Se han estudiado los tipos de barco más necesarios. Para reducir costos en la renovación de la Marina mercante se han fijado trece clases de buques. Inicialmente distintos, que van desde las 150 Tn., con 10,5 nudos de velocidad, hasta las 25.000 Tn., con 20 nudos. Barcos de cabotaje, desde 150 T. R. T. a 7.500 T. P. M. De pasaje, de 10.000 T. R. T. o más. Buques tipo Tramp, de 7.000 T. P. M. a 10.000 T. P. M. Y petroleros; de 8.000 T. P. M., de 18.000 T. P. M. y de 25.000 T. R. T. o más.

Y con arreglo a este tipo de buques se concederán los préstamos para la reconstrucción y renovación.

BARCOS NUEVOS PARA UNA MARINA NUEVA

—Me marchó a América. Ya tengo el pasaje.



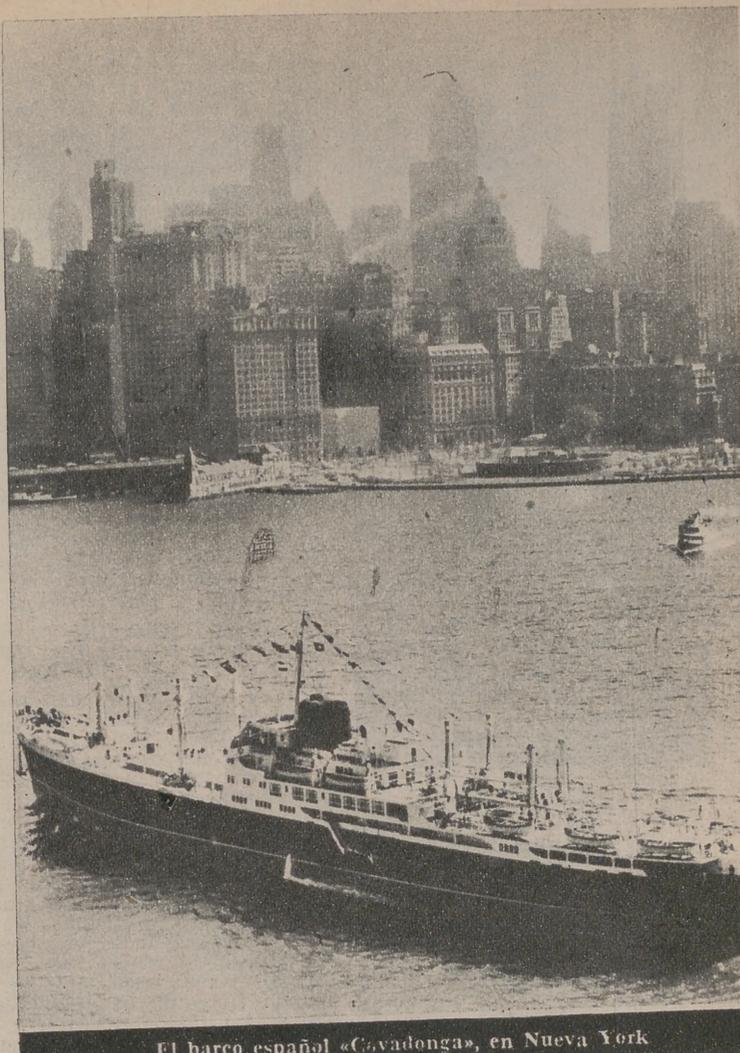
El nuevo transbordador «Virgen de Africa»

Y ocho o nueve meses después el emigrante embarca en una nave abarrotada. No hay que dudar: es española. De 65.000 emigrantes salidos de España en 1950, sólo 19.000 lo hicieron en barcos españoles. Y esos barcos tienen un andar inferior al de los buques de otras banderas. Y España debe contar con barcos propios para transportar a sus propios emigrantes. De este modo las divisas empleadas en pasajes disminuirán y el pago podrá hacerse en pesetas. Unos años más y el gallego o el asturiano podrán embarcar en Vigo o Algeciras en una nave de 10.000 toneladas o más que le llevará a la otra orilla a una velocidad de 20 nudos.

—El 95 por 100 del comercio exterior de España se lleva a cabo por mar. Y también el 60 por 100 del comercio interior. Y, sin embargo, sólo en un 40 por 100 se realiza ese comercio exterior en barcos con pabellón español. Muchos de los barcos que cargan fruta en Valencia o mineral del Rif llevan bandera de otro país. Y son productos españoles para españoles.

Guinea. La madera se exporta a la Península. Hasta hace poco tiempo el transporte lo hacían buques viejos, ancianos, venerables, que hacían una media de 8,5 nudos. Desde el 23 de abril del año pasado, el «Ukola», maderero de 5.000 Tm. de peso muerto, 108 metros de eslora, 14,80 de manga y 5,83 de calado, se encarga, con su gemelo el «Okume», del transporte de la madera hasta la metrópoli. Su velocidad es de 15 nudos. Los dos buques no son suficientes, pero cumplen su cometido normalmente hasta que otros del mismo tipo se les sumen.

Dentro del plan de renovación entran los dos nuevos trasatlánticos que se construyen en Sestao para la Ibarra: el «Cabo de San Roque» y el «Cabo de San Agustín», de 15.000 Tn. de registro bruto cada uno. Su botadura y puesta en servicio compensará la pérdida sufrida por la Compañía durante la guerra de Liberación. Sus tres «santos», «San Antonio», «San Agustín» y «Santo Tomé», se perdieron en la campaña. Uno, a manos rusas; otro, torpedeado, y el tercero, incendiado en el Atlántico.



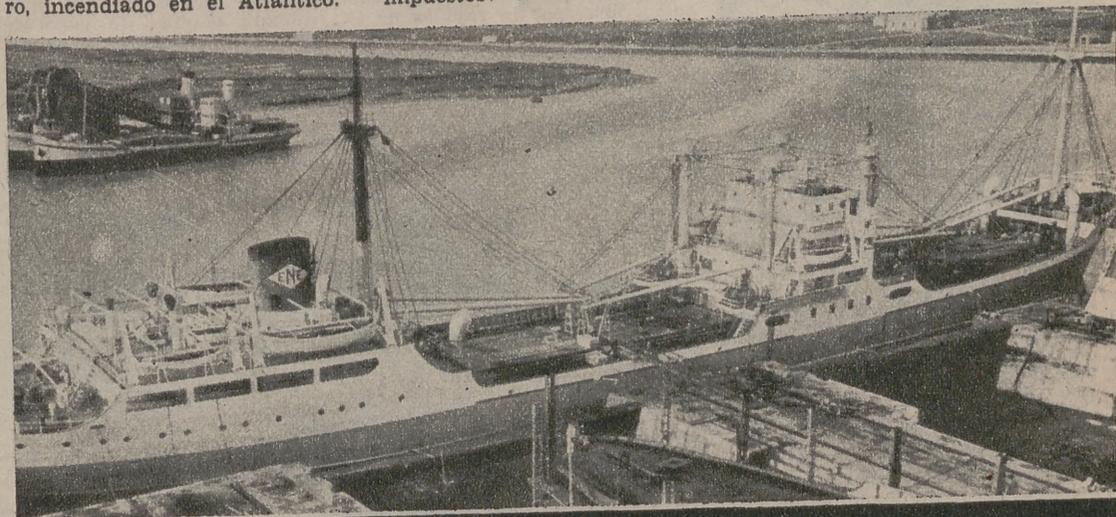
El barco español «Cavadonga», en Nueva York

Estos buques, como los demás comprendidos en el plan, gozarán de positivas ventajas: exención total de impuestos por las primas de navegación, una reducción de un 50 por 100 en los impuestos de Derechos reales, y, al mismo tiempo, las primas que se les otorguen estarán exentas de toda clase de impuestos.

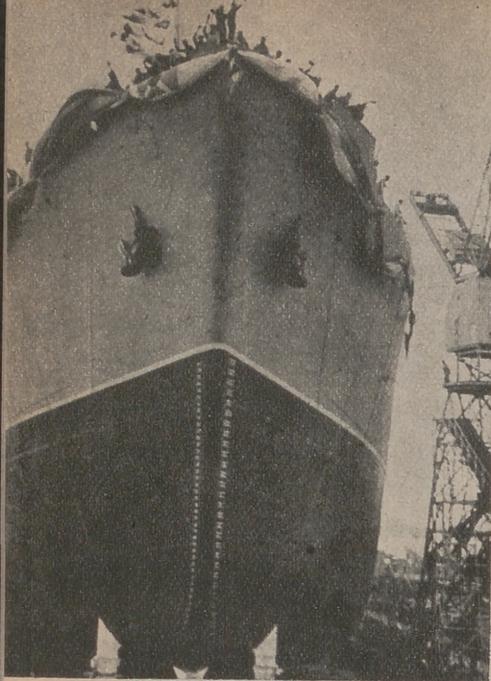
Y ahora se construye otro tipo de barco, que aunque no está acogido al plan, tampoco paga impuestos: el Shelter Dek. Sin

cubierta. Resulta más económico. Y la economía debe ser una de las funciones principales de la construcción naval.

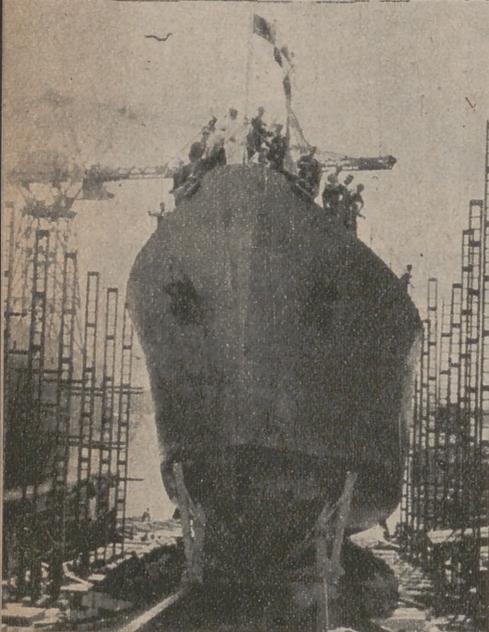
Economía es el «Puertollano», el «Escatrón», el «Almirante M. Vierna»... Cuando se bota un barco, la alegría está justificada. Es un pedazo de la Patria que busca otros soles, llega a otros puertos como un resurgir de la nación que representa. Antes de entrar en servicio el «Almirante M. Vierna», la de Escombros



El «Ukola», botado en los astilleros de San Fernando



Dos nuevas botaduras. Arriba: El petrolero «Albuera», en Cádiz.—Abajo: El «Pizarro», en El Ferrol del Caudillo



ras aun tenía que pagar dólares y libras por el transporte de carburante crudo desde Oriente Medio. En nueve meses, a dos viajes y medio por mes, el petrolero recién botado trajo 306.000 toneladas métricas de combustible. Antes, sólo en portes se habían pagado 4.000.000 de libras esterlinas. El ahorro a la economía nacional es evidente.

Las naciones se han lanzado a una carrera de petroleros. Y España no podía quedarse atrás.

—La flota petrolera se acerca a los cuarenta buques, con cerca de 260.000 toneladas de peso muerto. Los barcos de este tipo se empiezan a construir ahora a ritmo acelerado. Veintifuno de esos barcos, que suman 132.641 Tm. de peso muerto, pasan de los veinte años. En la actualidad, la flota petrolera alemana, por ejemplo, se acerca a las 300.000

toneladas. Todas nuevas. Dentro de veinte años, esa flota estará prácticamente acabada. Eso no sucederá con la nuestra.

No se trata de hacer muchos barcos nuevos. Barcos que alcancen los diez años de vida «noble» y luego pasen al desguace. Cada armador, cada naviera recibirá una prima por tonelada desguazada. Los petroleros viejos se irán sustituyendo por otros nuevos, aproximando las edades de unos y otros, hasta alcanzar un momento en que, desaparecidos los barcos viejos, toda la flota tenga una misma edad. En ese caso el rendimiento será el máximo, y cuando esos buques empiecen a gastarse habrá otros más nuevos que mantendrán el nivel de eficacia exigido.

—En esto está el acierto de la ley. Y su acción, al extenderse a toda la flota, hace prever que en los próximos veinte años la Marina mercante española alcance los tres millones de toneladas como mínimo.

EN CÁDIZ, UNO DE LOS DIQUES MAS GRANDES DEL MUNDO

En España es un buen negocio y de larga duración el de renovar buques y llenar hueco. La protección que se otorga a la renovación náutica alcanza también a los astilleros.

—Podrán acogerse a los beneficios del crédito naval durante los primeros cinco años de vigencia de esta ley. Así obtendrán las cantidades necesarias para su ampliación y modernización.

En Cádiz, el dique seco Nuestra Señora del Rocío. Puede servir de ejemplo. Sólo hay en el mundo cinco diques seco semejantes. En 1955, un petrolero, el «World Glory», de 45.000 toneladas, entró en él. Ayudado por remolcadores enfiló la boca. Ya dentro, dos dedos escasos separaban sus bordas de las paredes del dique. Dimensiones: 225 metros de proa a popa, 31 de ancho. Para llenar sus tanques hacen falta 1.700 vagones. El dique construido por el I. N. I. lo acogió perfectamente.

Razón de la presencia del «World Glory» en Cádiz. El varado, el dejarlo en seco, fué base de una subasta, de un concurso mundial.

—Vino aquí por la economía de la obra, por la rapidez de su entrega. Todo eso lo tuvo en cuenta la casa propietaria.

Y el buque es el mayor petrolero del mundo, con bandera de Liberia, aunque su propietario sea un griego: Niarchos.

En la fecha convenida el barco abandonó el dique de 234 metros de longitud y 30 de antegrada. Sin un retraso.

Junto al dique, los astilleros. Tres gradas de 177 metros de longitud y 30 de antegrada. En ellas se pueden construir tres barcos a la vez. Se construyen.

La realidad de España se impone. Tenemos doble litoral que frontera: 3.144 por 1.665. Como un trampolín inmenso, la Península se asoma a tres mares. Es una de las puertas del Mediterráneo, antes del gran salto hasta América. La ley ha tenido esto en cuenta. Sin embargo, la cantidad asignada a los astilleros no podrá exceder del 10 por 100 del importe de la consignación que se destine a la construcción de buques. Razón: en España tenemos uno de los astilleros mejores de Europa. De todas maneras, el importe, en caso de necesidad, obras urgentes... puede subir desde el 10 al 60 por 100 Siempre del importe total de las modernizaciones o perfeccionamientos.

Sevilla. El día 17 de diciembre de 1955 entró en funcionamiento el dique flotante propiedad de la Elcano. Tiene una eslora de 110 metros, 13,2 de manga y 4,8 de calado. Se inauguró con la varada del buque «Fito», de 1.600 toneladas de desplazamiento. Su necesidad se hacía sentir. Se le unirá otro dique seco de 150 metros de eslora, 27 de manga y 9 de calado. En él podrán varar buques hasta de 16.000 toneladas de desplazamiento.

LA LEY TIENE ECO

Según «El Globo», el proyecto de ley hiere los intereses italianos. Navas italianas transportaron 22.191 pasajeros españoles. Francia acusa el golpe también: 14.644 pasajeros salieron de puertos españoles en barcos franceses. Y, a pesar de que no es obligatorio el uso de transportes españoles a los emigrantes, la ley y su repercusión en un futuro próximo se ve con recelo en las naciones vecinas.

No podía ser menos. Comienzan a encontrarse con una España que vuelve al mar, que enmienda errores de generaciones pasadas. Una nación que encuentra en el agua su camino de siem-



El casco del «Okume», botado en San Fernando

pre a través de una industria que se moderniza.

La Empresa Nacional Elcano construye en sus astilleros de Sevilla barcos prefabricados. Uno de ellos se terminó en mes y medio. Las instalaciones funcionan tan bien como en cualquier otro país. España construye buques de la clase Tramp al mismo costo que en cualquier otra nación. Con ellos puede competir en precios en las líneas de transporte internacional.

Incluso en el artículo 30 de la ley se habla de la exportación de buques. Siempre que no sea en perjuicio de la construcción que se realice con destino al cumplimiento del plan. Y el Estado ayudará con primas a su construcción.

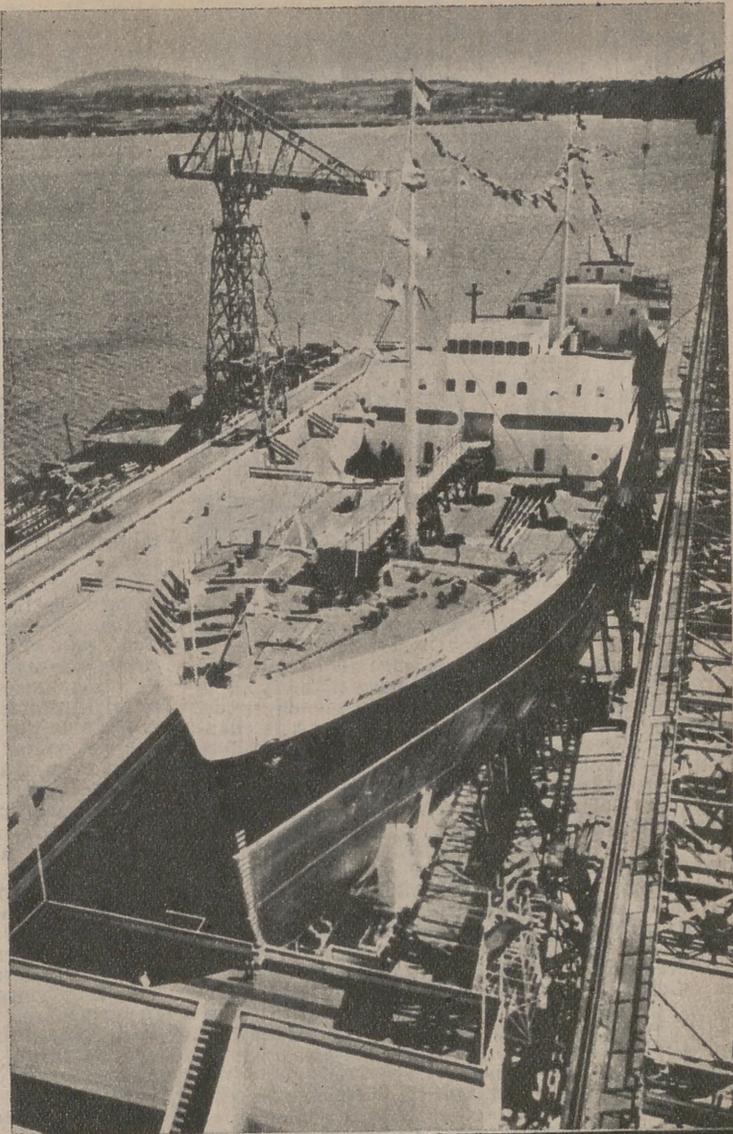
Todo dentro de una técnica moderna. La tendencia actual es la construcción naval es emplear barcos a motor en lugar de naves propulsadas por vapor. Es más económico y ocupa menos lugar un motor alimentado con gas-oil o fuel-oil que otro que emplee el carbón como combustible. Las motonaves «Playa de Formentor» y «Playa de Palmanova» son un ejemplo.

MILLON Y MEDIO DE TONELADAS SIRVEN DE BASE

En España, 1.529 buques mayores de cien toneladas arrojan un total de cerca de millón y medio de toneladas. En el año 1953 se llegó al lanzamiento de 67.301 toneladas. En el presente año se superará con mucho esta cifra. Y es posible que el año próximo se alcancen las 100.000 toneladas previstas en el plan.

Un futuro claro se abre ante la proa de la Marina mercante española. Si ahora es vieja, la culpa cabe echarla al antiguo sistema económico mal dirigido. Las actuales directrices del plan, basadas en el sistema proteccionista de la construcción naval, de acuerdo con el nuevo modo de economía orientada que vive el país harán que la Marina mercante alcance la altura de nuestra flota pesquera, la tercera en importancia en el mundo.

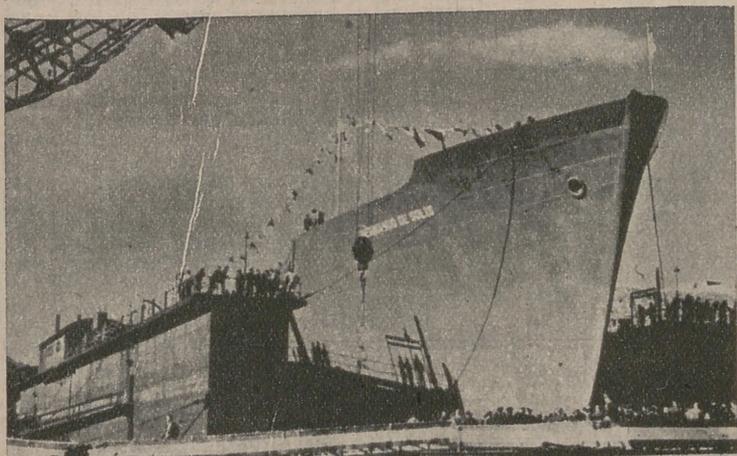
Lo difícil es empezar. Afán de superación no falta. Pronto, unos años, y la nación respirará sal y iodo a través de la Marina. Ca-



El petrolero «Almirante Vierna», en los astilleros de El Ferrol del Caudillo

da semana, cada mes, un Pin de Nora se llegará hasta el astillero, entre una juventud que trabaja, chupará su pipa y luego, al marcharse murmurando, contento, pensará: «Ya queda menos».

Gonzalo CRESPI CARCAR



Botadura de la motonave «Hernando Solís», en Cartagena

VUELVE
LA
ESTAFETA
LITERARIA
PRÓXIMA
REAPARICIÓN
EL GRAN SEMANARIO
DE LAS ARTES
Y LAS LETRAS



TARDE DE TOROS, CARA Y CRUZ

Por Felipe SASSONE

CON retraso, pero sin daño, porque pienso que ha de tener muy largos y sabrosos comentarios, vengo a hablar de la gran película española «Tarde de toros», que a todos, crítica y público, ha gustado muchísimo y a mí no me gustó. Esto que digo pudiera no tener interés para nadie, pero la tiene para mi conciencia, y ya irá viendo el lector cómo escribo casi por arrepentimiento de cuanto pude ligeramente, decir en algunas tertulias, y así, más pido perdón que justicia.

Me confesaré. No me gustó «Tarde de toros» porque no podía gustarme como fui, dedicado a que no me gustase, y en esto las más de las veces me salgo con la mía. En este caso no era capricho, sino mal recuerdo de otras películas con cuernos, y el prejuicio obsesivo de pensar en un folletón sensiblero y en una pandereta falsa me euturbió el juicio. Sabía, además, que por mis ya lejanas actividades teatrales y cinematográficas y por mi inveterada afición taurina los amigos me pedirían mi opinión, y pensando sólo en ésta y en las palabras con que pudiera expresarla, perdí la libertad y hasta la ingenuidad, tal vez indispensable, del espectador sencillo y casi no me enteré de lo que veía. En esto cuemos casi todos los que vamos enviados a ver algo con la obligación de contarlo, que por pensar en el cuento perdemos el placer de la contemplación. De mí sé decir que siendo mozo y revistero de toros que reseñaba todos los pormenores de la lidia, iba a la plaza provisto de lápiz y papel y apuntaba los pases—tres naturales, dos altos, cinco por bajo, uno de pecho—y me encontraba después con un catálogo de lances variadísimos y olvidado de cuanto había visto, pues en realidad no lo había visto, entretenido en escribir. Consideremos después que hay hasta críticos de muchas campanillas que quisieran ver su sueño y no la realidad que tienen delante, y ansiosos de navegar en la nave suntuosa de su ideal, rechazan la barca humilde que les ofrece un humilde armador y olvidan que la inquietud de lo sublime a todo trance no es obligación ineludible del artista modesto que se limita a hacer, con tal de hacerlo bien, lo poquito que quiere y puede sin intentar lo que se le antoja imposible para su capacidad. Así, el juicio y la exigencia han de compadecerse con el propósito, y no prescindamos de la pasión—hombre es el crítico—cuando ante el trabajo de un artista rival de otro de nuestra predilección, atentos al que creemos deber de censurar y olvidados de que la más alta virtud estriba en la capacidad de admirar, advertimos solamente lo que falta y lo que sobra—y siempre sobra o falta algo—y no atendemos a lo que hay porque en verdad no miramos lo que vemos.

No, no me gustó «Tarde de toros» la primera vez que la vi. Me pasó toda la noche—la tarde era nocturna, como era copia de la tarde auténtica—preguntándome cómo y por qué a las puertas de la primavera, y habiendo tantos cosas taurinas en toda España, habían ido tantos españoles a ver la fotografía de una corrida. Y de una falsa corrida, compuesta, preparada, apañada, en la que todo estaba resuelto y prevenido según con-

venía al andamio del guión cinematográfico. Porque lo inesperado no iba a surgir allí, y sabíamos que los dos grandes lidiadores, cuyas faenas maravillosas se habían fotografiado, saldrían de la copia como habían salido del original, sin daño en la carne ni merma en la ropa, como veíamos allí, entre nosotros, junto a nosotros, en el público, la sonrisa amable, alegre y modesta de Antonio Bienvenida, que por suprema elegancia no da valor a sus proezas, y los ojillos avizorados, penetrantes y astutos, ocultos casi tras de los pomullos mogólicos, del toledano Domingo Ortega, lento, porfiado y sabio herbolario chino de la tauromaquia. Con ello se perdía el interés dramático de la fiesta, gran atractivo de las corridas de toros, y su aire trágico, como sabíamos además, y bastaba reparar en el médico y en el confesor, que todo lo que ocurría en la enfermería era falso, y falso también la invención no muy feliz del episodio de amores, rencores y celos de los dos grandes toreros, que nunca los habían sentido, ni les había ocurrido en la vida cosa parecida, como no eran para

nosotros más entes de ficción, sino dos personas amigas, de carne y hueso, y de nuestro trato y conocimiento, sin misterio ni leyenda. Por ser todo mentira era hasta mentira la luz espléndida, que a lo largo de toda la corrida brillaba sin la más leve sombra, inmóvil y con invariable intensidad. Todo esto salió yo diciéndome, y a fuerza de repetírmelo advertí, al fin y al cabo, que me desdecía de otros juicios que había formulado, y que aplicaba injustamente un criterio realista, prosaico y chato a lo que era una bella ficción de arte. Porque yo había dicho más de una vez, repitiendo hasta la saciedad, que el interés y el atractivo de la fiesta de toros tiene para el buen aficionado un sentido más apolíneo que dionisiaco y que lo que importa en ella es la plasticidad y la animación, la gracia de la línea y del ritmo, la aparente seguridad magistral del torero y no la amenaza del peligro; la emoción estética pura, en fin, y no la emoción sentimental, y así no tenía derecho a quejarme de que fantasen la amenaza y el peligro de lo imprevisto en la belleza de la reproducción artística. En cuanto a la detención de la luz, a su inmovilidad vibrante, deslumbrante, como envuelta en un sutil polvillo áureo la tarde luminosa y caliente, todo constituía un milagro de arte, como en la maravilla de un lienzo impresionista, y esto ya me llevaba a pensar en el sueño del Fausto de Goethe, dispuesto a entregarle su alma a Mefistofeles en cuanto pudiera decirle para conseguirlo, al átomo que huye: «¡Detente, eres hermoso!» Porque la verdadera gracia del arte está en aquietar y perennizar lo efímero y pasajero. Tampoco pude ya pararme a considerar el inconveniente, inevitable, de conocer en su vida particular a los intérpretes, porque pensando en ello y olvidado lo convencional, no habría ficción escénica ni cinematográfica posible, y entonces me puse a pensar en las virtudes verdaderas de la cinta y pude descubrirlas, para arrepentirme de mi mal juicio, la segunda vez que la vi. Me gustó, ante todo, afirmarme, una vez más, en la certeza de que lo que importa en el cine, casi al revés que en el teatro, es el acierto del director y no la capacidad del cómico, porque en la pantalla, donde se trabaja sin público y se repite y corrige sin descanso y poco a poco, hasta conseguir el acierto que se fija para siempre, cuando hay buen director y buen fotógrafo todos pueden ser grandes actores: las personas, y un gato, un perro, un caballo, hasta un asno, y el mar, y el río, y el viento, y la luz como parecían grandes actores los grandes toreros Domingo Ortega y Antonio Bienvenida, según no pareciera nunca, y valga el recuerdo, ni siquiera en las apañadas visiones de transparencia, lidiador de reses bravas el graciosísimo Buster Keaton. Me consolé, pues, y hasta me ufané de mi arrepentimiento en la segunda visión de «Tarde de toros», en que pude deleitarme con la repetición de un cuadro de belleza casi con el mismo interés con que podrán contemplarle en Londres, en París, en Berlín y hasta en América, donde no hay corridas, los públicos asombrados, deslumbrados mejor, por la luz de este sol de España, que supo detener, nuevo Jesús, el gran Ladislao Vajda, agradecido, como el pájaro a la selva donde anida, a la gracia luminosa que envuelve la fiesta más hermosa del mundo.

UN CONOCEDOR DEL HOMBRE

PEDRO CABA, SABIO Y SENCILLO, PENSADOR PROFUNDO Y AMANTE DE LA PLUMA Y DE LA PALABRA

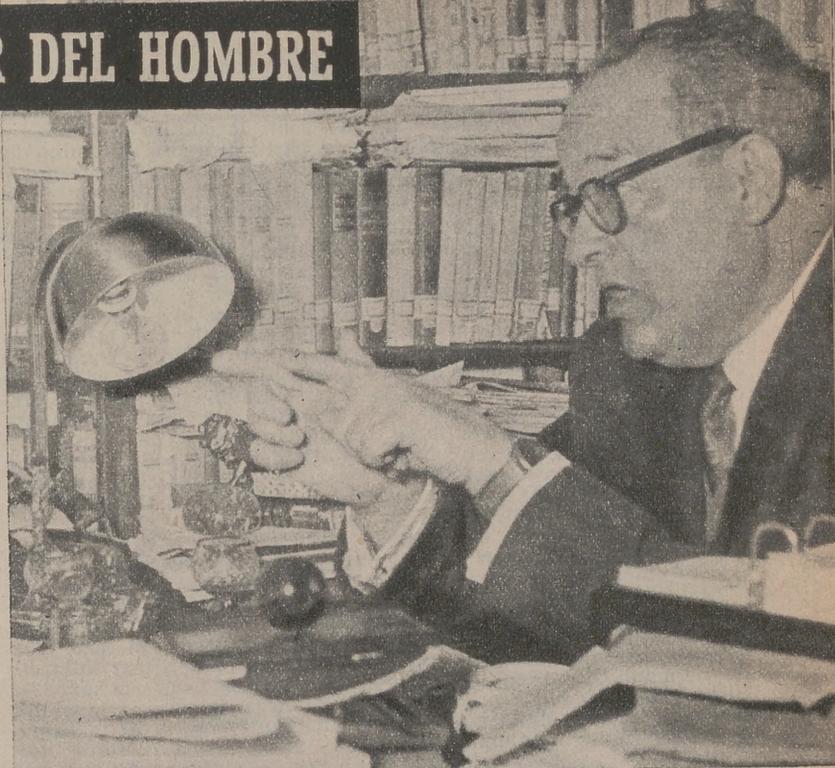
**"Un existencialismo
ateo y comunista es
una aberración
filosófica"**

ALTO, un tanto corpulento, voz suave y bronca al mismo tiempo, bastantes canas en el pelo y muy descubierta su amplia frente extendida hacia atrás, Pedro Caba esconde unos pequeños ojos, que se clavan al mirar, y más que para ver parecen estar hechos para adivinar o pensar, tras unas gafas gruesas y redondas que alargan su rostro ancho y su apretada barba poblada.

«Estamos ante un filósofo, conocedor del hombre como pocos». Con estas palabras definía don Pedro Alcalde, decano que fué de la Universidad de Valencia, la personalidad y la auténtica valía filosófica de don Pedro Caba. Hoy, después de unas horas de conversación, mientras las escaleras que me llevaron hasta este cuarto reducido donde el filósofo se encuentra en un mar de libros, de folios a medio escribir, de notas revueltas y miniaturas que cuelgan de las paredes, pienso que no habría mejores palabras con que definir a este hombre sabio y sencillo, pensador profundo y amante de la pluma y de la palabra.

Pedro Caba podrá ser muchas cosas más, escritor que cuelga de las infinitas páginas de sus libros originalidad, trascendencia de pensamientos y elegancia sublime en el decir; conferenciante que envuelve su palabra en expresión poética, clara, precisa y honda; pero, ante todo y por encima de todo, o mejor, a pesar de todo, Pedro Caba es eso: conocedor del hombre como pocos. Lo sé por sus libros, por sus innumerables libros filosóficos; lo sé por su obra escrita y por su obra hablada, y lo sé por esta conversación de hoy, donde las horas han corrido más de la cuenta, sin apenas enterarnos.

Mientras habla, el filósofo tiene un gesto abundante de manos retorcidas, como si en sus dedos largos y expresivos quisiera traer nos y meternos hasta dentro el concepto claro y hondo que acaba de expresar, la palabra justa,



Hasta diez conferencias por semana ha llegado a dar este enamorado de la palabra que es el filósofo Pedro Caba

medida, cargada de poesía con que sabe engalanar y revestir su idea o la voz sonora y suave, de timbre muy castellano, que a Caba le sirve como de maravilloso transfondo musical al hablar, Pedro Caba sabe muy bien cuál es el sentido significativo del gesto, la importancia del lenguaje de las manos y la expresión de los ojos. En el programa de sus próximas conferencias he leído estos curiosos títulos: «La filosofía de la mirada», «La mano como expresión y como inteligencia».

«Metafísica de los sexos humanos» es la última obra publicada por el filósofo. Es un libro pequeño, esquematizado en unas 200 páginas que sirve como de introducción o anticipo al primer libro de una serie de diez obras que llevan el título general de «La Filosofía vuelve al hombre». Es raro el libro de Caba que no exceda a las seiscientas páginas.

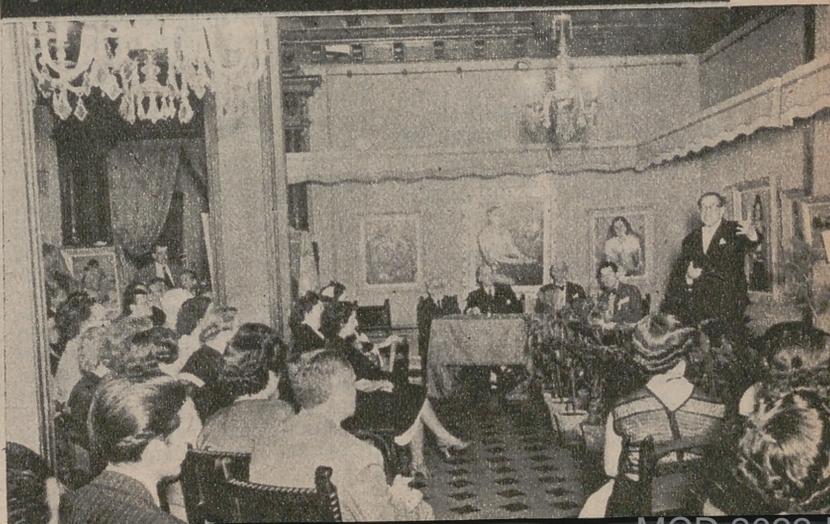
—¿Tiene usted muy adelantada la serie?

—Cinco volúmenes están ya terminados y algunos en la imprenta. Es un cometido largo, quizá la obra de todos los años que me queden de vida.

EL PRIMER LIBRO, A LOS DIECISEIS AÑOS

Arroyo de la Luz es un pueblo de Cáceres, a unos catorce kilómetros de la capital, que hoy pasa de los 15.000 habitantes. Allí, en diciembre de 1900, hijo de un militar y de madre vasca, nace Pedro Caba. Después de su infancia en Valladolid, a donde es trasladado su padre, vuelve a Cáceres, y allí permanece hasta los dieciséis años. Es la fecha de la sentida desgracia, de la gran desgracia familiar. En el mismo año, y a muy corta distancia, mueren sus padres, Huérfano en una ab-

Cualquier ocasión es propia para hablar del hombre, de sus gestos y de sus actitudes. Mejor en una Exposición de retratos



solita estrechez económica, y sin terminar el sexto curso de bachiller, Caba decide emprender el camino de Madrid. Por único pasaporte, una carta de recomendación de un aspirante a diputado. La carta surte a medias efecto, y al poco tiempo de su estancia en Madrid, Caba escribe ya algunos artículos en un semanario de la política de Cambó. Diecisiete duros al mes es toda la paga. Los suficientes para comenzar una vida de privaciones y sinsabores, que se alargarán durante algunos años.

—A mí nunca me ha gustado presumir de bohemio. Presumir de bohemio es como presumir de un sarampión.

Lo cierto es que el joven periodista, como los diecisiete duros, aunque aquellos fuesen otros tiempos, no eran más que ochenta y cinco pesetas, tiene que acudir a otros menesteres que le ayuden a malvivir. Un día, cuando pasa por la calle del Arenal, lee un anuncio: «S. necesita pintor»; al día siguiente empuña la escobilla y la escalera. Dos días de pintor de brocha gorda, le dan algunas pesetillas. Mientras tanto su hermano Carlos, que le acompañó a Madrid, y que ha comenzado los estudios de Derecho, da clases de guitarra a alumnos particulares.

Algún año más tarde ingresa a un tiempo en la Facultad de Ciencias y en la Facultad de Filosofía y Letras. Son los tiempos de Ortega en la cátedra de Metafísica y de Morente en Ética. Y los tiempos en que aparece la segunda publicación de Caba, que no es un artículo de semanario. Es parte de la Historiografía de Guadalajara, encargada por aquella Diputación.

—El primer libro, en colaboración con mi hermano Carlos, lo escribí a los dieciséis años. Se titulaba «Ideologías del siglo». Ya no recuerdo ni qué decíamos. Sé que era un estudio sobre el tradicionalismo, el socialismo, el comunismo y todos los «ismos» de comienzos de siglo. Me imagino que habrá mucho de pedantería en la exposición. No hace mucho recibí la carta de un lector que asegura tener en su biblioteca toda mi producción literaria y entre ella «Las ideologías del siglo».

Tres años de soldado en África por 1921 y las mismas estrecheces económicas que no alcanzan al pago de los libros y matriculas hacen que los estudios se sigan con irregularidad. Después, la licenciatura en Filosofía, unas oposiciones del Estado y boda en Madrid. Hoy, don Pedro Caba tiene cinco hijos y es abuelo. Su hermano Carlos es abogado y novelista. «Wolfem, Wolfram» y «Cauchó a la deriva» fueron sus dos primeras novelas. «Crimen en la frontera» acaba de obtener el Premio «Buscón» en un reciente concurso de novelas.

ORIGINALIDAD DE UN SISTEMA

Don Pedro Caba ha escrito también algunas novelas. La primera apareció en 1934 con el título de «Las Galgas». Una novela de tipo psicológico, que mereció el Premio «Gabriel Miró», de la editorial Juventud, de Barcelona.

«Tierra y mujer o Lázara ja profetisa» es una novela de interpretación rural extremeña. En colaboración con Carlos y también de los primeros tiempos es «Andalucía y su cante jondo», un estudio sobre la cultura andaluza.

A partir de ahora, el camino del escritor va recto a la interpretación fiel de su pensamiento filosófico. Ya no habrá tiempo para más. La «Metafísica de los sexos humanos» viene a ser como el fundamento filosófico de toda su obra anterior. El sostén y apoyo metafísico de una antropología formal desarrollada en seis libros con distintos títulos. Porque, si además de otras cosas, la obra de Caba maravilla por algo, es precisamente por esta maravillosa unidad temática de pensamiento. Unidad que podría definirse como la interpretación profunda de la Historia a través de los sexos.

Para el filósofo es inútil acometer una metafísica del hombre o cualquier otro tratamiento de las cosas humanas, incluso las ideas más pretendidamente puras, sin contar con el sexo.

—Apoyándose en una interpretación de los sexos humanos se puede llegar a una antroposofía. Y una antroposofía es la expresión misma de la filosofía, porque «en el interior del hombre habita la verdad». De ahí el título general con que aparecerá esta serie de mis libros: «La Filosofía vuelve al hombre». La existencia masculina y la existencia femenina tienen una radical antología, que ni Heidegger ni nadie han tomado debidamente en cuenta, como si lo que se dice de la antología varonil, sin más ni menos fuera válido para la ontología femenina. Es la gran cojera de toda la metafísica antropológica. Que los sexos sean una realidad en el espíritu, es algo que no se ha querido ver. Y si la palabra «sexos» repugna, porque viene cargada de resonancias biológicas, diremos que el espíritu encarnado en el hombre se presenta en dos formas típicas de existencia humana: no macho y hembra, que son categorías biológicas y aun específicamente zoológicas; no masculino y femenino, que son categorías gramaticales y sordamente botánicas, sino «varón» y «mujer» o «varna», que son los nombres genuinos con que Dios los designó y distinguió.

Don Pedro Caba habla con una excesiva rapidez, compensada por este modo singular de claridad y de precisión en la expresión y en el concepto. A veces corta en seco la palabra, como para convenirse de que su voz no se queda sólo colgada del aire de esta habitación pequeña donde le escucho.

—No es que los sexos orgánicos calen o repercutan sobre el espíritu, sino que el espíritu, al encarnarse en el hombre, toma dos estilos fundamentales, dos modos de ser que no pueden ser ignorados o preteridos por una Ontología Antropológica. Esos dos estilos o formas de ser no rompen la unidad, sino que la certifican en integración esencial y misteriosa. Por esto, todas las formas existenciales de ser hombre se presentan como varoniles o como femeniles, pero acentuándose de

un estilo u otro, del cual toman forma propia, finalidad y sentido. Es imposible una Antropología, una Antropología radical, un vero y hondo saber del hombre, sin un conocer previo de cada estilo y sin tomar en cuenta las diferencias. En cuanto hablamos de formas existenciales es exigida inexorablemente la nota diferencial de varón y mujer. Mociones como «cuidos», «angustia», «existencia auténtica» no pueden ser aprehendidas en toda su riqueza existencial, si se prescinde de lo diferencial de los sexos humanos. Hay una existencia de varón y otra de mujer, de estilo y contenido radicalmente diversos. Hay un pensamiento masculino y un pensamiento femenino. La mujer no aporta menos a la Historia y a la Cultura que el varón, aunque para muchos parezca menos visible la de aquella. Pero para ver claro hace falta no solamente una antropología filosófica profunda de los sexos humanos, sino también no tomar la palabra «cultura» como noción meramente intelectual, ni creer que lo intelectual es lo que más vale en la Cultura y en la Historia.

UNA INTERPRETACION DE LA HISTORIA

El factor sexual, que tanta importancia tiene en la serie filosófica que el autor escribe, no es nuevo en las preocupaciones intelectuales de Pedro Caba. Lo trató ya específicamente en su conocido libro, en dos amplics volúmenes de 800 páginas, titulado «Los Sexos, el Amor y la Historia», que mereció los elogios más categóricos de don Gregorio Marañón y de los especialistas, psiquiatras y psicólogos, como don Antonio Oriol Anguera, profesor de Fisiología de Barcelona, que con este motivo escribía: «Es nada menos que un intento de Cosmovisión, lo que los alemanes han llamado visión del mundo...»

De esta primera obra sería y hondamente filosófica parte era una unidad temática a que aludo y que se encuentra a flor de cada página en títulos como estos: «Misterio en el hombre», «Qué es el hombre», «Europa se apaga», «Misterio y poesía», «El hombre romántico», «Sobre la vida y la muerte», «Hombre y amor».

—«Los Sexos, el Amor y la Historia» es una interpretación más profunda de la que los biólogos han venido haciendo de los sexos humanos. Una interpretación psicoespiritual. Interpretar el sexo humano como un estilo total de hombre y de este estilo inducir cuál es el sentido de las épocas de la Historia. Hay Renacimiento y hay Edad Media, porque varía el estilo de ser hombre, y al contrario: en cada momento de la vida de un hombre, en su infancia, en su adolescencia, en su juventud o en su vejez, como en cada estilo de hombre se está reflejando un modo de ser histórico. El hombre es clave de la Historia, pero la Historia es también determinante del estilo o modo de ser hombre, aunque lo que decide es siempre el hombre, como variación continua. Con esta paradoja que el hombre es la gran constante de la Historia, pero una constante en continua variación Grecia tiene, aproximadamente,

los mismos determinantes geográficos hoy que hace dos mil quinientos años, que en la época de Pericles. Hoy Grecia no cuenta con un Sócrates, Platón, Aristóteles, un Homero que nos escribiera la gran «Odisea» de nuestro tiempo. Varía la Historia, pero porque cambia fundamentalmente el hombre. En la variación del hombre está su misterio y el misterio de la Historia.

Cuando aparece «El hombre romántico», Caba trasplanta esta tesis suya a su nueva obra para analizar desde lo profundo todo el sentido de cambio y de trastorno que en la vida y en el pensamiento trae consigo este hombre nuevo comparado con el hombre medieval. Al vasto y complejo saber del filósofo le ha sido suficiente el alumbramiento de su tesis para hacer un estudio serio, pausado, científico de cuanto la nueva cultura renacentista aporta a la Historia: la poesía, el arte, las ciencias, el descubrimiento, todo queda aquí bajo la mirada y el pensamiento del escritor, del pensador, que va arrancando de cada árbol la fruta madura de una filosofía nueva, primordialmente original.

EUROPA SE APAGA

En 1951 sale de la imprenta un nuevo libro de don Pedro Caba. Desde 1940, la actividad literaria y filosófica del autor no puede ser más fecunda. Cuando menos a libro por año, cuando más a tres. Y si al filósofo le pregunto de dónde saca tiempo para tanto, su respuesta no se deja esperar.

—Yo no acudo a ninguna tertulia. No soy hombre de café. Apenas salgo de casa. En esta habitación paso más de diez horas diarias. A las ocho de la mañana comienza mi trabajo. Hasta las dos de la tarde. Después, de cuatro a diez de la noche. Me gusta madrugar y acostarme pronto. Las horas de la mañana son las mejores. Diariamente doy un paseo por estos alrededores. Ese tiempo lo empleo para la lectura.

Cuando «Europa se apaga» sale a la luz pública y llega a Brasil, desde Río de Janeiro escribe H. N. Jensen: «Es una obra curiosa, oportuna, bien delimitada, digna de ser discutida por los filósofos, sabios y hombres de ciencia; analizada por los responsables del destino de la Humanidad y divulgada por los honestos.»

«Europa se apaga» es una demostración de cómo las constelaciones históricas, que son otra cosa que las culturas de Spengler o de Frobenius, y otra cosa que las civilizaciones de Toynbee, tienen un pueblo protagonista, otro antagonista y varios en concepto de fondo, coro o comparsa. Partiendo de la constelación inicial europea; la constelación de la cultura grecolatina, en ese libro se desarrolla dialécticamente la tesis de que el protagonismo de Europa, como constelación histórica, está declinando y dos pueblos poderosos, uno protagonista, Estados Unidos, y otro antagonista, la Rusia soviética, entablan el duelo gigantesco de esta hora, como han reconocido todos y ha afirmado la revista «Ecclesia», este libro no es pesimista, sino cristianamente



Pedro Caba fue invitado recientemente a pronunciar unas conferencias en Tetuán y en Tánger. Aquí le vemos recorriendo la Medina tetuani.

resignado, que enuncia, con serenidad la hora angustiosa en que vivimos, en que una espléndida civilización está dejando paso a otra que, tal vez en su día, no resulte menos espléndida. Este espectáculo continuo de la Historia, este pasarse la antorcha del protagonismo de unos a otros pueblos, de unas civilizaciones a otras, como en una gran olimpiada, no es exclusivo de nuestro tiempo. La misma Historia es testigo.

—Si no pesimismo, ¿no cree usted que esta tesis encarna un cierto fatalismo en el acontecer histórico?

—No. Precisamente porque parte del supuesto de que todos los pueblos, como todos los hombres, están siempre bajo la mirada de Dios, y que todos, hombres y pueblos, están llamados a responder de su papel y de su misión al paso por el mundo y por la Historia. La Historia, como el hombre, tienen sentido por esta llamada divina a la responsabilidad de esa misión que unos y otros, hombres y pueblos, han de cumplir. Mi libro inmediato, el primer volumen de la Metafísica Humana, estudia la presencia de Dios como origen de la presencia humana ante las cosas. Y toda la Historia no es sino el ámbito de proyección de la mirada presencial de Dios sobre todo lo que los hombres hacen en la Historia. Es, pues, un providencialismo visto

desde lo hondo del sentido de la Historia y del hombre. No hay fatalismo, porque la libertad del hombre en su hacer histórico es la garantía de todo determinismo tan cómodo para pensar en una filosofía de la Historia, como paralizante para ese fluir que es la Historia misma.

LA PARADOJA DEL EXISTENCIALISMO

Es indudable, mientras se oye la palabra de este profundo filósofo, pensar en la concepción agustiniana de la Historia y de la Filosofía. En la Filosofía desbordante y llamante de San Agustín.

—Reconozco toda la riqueza y la sabiduría de Santo Tomás, pero me siento agustiniano por temperamento, sobre todo, en la inmensa problemática del hombre.

—¿Cree que podría llamarse a San Agustín hombre de nuestro tiempo?

—Sí, desde luego. La llamada vuelta a San Agustín es una realidad. La Filosofía se está haciendo agustiniana, porque la verdad está llamando al corazón del hombre.

—¿Piensa usted que en San Agustín hay algo del pensamiento existencialista?

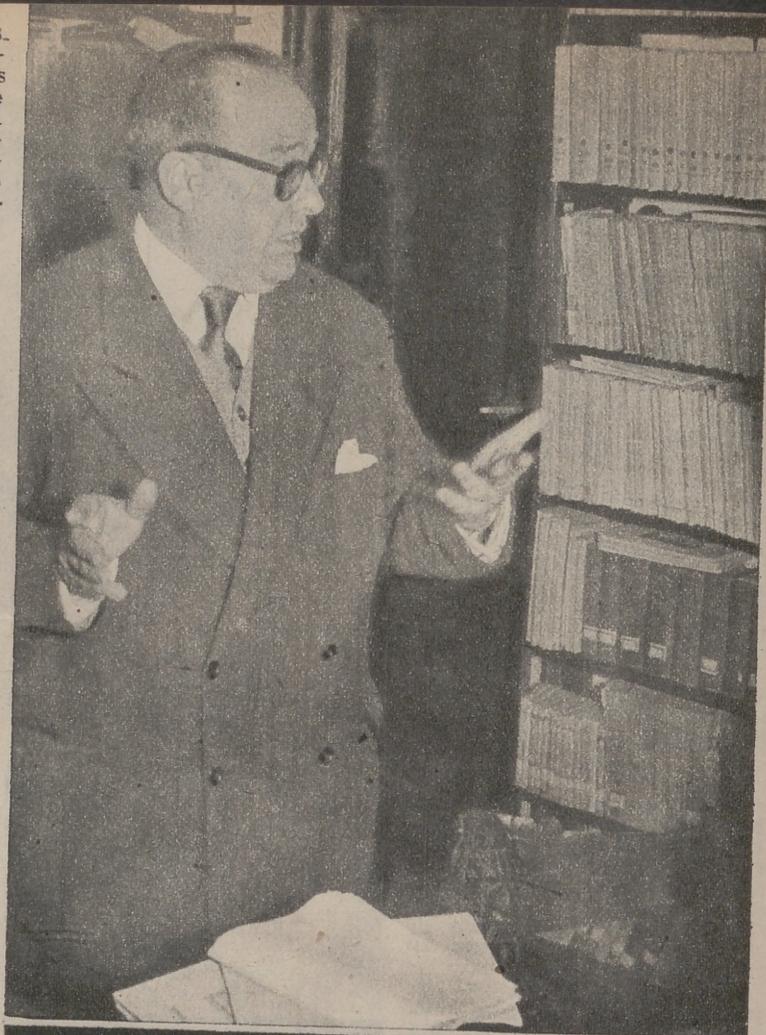
—Si me valiera la paradoja, yo le respondería: los únicos que no tienen nada de existencialismo

son precisamente los mismos existencialistas, porque hasta ahora no han respondido a las exigencias históricas del hombre nuevo y no saben interpretarlo. Al existencialismo hay que hacerle decir lo que no sabe. El existencialismo bien entendido no puede ser más que profundamente religioso y, precisamente, agustiniano, porque sólo en el existir del hombre, en el alentar profundo del hombre, en el interior del hombre habita la verdad. Un existencialismo ateo y comunista es, exactamente, la negación de todo existencialismo profundo y vero, porque el existir del hombre en profundidad tiene siempre el sentido de la libertad, pero de una libertad interna que responde a una llamada y a una misión. Sólo en lo profundo es el hombre libre. Es en lo cortical y externo, en lo social y público, en lo que el hombre deja de ser libre. Buscar a la verdad exige ir hasta el corazón del hombre, en cuyas grutas ha hecho nido. Y allí, como verdad, está Dios. Lo que en mi *Metafísica* ha llamado la «Presencia Divina» en la revelación a cada hombre. Hasta ahora el existencialismo por cargarse de prejuicios políticos, sociales, científicos, por prejuicios racionalistas, no ha hecho más que falsear el auténtico misterio de la existencia humana. Y sólo por falseamiento de esta actitud primaria, ha podido llamarse ateo y comunista.

MISTERIO EN EL HOMBRE

Hace seis años apareció otro de los catorce libros que Pedro Caba tiene publicados. Un libro que despertó la curiosidad y animó a la discusión: «Misterio en el hombre».

—En todo mi sistema filosófico hay un punto de partida: afirmar que el misterio es de una realidad ontológica con propio mundo y con un propio sistema de valores. El problema se explica, la cuestión se decide, el enigma se descifra. Todas estas formas están aludiendo a la verdad como descubrimiento. Es lo que los griegos llamaron «aletheia» y que, tanto Heidegger, como Ortega, como tantos otros, han tomado como clave única para su interpretación filosófica del mundo. Pero yo tenía que afirmar frente a todo eso que hay otra verdad que no se descubre, que no se descifra ni se aclara ni se expone como teoría, ni se ventila como los negocios, sino que se encubren. No tenemos bien esto: si los problemas se resuelven, si los negocios se ventilan, si los enigmas se descifran, los secretos se mantienen y en los misterios se comulga. Los artistas, como los amantes como los poetas, alimentan su arte, su amor o su poesía de secretos. Toda auténtica fe religiosa se mantiene de misterios que ya San Pablo llamó «Sacramenta». Es decir, que, frente a la verdad que se exotica, que se desentraña, la verdad a la que se arrancan las visceras para exponerlas como en garfio de carnicero, hay que añadir otra verdad: la que nos implica y la que nos complica, la verdad del amor, de la poesía, la del arte



«A mí nunca me ha gustado presumir de bohemio. Presumir de bohemio es como presumir de sarampión»

y la de la fe. Ni el amor, ni la poesía, ni el arte, ni la fe se tejen de explicaciones, sino de complicaciones y de implicaciones. El hombre es antes misterio que problema, más secreto que cuestión, y por esto precisamente su verdad es más honda, porque antes que explicarla hay que saber si por amor hacia los hombres y complicarse con ellos. De ahí el título de «Misterio en el hombre». El libro «Qué es el hombre» no es sino el complemento de este otro, visto desde el amor, el arte, la poesía y la ciencia.

DIEZ CONFERENCIAS POR SEMANA

Otra actividad de Pedro Caba, al margen de sus libros, aunque no al margen de su pensamiento filosófico, son sus conferencias. Si como escritor Caba es incansablemente fecundo, si es difícil explicar la abundancia en la producción literaria, quizá menos explicable sea su fecundidad como conferenciante. ¿De dónde saca don Pedro Caba tiempo para sus conferencias? Creo que ni él mismo lo sabe.

En el año 1952 Caba da 170 conferencias. Todos los Ateneos de España, todas las tribunas públicas conciben la presencia, la voz y el gesto del filósofo. Diez conferencias acaba de pronunciar en la pasada semana.

—¿Cómo prepara sus conferencias?

—Preparación inmediata, nin-

guna. Me gusta y me es necesaria la improvisación. No escribo las conferencias sencillamente porque no sé escribirlas. Los cuestionarios me cortan hasta producirme nerviosismo. Las notas las tomo después, y algunas han llegado más tarde a convertirse en libros.

Una pregunta, obligada por la categoría del escritor:

—¿Cuál es, don Pedro, la misión del intelectual de hoy?

—Ser fiel a sí mismo. Y como existir es coexistir, como para concernos a nosotros mismos tenemos que dar la vuelta por los demás, del mismo modo que para conocer a los demás tenemos que exigirnos fidelidad, confianza y amor frente a los demás. El problema, pues, no es intelectual, sino amoroso, es decir: el intelectual ha de poner sus especulaciones junto a las brasas del amor. Con esa fidelidad el intelectual será también fiel a la hora histórica en que viva, que es ola de amor y de concordia. Ha terminado la charla. Son ya las últimas horas de la tarde.

—Ahora ¿qué hace usted, don Pedro?

El filósofo abre los brazos y me señala su mesa, revuelta de folios, cuartillas, libros a medio leer.

—Ahora, lo de siempre: seguir trabajando.

Seguir trabajando, éste el secreto.

Ernesto SALCEDO

TREINTA AÑOS DE PICADOR DE TOROS

PACO DIAZ

UNA VIDA CON LA PUYA
BAJO EL BRAZO

DE LA GANADERIA DE MIURA A
LA CUADRILLA DE CESAR GIRON

UN OFICIO SOSTENIDO CON GALLARDIA

UN hombre de pelo ya canoso, de grandes patillas, de profunda mirada, contempla un día del mes de marzo de 1910 la recortada estampa de doce toros negros, astifinos, elásticos y poderosos. Son las seis de la tarde. Por la lejanía se ve y se escucha el seguido galopar de una piara de yeguas, a la vera sus crías. El hombre, vestido de traje campero, cubierto con el sombrero de ala ancha, se ha acariciado la barba y ha dicho con voz fuerte y segura:

—¡Juan! ¡Llevaros esos toros para allá, que vienen las yeguas!

—Está bien, don Eduardo.

La finca es el cortijo «Cuarto», entre Dos Hermanas y Sevilla; el mayoral que atiende la orden se llama Juan Díaz; el ganadero de andar pausado y señorial figura tiene un nombre famoso: don Eduardo Miura.

La casa de los Miura—de los toros legendarios, de los toros que van y vienen en las copias de los romances y en las metáforas de los poetas, de los toros que pelean bravamente en los ruedos de las ferias españolas—guarda en el cortijo «Cuarto» aquellas reses que van a ser lidiadas en las fechas que se aproximan.

Ya se han alejado los toros empujados por las voces opacas y sonoras de los caballistas. Entonces han llegado las yeguas.

—¿Cuántas potrillas hay, Paco?

—Veintiocho, don Eduardo.

Las guía un muchachillo que apenas cuenta una docena de años. Hijo del mayoral que se llevara los toros, el crío guarda respeto ante la figura del ganadero.

—Llévatelas para las cuadras.

—Está bien, don Eduardo.

Don Eduardo Miura ha visto cómo de un salto ha cabalgado el muchacho, ha recortado el aire con unas galopadas y han salido envueltas las yeguas en el polvo de la tierra hacia los establos.

Ha regresado ya el mayoral de apartar las corridas hacia las esquinas del Sur.

—Allá se quedaron ya, don Eduardo.

Don Eduardo Miura, de canosos cabellos, de patillas pobladas, vestido con el traje campero de los ganaderos andaluces de principios de siglo, ha echado una mano por el hombro a su mayoral y le ha dicho sinceramente:

—Tienes un magnífico jinete en tu hijo.

—¿En mi Paco, señor?

—Eso es, Juan. Y todo el cortijo lo sabe.



Paco Díaz, con don Antonio Pardal, frente a Los Gabrieles, en la Feria de Sevilla de 1955

Aquel muchacho que corría tras las potrillas, caballero en una yegua de raza pura, sereno, cuarenta años más tarde, un picador de toros famoso, un picador, hoy, a la antigua usanza, de brazo poderoso, de vista certera, de puya-zo seguro; aquel minúsculo yegüerizo de diez años es ahora, para el mundo de la torería, Paco Díaz, picador de toros de César Girón; picador de los buenos, picador de los antiguos.

Toda una vida de constancia y de valía escalada por el propio esfuerzo.

**LA PRIMERA BECERRA
NO SE ACIERTA HASTA
LA TERCERA**

Los campos lisos de Coria del Río vieron nacer el 22 de noviem-



En la plaza, como en los corrales de la ganadería, Paco Díaz afirma su primerísima categoría de picador

bre de 1896 al último de los 13 hijos del mayoral que entonces era de la casa de los Miura. El mayor de los 13 se llamaba José; el pequeño se llamaría Francisco. Y allí fué a reunirse con los hermanos, el último recién venido; allí crecería con el trasfondo de las galopadas de los caballos, de los balidos de los corderos recién nacidos, de las numerosas proles de los tiernos lechoncillos al calor de las gorrinas, de los mugidos nocturnos de los toros de la vacada que serían lidiados por los toreros famosos.

Curro Cúchares, Cara Ancha, Cuatro Dedos son matadores de la época que conocerán a la familia. Porque el señor Juan, el mayoral de don Eduardo Miura, fué antes picador de toros con los maestros de la torería. Una estirpe familiar que entroncaría con la también destreza varilarguera de Pepe, el mayor, picador igualmente de tronío.

Paco Díaz, el décimotercero de la dinastía, aprende, desde temprano, a montar en los caballos de fino trote, a domar a los potros alazanes, tordos y pios, a conducir, en compañía de los vaqueros, los toros que tenían sobre la piel el hierro de la miureña ganadería.

Pasan los años porque nunca los años se estuvieron quietos.

El señor Juan Díaz, el padre, dejada ya la profesión piquera, usa todavía su experto tino en ser el tentador de la vacada. Por aquel tiempo, los becerros de Miura se tientan en Cantillana, en la finca que se conocía por el sobrenombre de la «Vera Abajo». Y con el señor Juan Díaz, el pequeño de la rama, Paquito por las fechas, es espectador de los aciertos.

Un espectador que—creciendo, creciendo—se convertirá en actor tímido primero, decidido y seguro después, como el buen signo del apellido de la familia.

Paco Díaz ha cumplido los diecisiete años. No existe, para él, secreto alguno en el montar; pier-na firme, brazo diestro, equilibrio justo: he aquí las tres cualidades del jinete. El hijo del señor Juan Díaz, sin duda que las guarda.

La finca de la «Vera Abajo» tiene su plaza; una enclavada plaza donde los becerros miureños prueban y acreditan su casta; donde los matadores de toros, los novilleros o simplemente los que intentan figurar en las biografías taurinas, prueban también su temple, su arte o su insuficiencia. Allí la sabiduría eterna de Jose-lito «el Gallo» la gracia repajole-rra de su hermano Rafael, la destreza sobria del otro hermano, Fernando. Y por allá también, el alboroto sísmico de Juan Belmonte cuando empezaba y cuando ya era. Y antes, o después, o por los entreaños, la mejor o peor calidad de los Varellito, Moreno de Algeciras, Paco Madrid... Y de siempre, eso sí, los que aspiraban a la maestría y jamás la tocaron ni con la punta del dedo corazón.

Paco Díaz, el yegüerizo de la vacada, estrena oficio de tentar becerros. Presente está don Antonio Miura—que los años no pasan sin dejar huecos—, presente está el padre y los demás vaqueros de la «Vera Abajo». Paco Díaz, más fuerte la ilusión que la ex-



El día de la boda. El 1 de diciembre de 1933



Paco con su hijo, en 1910

periencia, va a tentar la becerria primera.

—¡Ojé, becerra!

A Paquito Díaz le habían dicho que tuviera el palo bajo.

—¡Ojé, becerra...!

En el mismo nacimiento del pitón tuvo lugar el suceso.

No hay por ello que desanimarse.

Va la segunda.

—¡Ojé, becerra...!

Allá por detrás, en las postrimerías, junto al rabo, fué la rectificación a la vara primera.

Don Antonio Miura, un bendito, dijo con paciencia:

—Ahora, Paquito, no te equivocarás. Cógela por enmedio.

Y Paco Díaz, desde la tercera tentada, sentó, para siempre, su prestigio.

PICADOR POR VOCACION TEMPLADA

Antonio Chaves Camero era el mejor picador de los años veinticinco. Eso lo sabe ya el hijo del señor Juan. Que cuando las corridas en la Maestranza, al muchacho se le quedaba un recuerdo permanente que le acompañaba mientras emparejaba los toros,

mientras domaba las yeguas, mientras apartaba los carneros.

—Qué gran piquero el señor Antonio, verdad, hermano.

Paco Díaz gusta de hablar con su hermano Pepe, picador de fila primera, de cómo hay que coger a los toros, de cómo hay que sacar al caballo, de cómo evitar la muerte de la cabalgadura, de cómo caer en los derribos.

—Paco, te lo digo yo, no barruntes el oficio; los toros son muy duros, ser picador es lo peor del mundo. Y, además, están las cornadas. Y los golpes. Paco, para ser picador hay que aguantar mucho.

Cuando la voluntad echa una firma con punto invisible, no hay muro de razonamiento que la contenga. Y Paco Díaz la había echado, con rúbrica doble por demasía.

El 7 de diciembre de 1924, Paco Díaz se viene, con su hermano, a Madrid. Su hermano Pepe—un padre en el respeto para el menor—estaba entonces de piquero con Nicanor Villalta. Otra vez, antes de la última decisión, vinieron los consejos.

Es igual. Aquel invierno, para empezar, a tientas de la provincia con el hermano. La primera es la del duque de Tovar, en Torrejón de Ardoz, y luego, incluso, el duque de Veragua, en el toledano Molinillo.

—¡Qué fuerza la de los veraguas!

Por los ruedos de las ganaderías, Saleri II, Antonio Sánchez, Fausto Barajas... Y por los comentarios una profecía.

—Este muchacho será de los buenos.

El primer domingo de febrero, agotados los argumentos de la oposición fraterna, Paco Díaz se viste de picador. Lleva una chaquetilla grana y plata que le prestara el hermano y un brazo joven dispuesto para el aguante. Hay que picar las reglamentarias diez novilladas del aprendizaje sin ser reserva ni pertenecer a la cuadrilla de matador alguno.

En el madrileño ruedo de la plaza de Tetuán de las Victorias hacen el paseillo Fermín Guerra y Rubichi. En los corrales hay una hermosa novillada de Gumcindo Llorente, de Barajas. El primero es un castaño ojinegro, astifino, 26 arrobas.

—¡Ah, qué buen puyazo le ha cogido!

Y así hasta que lo dijo el presidente.

—¿Me dejáis picar también el segundo...?

—¡Anda con él...!

Paco lo que quiere es picar. El segundo novillo le volteó el caballo, le pisoteó y le rasgó la cara. Una, lo que se dice, regular pailiza.

Ya han vuelto a casa, curado el destrozo.

—¿Has visto Paco, has visto cómo esto no puede ser?

Y sí que pudo, porque en la undécima corrida un novillo de Llorente le partió dos costillas en la misma madrileña plaza.

Lo que era señal pues, de que había continuidad en el propósito.

LA PRIMERA «COLOCACION» LA TRAJERON LOS VERAGUA

Los picadores de Nicanor Vi-

Malta, en vez de usar del reserva, llevaban ellos un tercero de su propia confianza. El tercero, pues, salía por delante con la relativa seguridad de que el toro no quedaría estropeado como se presumía si cae en manos de un reserva de poca categoría. El tercer picador de la cuadrilla es Paco Díaz, hermano menor de Pepe Díaz, también de la misma.

Paco Díaz es, pues, picador de toros. De toros, que no de novillos. Y en las doce corridas, después de lo de la fractura. Paco Díaz, de lo bien que lo hizo, picó él sólo los dos toros.

La gente—los entendidos y los profesionales—comentaban con asombro.

—Ese muchacho vale, que lo digo yo.

Y claro que vale, pues en aquel año de 1925 pica, además, en las cuadrillas de Domingo González «Dominguín» y de «Serafin Vigio-la «Torquito» y de varios más de menor cuantía.

Hasta que llega la primera «colocación», el primer puesto fijo de titular de una taurina unidad comunitaria.

Miguel Atienza, un amigo y compañero, está de picador con Pepe Parada, el fino torero madrileño.

—Oye, Paco: en Colmenar hay preparada una corrida muy grande y muy dura del duque de Veragua. Es difícil encontrar gente. ¿Por qué no le hablas al matador?

—Dicho.

—Oiga usted, Pepe, ¿por qué no me lleva a la corrida de Colmenar?

Hubo sus vacilaciones.

—Es más, Pepe, si no le gusta cómo lo hago, no cobro y en paz.

—Vale.

—Buena vara, sí, señor.

En el segundo, que le matara el caballo a Atienza, repetición de lo mismo.

El lunes, en Madrid, vinieron las palabras.

—Muy bien, Paco. De ahora en adelante, si quieres, vas a picar conmigo.

—Hecho.

TRES COGIDAS EN EL MISMO TORO

Su hermano Pepe, cuando venía a Madrid, iba, de siempre, a parar a la misma pensión. Y allí estaba —familia propietaria— una graciosa muchacha; dos Franciscos, masculino y femenino, que concertarían su noviazgo.

El noviazgo, pues, tiene sus dul-



Al hilo de las tablas han caído piquero y caballo. Tereros y monosabios van al quite de un toro bravo que da en tierra con el sueño de los varilargueros

zuras y sus amargores. Y tiene, sobre todo en los toros, las angustias inmensas de las cogidas.

Ya van tres años de relaciones. El día de Santiago de 1929 hay festejos en Córdoba. Una corrida mixta; dos toros para el negro Facultades de Lima, cuatro novillos para Serranito de Córdoba y Parejito. Reses de un tal Flores de Jalón.

Paco Díaz ha cogido buena vara. Pero ha notado, así, de repente, una cosa rara en la pierna. No ha habido derribo y el toro ha tomado la segunda. Caballo y caballero, monosabio al frente, han marchado para el patio. Al bajarse, Paco Díaz se ha mirado la pierna y ha visto que la tiene atravesada por asta de toro. El mismo hierro hizo de canal para la trayectoria. Paco Díaz ha entrado en la enfermería.

Apenas empezaron los médicos a curarle, cuando se ha abierto la puerta del quirófano.

—El mismo toro, que le ha dao una cornada en el vientre a Facultades.

Los médicos se pusieron, como era de justicia, a atender primero a lo de más gravedad.

Casi ni le han quitado al ma-

tador limeño la ropa de torear. casi ni han inspeccionado la herida cuando otra vez abrióse la puerta de la sala de operaciones.

—El mismo toro que le ha partido la femoral a Serranito.

Hubo que atender, por fuerza, a lo más urgente.

A la noche, en el primer tren Paco Díaz volvía a Madrid. Una vuelta que duró quince meses en el Sanatorio de Toreros. Don Manuel Bastos, médico y cirujano, fué, por fin, el que arregló el desaguado.

Pero Paco Díaz, aunque bien, todavía, es lógico, ocjea. Y no encuentra matador con confianza.

La Tropical, en la madrileña calle de Alcalá, ha sido, de siempre, centro de tertulia de taurinos. Allí está sentado el picador recién restablecido Un muchacho fino, bajito, delgado, poca disposición física, ha saludado con cortesía.

—Buenos días, Paco. ¿No se acuerda usted de mí?

Hubo explicación.

—Yo soy Rafael Moreno, aquel muchacho que, gracias a usted y a su hermano, pudo torear en la finca de la ganadería de don Celso del Castillo, en Quismundo, en Toledo. ¿Se acuerda?

—Hola, hombre. ¿cómo estás?

—Mire usted, yo traigo una recomendación muy buena por la que tengo que torear en Madrid, si no es este domingo es el otro. ¿Quiere usted picar conmigo?

En la entonces plaza de toros de la hoy avenida de Felipe II volvió a oírse el comentario de los entendidos.

—Qué bueno es Paco Díaz picando a los toros.

CUANDO LOS BECERROS DE MARTINEZ SON TOROS DE MARTINEZ

Han pasado cuatro años desde lo de la cogida. Unas veces hay corridas y otras no, depende de

En una ganadería de Salamanca, vemos reunidos a Paco Díaz, Jaime Pericás y César Girón, para tomar parte en una fiesta





Las cuadrillas haciendo el paseillo en las Ventas

El embarque se hizo en Lisboa. Desde Bilbao venían los otros toreros españoles que iban también a cruzar el océano: Pepe Luis Vázquez, Armillita, Gitanillo de Triana... con cuadrillas y todo se completa la doble decena.

Pero el viaje fué largo, demasiado largo: veintisiete días hasta tocar la isla de Cuba. Los veinte españoles, cansados de navegación, bajaron a tierra. Una bajada que tuvo consecuencias imprevisibles: había órdenes legisladas de que ningún pasajero podía pisar tierra sin persona que le garantizase. Los veinte españoles dieron con sus estructuras en la cárcel de la isla Tricornia.

Los veinte españoles están en una habitación no muy grande desde la que a través de una reja se ve la calle.

Paco Díaz, desde dentro, habla con uno de los que pasan.

—Amigo, ¿qué hay que hacer para salir de aquí?

—Muy fácil: se acerca usted a la mesa de fuera, paga diez dólares y ya está, en la purita calle, viejo.

Los veinte españoles canjearon su encerramiento por la módica suma de 200 dólares, diez mil pesetas.

El avión fué el medio de transporte rápido.

Las plazas americanas pudieron, pues, contemplar la destreza de Paco Díaz, de la cuadrilla, entonces, de Manolo Escudero.

A LAS ORDENES DE CÉSAR GIRÓN

De aquel muchacho que galopara tras los toros de Miura se ha llegado hoy a una de las más genuinas representaciones de la actual profesión varilarguera. Los matadores de respeto han llevado colocado en su cuadrilla al antiguo mayoral de la vacada de don Eduardo Miura, Paquito Muñoz, Julio Aparicio, Antonio Ordóñez, Juan Montero. Y hoy, César Girón.

Ello fué hace cuatro o cinco años. En la puerta de Riesgo, el café de la calle de Alcalá esquina a Peligros, estaba Pedro Berguice. Junto a él había un muchacho moreno, de ensortijado y negro pelo.

—Paco, te voy a presentar a este muchacho, que ha venido de Venezuela porque quiere ser torero.

Aquel muchacho era César Girón.

Pasaron las temporadas. César Girón se hizo matador de toros. César Girón se llevó para su cuadrilla al picador español que un día, a poco de su llegada, le presentara Pedro Berguice.

—Don Fernando quiere hablar con usted, Paco.

Don Fernando es don Fernando Gago, el apoderado del matador.

—Quiero que venga usted con nosotros.

—Está bien.

—Y también lo quiere César.

—No hay más que hablar.

España y América en tres temporadas. Y ahora, a seguir el oficio. Un oficio empezado un día en la plaza de Tetuán de las Victorias y sostenido con gallardía y prestancia a lo largo de treinta años honrosos.

Paco Díaz picador de toros, puede ser un ejemplo para los que sigan su camino.

José María DELEYTO

las temporadas, de las vacantes y de las ocasiones.

Han pasado cuatro años y ha llegado el día 1 de diciembre de 1933. Una fecha que no es de temporada, pero que es una fecha importante para la particular vida del picador, porque aquel día Francisco Díaz contrae matrimonio. Un matrimonio modesto, tan modesto y tan apretado que sólo tenía por comienzo de capital común cincuenta solitarias pesetas.

Pero a los cuatro días justos llegó nueva noticia.

—Paco—dijo el hermano—, don Julián Fernández Martínez quiere que tentemos en Colmenar Viejo.

En casa hubo también carta confirmatoria

«... a tentar un becerro grande y cinco vacas...»

Los becerros de Martínez eran toros auténticos. Ya lo sabía el ganadero.

—¿Qué le pasa, le parecen grandes?

—Yo no he venido a mirar el tamaño de los toros, yo he venido a tentar.

Palabra cumplida. Aquel invierno de las buenas resultas de los toros de Martínez, el buen picador Paco Díaz tentó en las ganaderías de Justo Puente, de Manuel y de José Aleas. Y con el buen dinero se pudo pasar el invierno.

Los toros son, desde luego, profesión sacrificada. Tan sacrificada, que mientras nace el primer hijo—un nacimiento difícil, que terminó, por desdicha, con la muerte del pequeño—Paco Díaz está en el ruedo de la plaza de las Ventas con la cuadrilla del mejicano Ricardo Torres. Y, fallido el hijo y grave la madre, tiene, encima, que salir para Barcelona a cumplir el contrato.

Y hasta que llega la guerra, Félix Colomo es el último matador.

POR DIEZ DOLARES, A LA CALLE

Mil novecientos treinta y nueve: la primera, en Orihuela, con Niño del Barrío, Domingo Dominguín y Pepe Dominguín. Están los toros flojos, como es de pura lógica. Y flojos también los toreros. Pero ya se cogerá la fuerza, que el oficio no se ha perdido.

Temporada una tras otra, llega el año 1946. El año de la primera marcha a América.

Ya lleva Paco Díaz dos temporadas con Manuel Escudero. Y aquel año el matador le comunicó el paso de las aguas.

160.000
ALUMNOS
CCC

GARANTIZAN
LA PERFECCION DE LOS METODOS
DE ENSEÑANZA DEL FAMOSO
CENTRO DE CULTURA
POR CORRESPONDENCIA

Nombre _____

señas _____

población _____

solicita información GRATIS
sobre los cursos señalados X

- | | |
|---|---------------------------------------|
| <input type="checkbox"/> INGLÉS | <input type="checkbox"/> CONTABILIDAD |
| <input type="checkbox"/> FRANCÉS | <input type="checkbox"/> TRIBUTACION |
| <input type="checkbox"/> ALEMAN | <input type="checkbox"/> CALCULO |
| <input type="checkbox"/> INGLÉS SUPERIOR | <input type="checkbox"/> REDACCION |
| <input type="checkbox"/> FRANCÉS SUPERIOR | <input type="checkbox"/> ORTOGRAFIA |
| <input type="checkbox"/> SOLFEO | <input type="checkbox"/> CULTURA |
| <input type="checkbox"/> CON DISCOS | <input type="checkbox"/> TAQUIGRAFIA |
| <input type="checkbox"/> SIN DISCOS | <input type="checkbox"/> MECANOGRAFIA |
| | <input type="checkbox"/> RADIO-CINE |
| | <input type="checkbox"/> TELEVISION |
| | <input type="checkbox"/> DIBUJO |
| | <input type="checkbox"/> CORTE |
| | <input type="checkbox"/> CONFECCION |

CCC - H-156 - SAN SEBASTIAN
corte o copie este cupón

IBIZA Y SUS VISITANTES

Por ANTONIO, Obispo de Ibiza

HACE todavía muy pocos años que nuestra querida isla —a pesar de sus maravillosas calas, de su sano tipismo y de su clima ideal— era poco menos que ignorada hasta por los mismos españoles peninsulares. No era raro recibir algún pliego, incluso de Madrid, con la dirección «Ibiza-Mallorca», «Ibiza-Canarias» o «Ibiza-Mahón». Nos sentíamos entonces, los ibicencos, en el mejor de los mundos. Moral y religiosamente vivíamos como Dios manda. Hogares tradicionalmente cristianos, en que reinaba la paz y el bienestar. La juventud de ambos sexos, honesta y sana. Incluso en la parte económica puede decirse que constituíamos una feliz excepción: con poco más de la mitad de ingresos que en otros puntos de España, podíamos vivir aquí con cierto desahogo.

Pero permitió Dios que un buen (?) día algún Magallanes nos «descubriese» —acaso francés o inglés—, y he aquí que hoy, pese a nuestra modestia, estamos «de moda», en Europa y fuera de Europa. Ibiza se va haciendo famosa ante el mundo —«mala utique fama»— y somos invadidos, cada vez más por una abigarrada riada extranjera. principalmente, de millares y millares de curiosos visitantes, entre los cuales no faltan, como es natural, españoles, que, dicho sea de paso, sólo se distinguen generalmente de los otros cuando hablan, es decir, por el lenguaje.

Claro está que no vamos a enfocar aquí a los turistas por el lado estético y pintoresco de sus atuendos de ellos y de ellas, frecuentemente inverosímiles, que dan pie a ibicencos de buen humor para regocijarse con corros y tertulias con sus sabrosos comentarios; ni siquiera por lo que afecta a nuestra economía, que —salvando a hoteleros y tenderos— resulta para la generalidad de estos habitantes poco menos que catastrófica; el pescado, la carne, los alquileres, etc., han subido hasta las nubes, fuera del alcance de las familias modestas.

Nos limitamos únicamente al aspecto moral y religioso que ofrece el turismo en esta isla, que es, a fin de cuentas, el que más directamente nos incumbe, y también el más funesto y pernicioso, así por los frutos que está ya rindiendo, como por los que, de no corregirse y encauzarse debidamente, nos amenazan en un futuro no lejano.

Y conste que al hablar así, en términos genéricos, no queremos comprender a todos los turistas que nos visitan, ni mucho menos. Los hay, gracias a Dios, tanto nacionales como extranjeros, que, por su corrección y buen ejemplo, son incluso edificantes. Para ellos, todos nuestros respetos, toda nuestra gratitud y nuestro aplauso. Nadie se siente molestado, sino al contrario, por la presencia de tales turistas. Si bien tememos que, de seguir la avalancha de los «otros», de los indeseables, irán aquéllos disminuyendo cada día más, por no poder convivir en absoluto con la chusma indecorosa. Nos consta, en efecto, de no pocas familias, extranjeras y nacionales, que, a los pocos días de su llegada a Ibiza, contemplando el panorama («moral») que se les ofrecía, sintieron defraudadas, y abandonaron la isla, diciendo tristemente: «Nosotros no podemos seguir aquí». Se ve que aún hay clases.

Es que esos indeseables, con su indecoroso proceder en playas, bares y vía pública, y más aún con sus hábitos viciosos y escandalosos, van creando aquí un ambiente nefítico que nos asfixia y que no puede menos de pervertir y corromper a nuestra inexperta juventud, sin dejar de penetrar también, poco a poco, en los hogares indígenas, robándoles aquella paz y felicidad conyugal que tradicionalmente venían disfrutando y que constituían su más rico patrimonio.

Es inconcebible y de todo punto intolerable que puedan por acá los extraños —incluyendo en la palabra a no pocos españoles— conducirse como

no se les consentiría en sus propios pueblos, ni siquiera en muchos otros sitios de veraneo, como, por ejemplo, en San Sebastián. Estos isleños se sienten por ello humillados, mirando como un insulto a su dignidad y decoro tal proceder incorrecto, indecente y escandaloso.

Nadie se explica por qué se autoriza la estancia aquí de féminas extranjeras, corrompidas y corruptoras, que, sin cartilla ni reconocimiento médico, vienen para ser lazo de perdición, física y moral, de nuestra inexperta juventud; ni tampoco sabe nadie cómo pueden tolerarse ciertos individuos, carentes de medios de vida, de los cuales dice la voz pública que viven exclusivamente del vicio, que facilitan y propagan descaradamente. La existencia aquí de todas esas purulentas lacras aparecen a los ojos de estos desventurados isleños envuelta en lo sé qué misterio, dándonos la sensación de hallarnos ante un mal irremediable, ya que ni valen las normas gubernativas, muy bien dictadas, ni siquiera los artículos del Código Penal, que en muchos casos debieran protegerlos. Y todo ello a pesar del celo de nuestras autoridades locales.

Quienes ven sólo ligera y superficialmente el asunto que nos ocupa, por carecer tal vez de los datos —casos concretos— que nosotros poseemos, tildarán acaso de exagerado el cuadro sombrío que hemos esbozado. No nos importa. Volveremos, si precisa, sobre el tema, y quizá se convenzan de que aún nos hemos quedado cortos.

Para nosotros el caso, aunque ya gravísimo, no es todavía desesperado, con tal de que se convengan de su extraordinaria gravedad quienes pueden y deben aplicarle el oportuno remedio; que mal puede el médico, por excelente que sea, curar una enfermedad que ignora. Estimamos que podría hacerse ello sencillamente. Los extranjeros, lo propio que los españoles, son merecedores de todos los respetos, mientras ellos se porten dignamente, es decir, mientras respeten, cual es debido, las leyes, la moral y la dignidad del país que les acoge como huéspedes; pero, desde el momento en que el extranjero, proceda de donde proceda, olvidándose de sí mismo, se desmanda, y pisotea la ley, y escarnea la moral y la dignidad de quienes le ofrecieron generoso hospedaje, debe ser adecuadamente sancionado y mandársele, si no se corrige a su país de origen, por indeseable. Esta fundamental norma de derecho internacional, aplicada aquí sin contemplaciones de ninguna clase, bastaría, a nuestro entender, para curarnos de ese inveterado cáncer que nos tortura y amenaza perdernos, dejando así paso libre al turismo correcto, honesto y distinguido, que, según muchos creen, incluso económicamente habría de rendir más que el chabacano e indecoroso que por desgracia padecemos.

Solamente por este procedimiento elemental—que siguen indudablemente las demás naciones— podremos salvaguardar los españoles el inestimable tesoro de nuestros valores morales y espirituales, que, desde mucho tiempo, vienen sosteniendo ante el mundo, a pesar de los pesares, el prestigio de España, y que pesan más en la balanza, muchísimo más que todo el oro de la tierra.

Creemos sinceramente que el día que esa vida materialista y amoral que nos va infiltrando el cine de la pantalla y ahora más eficazmente ese cine de carne y hueso del turismo inmoral y corrompido nos hayan robado ese tesoro tradicional Español habrá dejado de ser España.

Y que nadie vea en estas líneas otra cosa más que la voz de alerta, el grito de ¡socorro! del pastor de almas, que contempla, angustiado e impotente, la riza y destrozo que hace el lobo entre las amadas ovejitas que el Señor le confiara, y de las cuales tendrá que rendirle un día estrerha cuenta.

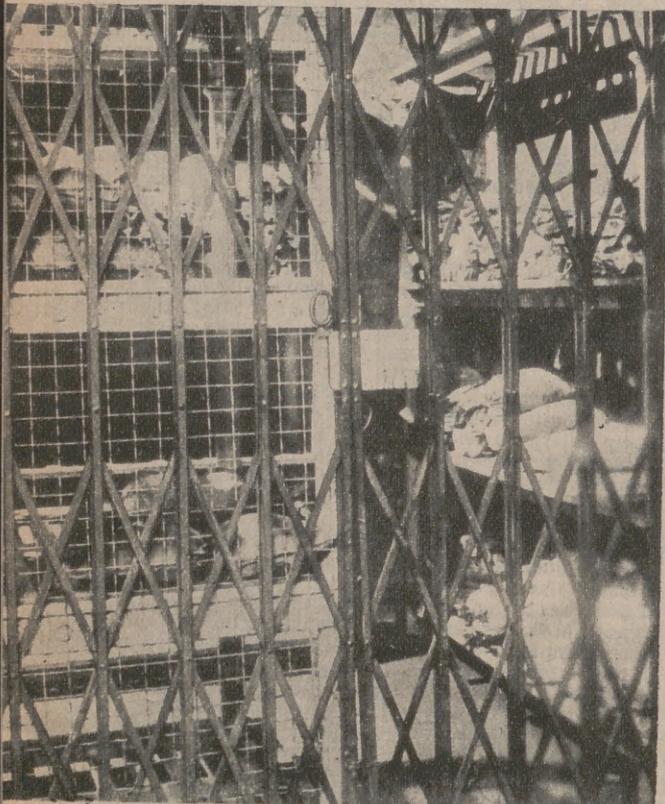
EL ORO: UN PERSONAJE QUE PIERDE IMPORTANCIA UN MERCADO EN EL QUE YA NO SE ESPECULA LA INDUSTRIA LO SUSTITUYE



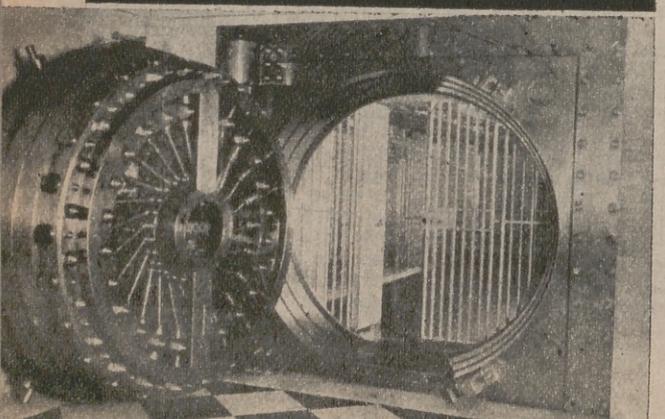
El Banco de Inglaterra, en un momento



Sala de la Bolsa de Milán



Arriba: Los depósitos de oro del Banco de Inglaterra.—Abajo: Cajas fuertes. La puerta pesa treinta y cinco toneladas



UN día de un mes. Un año. 1945, 1946... 1954. Cualquiera día. Una ciudad del mundo. Un gran edificio: un Banco.

—Al Banco I, de Tánger.

—Bien.

La transferencia ha sido hecha. Pocos días después, en el Banco I, de Tánger era depositada una importante cantidad de oro. En cerca de diez años, de 1945 a principios de 1955, el oro que guardaban los Bancos tangerinos ascendía a unas 40 toneladas, con un valor de 18.500 millones de francos.

Otro día: Un día del año 1955; un día del año 1956. Tánger está, como siempre, en movimiento. Las múltiples Sociedades extrañas que abundan por la ciudad trabajan activamente. En algunos cafés y bares se conversa en voz baja.

—Tal vez.

—Yo no sé qué hacer.

—Ayer he arreglado todo.

En el Banco I, todos los depósitos y cuentas están en movimiento. Un señor alto, elegante, rellena una serie de hojas; un señor mal vestido, algo sucio, también rellena hojas. Las hojas desaparecen: de unas manos pasan a otras manos. El mecanismo del Banco funciona.

—Sí, a Suiza.

—Bien, ya está.

«A Suiza», «A Suiza». Es la frase que indica hacia dónde se va el oro que descansaba en los Bancos de Tánger. En todos los Bancos se oyen esas dos palabras pronunciadas un poco quedamente: «A Suiza».

Las 40 toneladas de oro existentes en Tánger a principios de 1955, en enero del presente año se habían reducido a 30. Pero hoy, finalizando el mes de marzo, las 30 toneladas se han convertido en poco más de media docena.

El papeleo bancario está listo.

Al aeropuerto de Tánger con frecuencia unas que contienen lingotes de oro, en el avión a Ginebra.

EL ORO DESCIENDE SUIZA

Todo va bien en Ginebra. Y en Zurich, una todo va bien. A cualquier del país llegan transferencias de todo el mundo. Nuevas se abren en los Bancos. Si las cosas se ponen en Oriente, el dinero y el oro a Suiza. Si el mal está en el refugio.

EL BAR DEL PUERTO

Una señora francesa, una mesa. Una mesa: una inglesa y un señor inglés, rubios; ella mira hacia él, al lado opuesto. Una: un señor grueso; todas se dirigen a su mesa. dos hombres; un abarrotado de cigarrillos, medio fumar, con las puntas.

De pronto, todo se en silencio.

—«Attention, Attention que procede de Tánger en ce moment.»

La señora francesa, del Tez. El matrimonio. Los dos hombres misteriosos. Todos respiran con más fuerza que hace un minuto. Los intereses se crean en lugar.

El aviso se repite. Los idiomas por la pequeña del bar. La gente se levanta las puertas, los que entran con los que salen.

—«Pardon, monsieur.»

—«Molto piacere, signor.»

Los motores del avión de llegar al aeropuerto.

nebra van perdiendo potencia. El ruido ha cesado, pero las aspas continúan girando a velocidad.

Las puertas del lugar destinado al equipaje se abren. Unos empleados bajan con cuidado las grandes cajas: «Tanger-Geneve. ¡Or! Swis Bank Corps». Dos hombres de trinchera observan la operación. Poco a poco, la furgoneta Volkswagen del «S. B. C.» se va llenando con cajas de ese metal amarillo supersensible que venta tempestades de todo tipo: el oro ha esquivado a tiempo una nueva coyuntura desfavorable.

Ha terminado la operación. La furgoneta se pone en marcha. Aquí está la Aduana. De la cabina sale una mano; unos papeles pasan ante los ojos del funcionario aduanero.

—«Swis Bank Corps.»

—«Tres bien.»



Escenas de pánico en la Bolsa de Londres, en 1932

En el Banco también hay cierto nervosismo. Por fin se oye el ruido familiar de la furgoneta. El ligero nervosismo desaparece: era, también, puro trámite.

Mientras en el gran vestíbulo del Banco gentes de todas las razas y colores merodean de ventanilla en ventanilla, allá, en el mundo secreto del enorme edificio, entran las vitaminas doradas.

Volantes de acero giran con rapidez. Puertas inmensas se descorren lentamente. Las cajas recién llegadas del aeropuerto han alcanzado el último objetivo. Una simple palanqueta de vulgar acero descubre los brillantes lingotes. En una balanza de precisión se verifica el pesaje minucioso. El oro. Oro. Barras amarillas. Un metal. Un símbolo: Au.

Otro símbolo: dinero. Las puertas. Los volantes. Todo gira de nuevo. Atrás, el silencio, cada vez más frío, del metal.

Suiza significa mucho para este poderoso color amarillo. Es el lugar adecuado para ese reposo relativo del oro. La pequeña República, carente de recursos naturales—a excepción de la energía eléctrica—, es país de sana economía y de una de las industrias especializadas más importantes del mundo. Y esto es lo que busca el oro: sana economía; grandes posibilidades de movimiento y una moneda sólida.

EL LIBANO, LA SUIZA DEL ORIENTE, MERCADO LIBRE DEL ORO

En la ruta del oro hay países pequeños. Suiza. Pero también hay países, minúsculos, el Líbano: la Suiza del Mediterráneo oriental. El Líbano también carece de recursos naturales; es pobre, pero posee una gran riqueza.

Le hablo del Líbano y probablemente usted, lector amigo, nunca ha estado por allá.

—¿Ha estado alguna vez en el Líbano? Lo de los cedros ya supongo que le sonará; es como las castañuelas hablando de España. Pero ahora los cedros no interesan.

No. No ha paseado por Beirut, la capital. Siéntese. Ahora le diré lo que ocurre en Beirut.

Por de pronto, casi siempre hace sol. Si abre la ventana del hotel, la luz fuerte, le golpea los ojos. Ciérrelos un momento. Ya está. Vuelta a mirar: «Rue Allenby».

—El 24.

Sí, el tranvía del disco 24: rojo y blanco.

—Creo que sí. Aunque no distingo bien, me parece que es un «Cadillac».

Ya pasó el tranvía. El primer choque con la luz también pasó. Ahora, uno ya se apoya tranquilamente en la ventana. Negro, marrón, amarillo, azul, verde. La calle está abarrotada de coches americanos. Casi todos son último modelo.

—Tiene gracia. Si no llegan a estar también en francés o inglés, cualquiera advina lo que dice en todos esos rótulos.

«Milo, Aliment Tonique». «Maj-zoub Bros». «Vins de Ksara». «Beyhum, Publicity». Aquí podría pasarse uno toda la mañana. Por lo menos mientras no da el sol.

En fin, habrá que salir. Dar una vueltecilla.

—Uno, dos, tres, cuatro.... doce tipos en manga de camisa y sólo aquel con americana.

Bueno, hay que salir. Claro, que eso de andar por la calle en Beirut, no es muy recomendable. Los taxistas, en sus magníficos coches, se deslizan por la calzada a velocidades supersónicas. Cuidado no hay que descuidarse.

—Ya verá usted. Levántese temprano y vaya a la plaza de los Cañones. Lo que sucede en el «souk» es único en el mundo.

Este país, más pequeño que Connecticut, el menor Estado de Norteamérica, tiene diez mil kilómetros cuadrados. Bien, pues si usted quiere enriquecerse rápidamente, dése una vuelta por el Líbano, donde las mercancías no están sujetas a ningún impuesto ni tasa.

—¡Oro! ¿Quién quiere oro? ¡Oro!

Es que en el «souk» de la plaza de los Cañones, usted, con cualquier clase de moneda, puede comprar si le apetece, una tonelada de oro y trasladarla a su país. Nadie se reirá de sus pretensiones.

—¡La Aduana?

No es problema. Si ha comprado gran cantidad de oro y tiene dificultades por el mucho peso, quienes le ayuden a subir su carga al avión serán los mismos aduaneros. Gracias a este tipo de comercio, el Líbano compensa el desequilibrio enorme existente en

tre importación y exportación. País pobre de recursos, pero, sin embargo, puede jactarse de ser único en el mundo que cubre su propia moneda con un 92 por 100 de oro.

EL ORO YA NO GARANTIZA LA MONEDA

No es de hoy esa gran importancia del oro para la riqueza de un país o para la seguridad de su moneda. Siempre se ha considerado el oro —en unión de la plata— el único medio de canje entre las naciones civilizadas. Con anterioridad a nuestra Era, ya se usaba como moneda de forma de pepitas. Más tarde se acuñó.

—Sí, pero hoy ya sabe usted que el oro no se ve por ninguna parte. Lo que usted me cuenta es lo de siempre, la historia.

—De acuerdo. Ahora todo se arregla con billetes, con papel.

Hubo un trozo en que esos trozos de papel podían cambiarse en los Bancos de emisión, por determinada cantidad de oro y plata. Es el momento en que aparece el concepto «cobertura oro» para significar la responsabilidad y el valor de dicho metal, que representa la moneda en cada país.

Esta fase, también ha quedado atrás. El papel moneda dejó de ser convertible en billete de curso forzoso. Los Bancos de emisión siguen conservando, no obstante, un depósito de oro como garantía, que equivale a una parte de la circulación fiduciaria.

Modernamente, en diversos países, se ha producido un fenómeno extraño. El oro que garantizaba la moneda en los Bancos de emisión, desaparece. Pese a todo, la moneda sigue circulando y tiene valor. Hay un hecho cierto: las tradicionales fuentes de riqueza han sido sustituidas por otras que, además de producirla, constituyen ellas mismas riqueza de plena eficacia. La industria y los recursos naturales de un país, representan un poder económico superior a la simple posesión del oro.

Con la desaparición de la convertibilidad de los billetes, el crédito se ha convertido en la esencia del dinero actual. Pero aun en las naciones sujetas al régimen del oro, con billetes convertibles, esto es posible, de una parte, por el valor intrínseco del oro depositado en el Banco de emisión en la proporción correspondiente a su cobertura metálica; y de otra, la más importante, por el crédito en sus varias manifestaciones.

CUANDO INGLATERRA CONTROLABA EL DINERO

Londres en 1920, en 1925, en 1930, estaba como hoy, en la orilla del Támesis. Se podía cruzar de una orilla a otra del río, por los mismos puentes. Los colores de los autobuses y tranvías eran los mismos. Las tiendas de paraguas de caballero, tenían idénticos modelos que en la actualidad.

Jorge V dominaba un gran Imperio. La Bolsa de Londres era el centro del mundo. Las reuniones financieras londinenses repercutían en los recovecos más oscuros de la tierra.

Un día cualquiera de los primeros del año veinte, se celebra una gran reunión. Los magnates de las finanzas, llegan, serios, ante la puerta del edificio.

—Buenas tardes, señor.

La puerta se ha cerrado.

—Buenas tardes, señor.

La puerta se ha cerrado.

Las escaleras, alfombradas, presentan algo y se hacen suaves. Poco a poco, la inmensa Sala de Juntas del Consejo de Administración, se llena. Los butacones brillan con austera seguridad. El carraspeo de los financieros agita brevemente los visillos que hacen suave la luz.

—¡Señores!

El oro se mueve por la cabeza de los consejeros: «Cloc, cloc, cloc». Las monedas van cayendo en saquitos. Una voz potente suena en la sala.

—Las conclusiones son precisas. Todas las entidades bancarias girarán sobre estos puntos. Primero, el oro será la base de los sistemas monetarios.

Un murmullo va de boca en boca. «Está claro». «Sí, sí. Nuestro Banco está preparado».

—Bien. Vamos al segundo punto. Hay que hacer ver, pero con arte, que en el mayor número posible de los pueblos debe existir independencia entre los Bancos emisores y el propio Estado, existiendo una política de cooperación entre los diversos Bancos centrales.

—Perdón, un momento.

El señor que ha interrumpido, consulta unos papeles, charla con el que está a su lado. Discute. Por fin, habla de nuevo.

—No está clara la idea.

—Mire usted, los Bancos emisores deberán liberarse de la influencia de sus propios Gobiernos, de modo que las insinuaciones del Banco de Inglaterra y de ciertos sectores internacionales que nos apoyan puedan ser efectivas.

La sesión se interrumpe unos momentos. Los cigarrillos se encienden, las graves palabras, suenan más lentas y misteriosas. Han pasado unos minutos, se vuelve a los asientos.

—Señores, finalmente, hay que

Vista aérea parcial de Tánger. Las cuarenta toneladas de oro existentes en la ciudad internacional a principios de 1955, en enero del presente año se habían reducida a treinta



tener en cuenta la tendencia de los Estados a la estabilización de sus valutas. De ahí la necesidad de una política de nivelación presupuestaria que evite los peligros de una posible inflación. Buenas noches.

La reunión ha terminado. De la enorme mesa desaparecen los papeles. La sala queda vacía.

Las bases del «Gold Exchange Standard»—dogma de la política monetaria de la primera posguerra—han sido asentadas. Se concedían empréstitos a las naciones carentes de oro a fin de estabilizar su valuta; empréstitos hechos en divisas de régimen áureo, abonos simples a cuentas en Bancos ingleses o yanquis, por los que se cobraban elevados intereses. Eran empréstitos oro, atendida la equivalencia de divisas, pero sin entrega ni garantía de oro efectivo.

En Londres llovió e hizo sol durante muchos años. La vida siguió su marcha. El «Gold Exchange Standard» imperaba. Pero se veía su punto flaco: un mismo oro, el que venía garantizando el valor y conservación de la libra esterlina, sería también de garantía para todas las monedas que se fueran acogiendo al «G. E. S.». Por ello, dada la inestabilidad en 1931, la libra abandonó el patrón oro. Muchos de los países que habían adoptado para su moneda esta forma de estabilización, sufrieron un duro perjuicio.

El instrumento de los ingleses para su hegemonía universal, había sido el oro. El motor visible, el Banco de Inglaterra, compendio de grandes fuerzas secretas internacionales. Otros aliados, eran, un gran Imperio político; una plutocracia universal dirigida por la Banca judía; una orientación económica basada en una cultura mantenida sobre principios científicos deducidos de la realidad desnuda y fría.

Todas estas fuerzas, con atracciones y repulsiones recíprocas, pero siempre relacionadas entre sí para el condominio de las riquezas del mundo, es lo que se ha llamado el poder del oro, que en definitiva no ha sido otra cosa que un útil instrumento para determinadas inteligencias.

Inglaterra, supo sacar, muy pronto, fruto al abandono del patrón oro. Fracasada la Conferencia de Londres, en 1933, forma un nuevo bloque, el «Pound Exchange Standard», bloque de la libra esterlina, que se hizo rápidamente el grupo monetario más importante.

UNA CATASTROFE DE POSGUERRA. — PANICO EN LA BOLSA

Con anterioridad a la guerra de 1914. Francia e Inglaterra eran los principales Bancos del mundo. Los créditos comerciales concedidos aseguraban al franco y la libra, que eran los instrumentos universales de comercio entonces existentes.

Agosto de 1914. El sol abrasa Europa. El papeleo y las compendias internacionales han terminado. ¡La guerra! Austria, Serbia, Rusia, Alemania, Francia, son



Una foto de Wall Street, el centro financiero de los Estados Unidos, con el edificio del «New York Stock Exchange»

las primeras en la acometida. Los cascos puntiagudos de los prusianos invaden Francia y Bélgica. Las llanuras polacas retumban bajo las cabalgadas de cosacos y hulanos. 1915: la guerra continúa, se estabiliza. 1916: el calor es insostenible en el Somme, la guerra continúa. 1917: la revolución rusa; Norteamérica interviene en la guerra. 1918: se firma el armisticio.

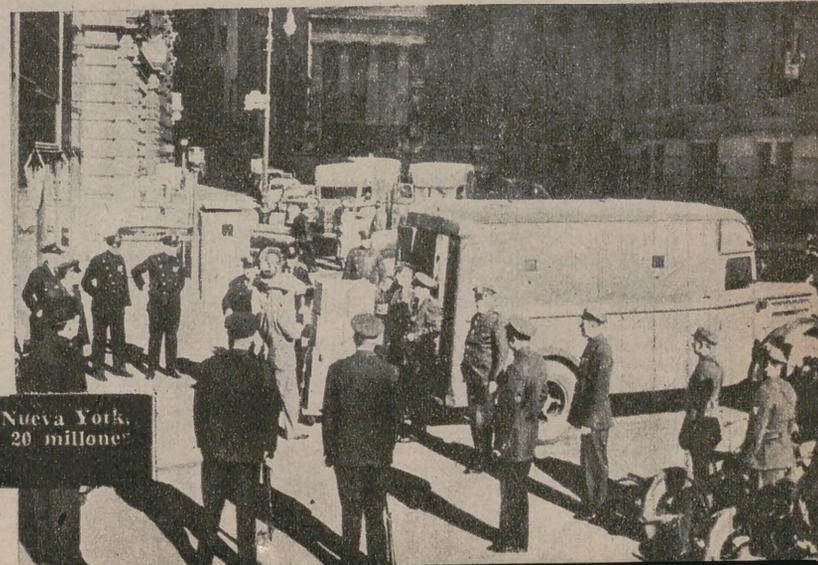
Cuatro años de guerra han trastrocado la economía de gran número de naciones. Termina la guerra y aparece Estados Unidos como primera figura en la escena económica. Francia e Inglaterra se han agotado. El dólar se convierte en instrumento internacional de cambio.

Esta preponderancia del dólar no dura mucho. Pesado el primer momento de crisis, las finanzas inglesas se sobreponen. En 1925,

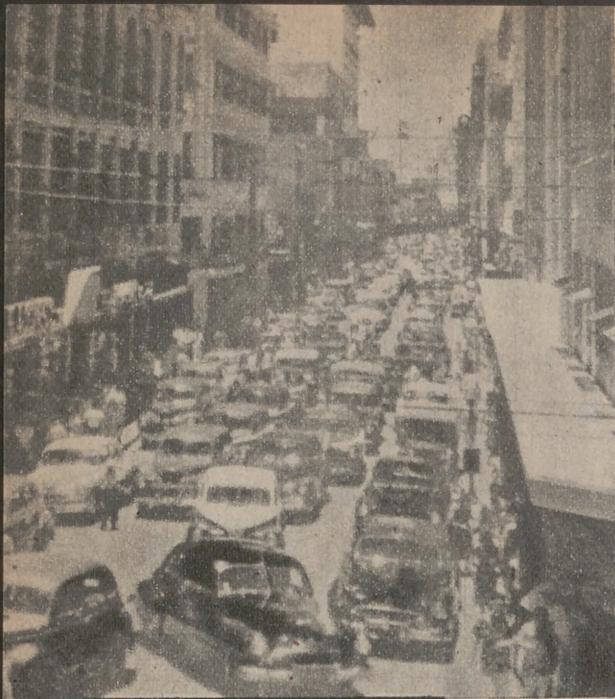
se restablece la libra en los 4.86 dólares, que durante la guerra había bajado a los 3.38.

Hasta 1931 sabemos que las directrices económicas fueron impuestas por Inglaterra, pero siempre en lucha con el dólar. En estos años se produce un fenómeno que dará a Francia gran prosperidad. De 1920 a 1926, los franceses, vista la baja del franco, constituyen en el extranjero liquidaciones considerables en dólares y libras, que, a partir de 1928, se cambia contra oro.

En 1929 se produce la famosa catástrofe financiera de Wall Street, el «Viernes negro» de la Bolsa de Nueva York, con la con-



Más de 200 palletas protegen, en Nueva York, el traslado, desde un Banco, de 20 millones de dólares



Una calle de Beirut abarrotada de vehículos. El Líbano es la Suiza del Oriente Medio

siguiente decadencia del dólar. En 1931, la libra abandona el patrón oro. Con este panorama, en Inglaterra y Estados Unidos, los capitales internacionales huyen de Londres y Nueva York para buscar refugio en Francia.

En el año 1932, el oro acumulado en el Banco de Francia ascendía a 5.496 toneladas, el 28 por 100 del oro mundial, cuando en 1914 únicamente contaba con 1.020 toneladas. El 32, solamente le precedía en existencias de oro, Norteamérica. Inglaterra había visto reducidas sus reservas notablemente desde el momento en que abandonó el patrón oro. Pero esta situación de apogeo francés, fué corta; los acontecimientos políticos, a partir de 1933, llevaron de nuevo la desconfianza al ánimo del pueblo francés, y las reservas de su Banco disminuyen gradualmente, llegando, en 1939 a descender hasta las 2.159 toneladas.

A partir de 1930, pues, el mercado internacional de moneda busca la estabilización desesperadamente. Al abandonar la libra el patrón oro, los hechos aconsejaron una desvalorización general; el patrón oro, pese a las virtudes por todas reconocidas, estaba muerto.

La escasez monetaria se generaliza. Los capitales, huyendo de las desvalorizaciones, emigran, perjudicándose con ello la estabilidad del cambio. Consecuencia natural de las medidas restrictivas impuestas por los Gobiernos para evitar la emigración de capitales, fué el descenso extraordinario del comercio internacional: en 1913, las transacciones comerciales llegaron a los 18.400 millones de dólares; en 1934, alcanzaron únicamente los 11.300 millones. La disminución se había aproximado a un 40 por 100.

El desbarajuste monetario se mantuvo, con alternativas, hasta 1939. El 1 de septiembre, Alemania invade Polonia y comienza la segunda guerra mundial. Seis años de guerra. Los países bel-

gerantes y la totalidad de las naciones ven sometida su economía a las necesidades bélicas.

LA CONFERENCIA DE BRETTON WOODS

Mientras entraba la guerra en período de liquidación, con el deseo de evitar los peligros a que había conducido la primera posguerra, se reúne la Conferencia de Bretton Woods. De ella arranca la creación del Fondo Monetario Internacional.

El Fondo Monetario Internacional vende a los países miembro las divisas necesarias contra su propia moneda circulante. Tales ventajas tienen carácter de préstamo para ayudar al país que se encuentra en un momento de desequilibrio monetario. El capital del F. M. I. asciende a 7.500 dólares, y está compuesto por una cantidad de oro y más de 2.000 millones de dólares U. S. A.; el resto, hasta completar el capital, está constituido por la moneda nacional de los países que forman parte del Fondo.

En la actual organización monetaria, por tanto, no se ha dejado de la mano al oro, ya que sigue privando como base esencial de la economía en todos los países. Ahora bien; las transformaciones impuestas por la realidad de los acontecimientos han obligado a un cambio de directrices en la consideración del oro.

EL ORO VIAJA A KENTUCKY

Durante los años de la última guerra mundial, y en los primeros de la posguerra, el oro acude a Estados Unidos en cantidades asombrosas. En el Fuerte de Kentucky, se amontonan las grandes reservas auríferas.

En 1955, la reserva de Fort Knox compuesta por la mayor parte del stock de oro de Norteamérica, representaba el 70 por 100 de las reservas mundiales conocidas; este tesoro estaba valorado en 26.000 millones de dólares.

Inglaterra, al finalizar la guerra, poseía oro por valor de 1.600 millones de dólares. Varios países de la Organización Económica de la Cooperación Europea, sumaban oro por valor de 3.500 millones de dólares. La América Latina, 1.500 millones de dólares.

Inmediatamente después de la guerra, y dado lo confuso de la situación en el terreno internacional, se produjo una manifiesta tendencia al atesoramiento en todo el mundo. Los particulares, vista la debilidad de la moneda, procuraban abastecerse de oro por todos los medios.

En China, donde la inseguridad provocada por la guerra civil hacía peligroso el aferrarse a una determinada moneda, el atesora-

miento de oro se generalizó, ya que las fortunas privadas únicamente podían concretarse en metales preciosos.

También en Francia, especialmente a partir del año 1952, en que el Gobierno levantó la prohibición sobre el movimiento del oro, se observó una fuerte tendencia al atesoramiento. El pueblo francés siempre ha sido muy partidario del atesoramiento; hasta el año 1914 las monedas de oro circulaban por el país, y su volumen ascendía a unas 2.000 toneladas. Desde tal fecha, y pese a las requisas y las leyes, los franceses han conservado su oro. Según cálculos periciales, la cantidad de oro detenida en Francia por los particulares, guardada en la famosa media de lana en los franceses, oscila entre las 2.000 y las 3.000 toneladas de oro; es decir, un volumen superior al de las monedas circulantes en 1914.

EL MERCADO DEL ORO SE ESTABILIZA

Aunque no parezca muy lógico, a partir de 1948, las reservas de oro existentes en Fort Knox han disminuido. Por el contrario, en el resto del mundo, han aumentado. El oro atesorado actualmente por los Estados Unidos, ha descendido por debajo de los 22.000 millones de dólares.

Inglaterra cuenta actualmente con una reserva de oro superior a los 2.500 millones de dólares. La O. E. C. E. ha subido hasta los 5.400 millones. Y la América Latina ha superado los 1.800 millones de dólares.

Entre las razones que han llevado al aumento de oro en Europa y algunos países de Hispanoamérica están la mejora de la situación económica, especialmente en nuestro Continente. También ha influido la llegada del oro chino, ya que al triunfar los comunistas el atesoramiento fué perseguido violentamente. Otro factor de consideración ha sido la llegada al mercado europeo del oro ruso, esa gran incógnita de la producción rusa de oro.

El mercado del oro, salvo la presentación de acontecimientos graves de tipo político, tiene a la estabilidad y tranquilidad. Pero los agitadores y contrabandistas financieros de carácter internacional, siempre tragan planes y más planes, arrastrados por el metal.

—No. No interesa.

—Tengo el plan bien estudiado. Podemos llevar ese país a la banarrota.

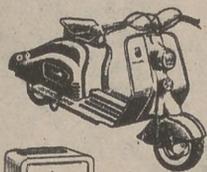
Los dos contrabandistas continúan su discusión. El de los proyectos se acalora, presentando sobre el comercio del oro.

—Le he dicho que no me interesa. No financio nada. El oro ya no me repercute por tanta fuerza. Su precio puede bajar o subir, sí. Pero no es él quien baja o sube, sino la moneda. Hoy la producción, por otro lado, se ha estabilizado.

—Pero mire usted...

—No. Además no tenemos la suficiente potencia financiera para mover el oro a nuestro antojo. No se puede especular con facilidad en este mercado.

Luis LOSADA



Y
10.000
pesetas
en efectivo.

brandy **SOBERANO**
del que solo cabe decir:



¡grato aroma!
¡qué color!
¡grados justos!
¡buen sabor!
¡viejo origen!
¡sí, señor!
eso es el **SOBERANO**
de los coñacs, ¡el mejor!

Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran **QUINIELA SOBERANO**, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. R., o por la Prensa de su localidad. Con cada botella 30 boletos y por cada copa un boleto. Los premios semanales son: una MOTO Scooter Lambreta - Un FRIGORIFICO Edesa - Un VIAJE a Paris por once días, dos personas, con Viajes Mellá - Una PULSERA de oro, de Villanueva y Laiseca - Una ESCOPETA de Casa Ugartechea - Una RADIO con pick-up Philips - Un MUEBLE BAR Alfa y 10.000 pesetas en metálico, a repartir entre los acertantes no agraciados con los premios anteriores. La **QUINIELA SOBERANO** es ya famosa en toda España.



GONZALEZ BYASS

Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, el gran programa de González Byass, por Radio Madrid



"RASGO" PUBLICIDAD



UN HOMBRE DE LA TIERRA SE LLAMA LUIS

NOVELA

Por Antonio PRIETO

LUIS, ¿tú sabes que los perros sueñan? Luis se había sentado a mi lado y ahora me miraba con mucha atención. Luego me preguntó asombrado:

—¿Sueñan como nosotros?
—Sí, Luis; sueñan de una manera parecida. Algunas veces, cuando los...

Me detengo, porque había olvidado que es posible que ustedes no conozcan a Luis. Es casi seguro que si ustedes no han estado últimamente en Almería no lo conozcan. Y así, sin conocerle no comprenderían la historia. Entonces, pienso que lo mejor es empezar por decirles quién es Luis. No; no es tan fácil, porque los tipos como Luis siempre andan huyendo de los papeles. Pero verán:

Un día y no importa de qué año es este día, Luis debió preguntarse cómo podría llenar el estómago un hombre como él. Se preguntaría eso que también otros muchos hombres se preguntan en todas las tierras. En una ciudad grande como ésta, Barcelona o Nueva York, la cosa es más difícil de resolver, porque las gentes van perdiendo su poder de admirar y detenerse; pero en Almería no; en Almería, que es una ciudad más africana que andaluza la gente aún sigue deteniéndose cuando ve algo distinto, porque siente eso tan maravilloso que es la curiosidad. Algo de esto debió intuir Luis ese día de no importa qué

año. Y entonces Luis descubrió la forma de cómo llenar su estómago.

Un pueblo de Almería es Adra y allí se da muy bien la caña de azúcar. Ahora recuerdo que de pequeños un viejo nos prestaba su cuchillo en cualquier esquina y jugábamos a ver quién partía más cañaduz. Y después masticábamos nuestro trozo de cañaduz con esa misma satisfacción que debieron experimentar aquellos señores de los torneos medievales. Bueno; pero esto era un recuerdo mío y no tiene nada que ver con la historia. Porque Luis no tuvo que ir tan lejos por una caña, no; Luis fué hacia la playa de El Zapillo y allí arrancó una caña cualquiera. Es posible que ustedes piensen que Luis se hizo una flauta con la caña, y quizá también lo pensara él en principio. Pero, no; por el mundo hay mucha gente tocando la flauta, y, además, Luis no es músico. Arrancó la caña por intuición, por esa intuición que tenemos los que no somos sabios. Los tipos como Luis, supongo, siempre llevan una navaja de cachas sucias en el bolsillo. Con una navaja en el bolsillo y una caña en la mano los hombres que no somos ni taciturnos, ni introvertidos, ni melancólicos, ni germales, sólo hacemos una cosa sencilla: pelar la caña. Es lo que hizo Luis. Iba por la carretera de El Zapillo pelando la caña. Si era verano, es posible que algunas muchachas (Almería tiene unas mujeres guapísimas) le mirasen. Pero Luis no se daría cuenta, porque Luis ya pensaba en cómo llenar su estómago. Ahora les diré que al mundo le falta inocencia, ingenuidad, y que frecuentemente se pierde en busca de lo difícil, por creerlo original. Pero Luis, no; Luis es como debiera ser el mundo, o, al menos, una parte del mundo. Quiero decirles que Luis piensa con amor y no con astucia. Siguió pelando la caña, hasta quedarse con un trozo muy pequeño. En esto, pienso, le llegó a la memoria una canción cualquiera. Puede que la tarareara y todo; no lo sé. Entonces Luis debió pensar (Dios sabe qué de cosas se inventaron así) que aquella canción la podía acompañar con algún instrumento. Debió pensar eso y se encontró con un trozo de caña entre los dedos. Y Luis, ustedes comprenden que no sabe nada de Historia, descubrió «su» instrumento. Así empezó Luis, este Luis que ustedes deben buscar si van por Almería.

Con los días Luis adquirió una rara habilidad en golpearse los dientes con dos trocitos de caña, produciendo con ello un ritmo musical muy primitivo y saludable. Sencilla, ingenuamen-

te, Luis descubría la forma de cómo llenar su estómago. Ahora les aclararé que Almería goza de un excelente clima y que los señores, los jóvenes y las parejas se sientan en las terrazas, en los sillones del Casino y en los bancos del Parque, aunque sea invierno. Les aclaro esto porque Luis no llenaría su estómago sin la colaboración de esta gente. Porque aunque sea invierno, estas personas gozan de esa cosa extraña que tanto alababa Séneca y que se llama ocio. Sí; recordarán que antes les dije que en una ciudad como ésta, Barcelona o Nueva York, la cuestión sería más difícil de resolver. Mas Almería es Almería y es donde Luis comenzó a gestar sus preocupaciones. Delante de estos seres, ingenuamente, Luis fué mostrando su invento armónico, y estos seres, casi todos, le fueron dando calderilla y hasta alguna peseta. Y Luis llenó un día y otro su estómago. No mucho, porque el exceso de alimentos hace daño; pero sí lo suficiente. Pero un día... Bueno; antes de seguir, por si le han tomado cariño a Luis, les diré que esta historia no es triste; que podemos seguir, porque Luis no va a morir, ni nada, y es un hombre real, que vive en Almería. Pero un día, les iba diciendo, Luis descubrió que los seres se aburren de presenciar siempre lo mismo, que ya algunos, y no hace falta señalar, le decían que se marchase, que no diese la lata. Luis se puso un poco triste y, pienso, tal vez dijese que la vida es dura y difícil. Sí; casi seguro que diría eso de que la vida es difícil para todas las criaturas de Dios. Dijo eso y se puso a pensar.

Siguiendo adelante, por una carretera que llega a Málaga, está el barrio de pescadores; un lugar muy elegante, que ni Luis ni yo conocemos y que se llama «Club de Mar». Y, casi frente a la «Venta Eritaña», algunas cuevas, que ocupan familias de prole numerosa y que bajan a bañarse en cueros a la playa. De estas familias, se lo aseguro, tampoco deben pensar cosas tristes. Cada uno es feliz con su medio, excepto los envidiosos. Y estas familias, yo las conozco mucho, son felices en sus cuevas, como nuestros románticos eran felices con su romanticismo y se morían de felicidad con sus poesías tristesísimas. Bueno; pues por ahí, por ese trozo de carretera que conduce a Málaga, Luis se encontró a un perro. Es posible que todos los hombres como Luis se encuentren un perro y se hagan amigos; muy posible, casi inevitable, y Luis aquel día se dejó oler por el perro y lo acarició hasta sentir en él la obligación de bautizarlo. Si ustedes tienen un perro

sabrán que es difícil encontrarle un nombre que no sea «Mimí», «Boby», «Pirulo» o algo parecido. Es difícil, creo yo, porque nosotros hemos aprendido ciertas cosas y se nos ha metido en los huesos una rutina cuyo precio fué nuestra independencia. Pero este no es el caso de Luis, no; Luis seguía acariciando al perro, y así, de pronto, le llamó «Manolo». El perro se supo «Manolo» y su rabo adquirió esa rapidez que tiene el rabo de las lagartijas cuando alguien les tira una piedra y se lo corta. De esta suerte, llamándose ellos Luis y «Manolo», hombre y perro iniciaron una segunda época hacia cómo llenar el estómago. Fué un tiempo después, es decir, este verano del año 1955, cuando conocí a Luis y a su perro. Los conocí en la playa y compré la de garbanzos torraos que dan en Almería por una peseta. Sí; dan muchos. Y también venden unos cacahuets salaos que no importa morir de empacho. Y las gambas... Bueno; eso otro día se lo contaré. Ahora vamos por que Luis y «Manolo» comían garbanzos. Pero les recomiendo los cacahuets, los garbanzos y las gambas si van a Almería. Y... y los perros bien enseñados, de buena familia, son los que no comen pasteles y esas golosinas de millonarios histéricos. Los perros decentes son otra cosa más útil y agradable. Les diré que nuestra primera conversación sería transcurrió en el portal número 4 de la calle de Gerona. En esa casa, en el piso alto, vive un señor del que les contaré cosas jugosas otro día. Esto tiene importancia porque Luis, «Manolo» y yo nos hicimos amigos allí. Y ahora caigo en que me he desviado un poco del asunto. Siempre me pasa lo mismo. Iba por aquello del problema de Luis con su estómago. Sí; creo que era eso. Pues, bien; las pesetas y la calderilla fueron disminuyendo. Luis andaba preocupado por esta disminución cuando se encontró a ese perro que luego se llamó «Manolo». Y se tomaron cariño, quizá porque ambos tenían una preocupación análoga, y Luis pensó que, a veces, los perros tienen más inteligencia que ciertos hombres. O, al menos, más corazón. Lo pensó y le explicó a «Manolo» cuál era su problema.

—«Manolo»; yo tengo hambre algunas veces... El perro, «Manolo», le miró con sus ojos tristes y le dijo en ellos que sí, que él también tenía hambre, y no algunas veces, sino muchas.
—Tú, también, ¿eh?—y Luis sonrió—. Sí; tendremos que hacer algo...

Quizá ustedes piensen que los perros no saben entender, que es inútil hablarles, porque no entienden nada. Quizá sea cierto; quizá la fisiología y esas otras ciencias digan lo que ustedes. Pero yo les digo, y soy hombre muy serio, que algunos perros sí entienden y, por lo menos, escuchan esos problemas que muchos hombres no quieren escucharnos porque tienen prisa. Por eso, porque Luis y yo pensamos lo mismo sobre esta cuestión y sobre otras, Luis le decía a «Manolo»: —Tendremos que trabajar, amigo; tendremos que hacer algo. Y lo primero será darte un collar, un distintivo de que somos amigos.

Cerca de allí, de ese lugar en donde los críos crecen desnudos hasta vestirse con el sol y con el viento, hay algunas fábricas de esparto. Luis y «Manolo» fueron hacia una fábrica y cogieron un trozo de cuerda y pensaron que era un buen collar, una excelente muestra de amistad, porque la amistad no es lujo, sino amor, aunque, a veces, el amor sea tan sencillo como un puñado de es-



parto, cocido y trenzado. Así, con el collar (y es seguro que a «Manolo» le hubiera gustado regalarle otro collar a Luis), hombre y perro siguieron caminando por el Parque.

—Tú, «Manolo», ¿no sabes hacer nada?

«Manolo» sólo hizo menear el rabo; pero Luis supo que no, que «Manolo» sólo sabía amarle, y que esto, con ser lo primero, no sería bastante para llenar el estómago.

—¿Sabes, «Manolo»? Yo antes, hasta hoy, hacía una cosa y la gente me daba dinero. Pero la gente se aburre y hay que inventar otras cosas. ¿Qué hacías tú antes? ¿Hacías algo?

«Manolo» le miró y quizá su mirada dijese que sí: que hacía esas cosas que hacen los perros cuando no tienen dueño y ni siquiera les dejan tranquilos levantar la pata. No sé, pero algo le diría, porque ya les dije que sí, que los perros siempre dicen algo. Entonces, cuando un hombre empieza a darse cuenta de que puede hablarle a un perro, y que el perro contesta, entonces, como es el caso de Luis, un hombre empieza a ser más bueno y sabe que la existencia es algo sencillo y hermoso, y no un angustiarse porque un señor Kierkegaard estuviese angustiado. Y Luis y «Manolo» seguían paseando por ese Parque almeriense de palmeras enanas, por ahí, por el mismo sitio en donde muchas niñas dijeron sí y muchos viejos besaron al sol.

—Sí, «Manolo»; tendremos que hacer algo...

«Manolo», ya les dije que lo conocí en el verano de 1955, es un perro. No un perro de orejas largas o un perro de melenas onduladas, sino un perro. Quiero decir que es ese perro que todos nos imaginamos al decir perro. Como al decir hueso no nos imaginamos el occipital o el esternón, sino un hueso. No sé si ustedes me entienden; pero, la verdad, ignoro cómo explicarme mejor. Pues, «Manolo» es un perro exactamente igual que debió ser el primer perro de Dios cuando no había lucha de clases. Así con su pelo marrón indeterminado y su mirada de saliva. El perro «Manolo». Cierta día, en cualquier parte, Luis le había dicho a «Manolo» que debían inventar algo para llenar el estómago. De ese cierto día hace ya mucho tiempo, porque en los tipos como Luis los minutos son muy largos; casi tan largos como nuestros días. Desde entonces Luis y «Manolo» fueron diciéndose muchas cosas, prestándose conocimientos, porque el amor todo lo presta, y no como los Bancos, y adquirieron una manera de vivir, una forma de ser en la existencia. Luis y «Manolo».

En julio conocí a Luis y conocí a «Manolo». Se que algunos pensarían que yo estaba «chala» por hablar y hablar con tipos como Luis y perros como «Manolo». Lo sé, porque antes, cuando era más pequeño y salía del colegio, también me lo llamaban cuando me veían hablar con un viejo vendedor de almendras o con una vieja que vendía periódicos. Pero no me importaba, porque yo era como quería ser, porque yo aprendía muchas cosas de ellos de los seres que llevan la vida en sus manos al aire, y no en las palabras afectadas que huelen a libro. Entonces, en aquellos días, la vieja de los periódicos era feliz hablándome de su hígado y de su hongo encerrado en un vaso, y hasta de su boda. Y yo también era feliz porque recibía la vida; esa vida que ella se ha llevado a cualquier parte junto con mis caramelos. El viejo almendrero, la mujer enlutada del quiosco y Luis son mis amigos; lo serán siempre, porque yo los



necesito, porque el mundo gira y gira para ellos. Por eso me alegró encontrar a Luis y a su perro «Manolo» y no me importó que alguien pensara que estaba «chala». No; yo me importará jamás. Era una tarde en la que yo debía ver a Molina y a Siquier, a dos compañeros del colegio. Por allí, por la calle de Gerona, pasaban Luis y «Manolo». Les dije «¡hola!» y ellos me miraron. No miraron mis palabras, sino mis ojos, y ellos también decían «¡hola!» Luego sé que dije:

—¿Qué le pasa?—Y señalé al perro.

Luis se acercó hasta que estuvimos sentados.

—¿Tú entiendes de perros?

Yo no entiendo de perros pero sé que entonces debía entender, que hay veces en las que uno tiene la obligación de saber. Y dije sí.

—No quiere comer, «Manolo» no quiere comer.

—Ya.

—Me han dicho que tiene sanguijuelas, que le eche sulfámidas por la nariz.

«Manolo» estaba cerca y yo acariciaba su cabeza. Tenía la impresión de estar acariciando a ese perro que nació con el primer fruto de la tierra y que morirá con el último hombre. Y ese perro no debía morir, no podía dejar sólo a Luis, al hombre sin horizontes y que es tierra como Luis. Entre otras razones porque ambos habían aprendido a llenar su estómago en una ciudad que no es como ésta, Barcelona o Nueva York. En una ciudad pobre y sin mucho trabajo como Almería aunque algunos jueguen a ser millonarios y a formar grupitos selectos.

Todo esto ocurrió mucho antes de que yo intentara explicarle a Luis que los perros sueñan como los hombres. Mucho antes. Sí, será necesario que siga el hilo de lo que iba diciéndoles. Siempre he explicado las cosas con mucho orden y mucha exactitud. Siempre. Recuerdo que el hermano Emilio le decía a mi madre que yo podría ser un buen abogado. Decía que me explicaba muy bien. Y ahora... Bueno, si el hermano Emilio estuviera escuchándome diría otra cosa. Y ya sé que volví a perderme. Es como una madre que quiere contar en un minuto todas las gracias de su hijo pequeño. Algo así. Porque yo quiero a Luis, de veras que lo quiero, y por eso les estoy contando un trozo de su historia. Y les decía... ¡Ya! Luis y «Manolo» iban por ese parque en el que muchas niñas dijeron sí y algunas dijeron no. Ahora recuerdo que a un amigo mío le... no, no recuerdo nada, aunque sería interesante que les contara cómo una niña rubia le dijo no a un amigo mío. ¡Muy inte-



resante! Si, les iba diciendo que Luis le dijo a «Manolo»:

—«Manolo», tendremos que hacer algo.

Supongo, ya comprenderán, que entonces yo no conocía a Luis, y he de suponer que Luis y «Manolo» se fueron hacia la playa de El Zapillo. Allí, si era invierno, sólo habría unos cuantos pescadores tirando del copo. Sólo unos pescadores, y eso que el mar de Almería ni en invierno es frío. Supongo que en alguna película, en algunas palabras, Luis aprendiera que los perros se domesticar y se les puede enseñar a hacer cosas. O tal vez Luis lo descubriera. Si es posible que lo descubriera, porque los hombres como Luis lo descubren todo, hacen las cosas más sencillas, porque en ellos no existe la vida de otros. Ahora pienso que debe ser magnífico vivir como Luis, aunque algunos crean que los tipos como Luis son unos infelices. Debe ser magnífico estar descubriendo todo. Un día se descubre el plato, la taza, la piedra, la amistad o la palabra. Se va descubriendo todo. En cambio, nosotros, los que sabemos tanto o nos creemos saber tanto, no descubrimos nada, porque todo lo aprendemos. Y, sin embargo, a los tipos como Luis les llaman infelices y hasta se rien de ellos. ¡Los tipos como Luis! Esto me hace pensar en que ustedes y yo nos equivocamos muchas veces, muchísimas veces, y que hemos olvidado ser felices cuando presu- mimos ser los mejores. Nos falta alegría y humildad para ser hombres. Sí, es una pena.

—«Manolo», ¿tú no sabes ponerte de pie?

—«Manolo», ¿tú no sabrías tumbarte cuando yo dijera ¡pum!?

—«Manolo», ¿tú no sabrías levantarte cuando yo dijera ¡vive!?

—«Manolo», ¿tú no sabrías...?

No, el que no sabe soy yo. Necesitaría mis siete años, o tal vez mis tres años, para poder explicarles lo que Luis y «Manolo» se dijeron en aquella mañana de aquel año que no importa cuándo fué. Y yo, como ustedes, me he hecho viejo abriendo la vida. Pero Luis y «Manolo» siguieron hablándose, siguieron prestándose conocimientos porque el amor todo lo presta. Un día y otro, sobre esa arena, que es más limpia cuando la pisan los pescadores.

De cómo un hombre como Luis enseña a un perro como «Manolo» se podría hablar mucho. Es una lástima que Luis no esté aquí en estos momentos, porque él les explicaría todas sus enseñanzas. Aunque quizá ustedes no le entenderían y le llamaran infeliz, no lo sé. El caso es que «Manolo» aprendió muchas cosas. Bueno, no tantas como esos perros del circo, pero sí muchas cosas. De veras que sí.

Luis guardó sus trozos de caña en el bolsillo y fué con «Manolo» por el paseo, y el parque, y el muelle. Aparecieron con una presencia de sonrisa. Así, con una sencillez y una honradez que nosotros hemos dejado atrás. Porque es seguro que ustedes y yo tendríamos vergüenza de ponernos de lante de alguien como se pone Luis. Nos daría mucha vergüenza porque no tenemos su orgullo de hombre, su inocencia de ser como Dios le dijo que eran algunos pocos hombres. Si, piénsenlo y verán como les daría vergüenza ganarse la vida como Luis lo hace, con su honradez y dignidad. No sabríamos buscar a los seres como Luis los busca. Nos creemos demasiado importantes.

El primer espectador fué un señor algo calvo y muy serio, como siempre suelen ser estos señores. Este señor estaba sentado en una de esas butacas que siempre están colocadas en la puerta del Casino. Luis y «Manolo» se colocaron frente a él, y sería gracioso que yo les dijese qué cara puso este señor. Se lo diría de muy buena gana si este señor no fuese tan serio, tan antiguo, que hasta es capaz de enfadarse si yo les dijese qué cara puso. Pero ustedes lo suponen, ¿verdad? Estos señores siempre colocan sus facciones de idéntica forma cuando ven algo distinto que les parece raro. Uno no puede pensar de ellos que tuvieron juventud, no. Ni siquiera se les puede imaginar corriendo detrás de un muchacha o de un autobús. Son señores que se casan por vagancia, porque les tocó al lado una mujer soltera en esas loterías económicas de provincias. Pues ante este señor se colocaron Luis y «Manolo». El señor, supongo, se pondría colorado e intentaría buscar algo en los bolsillos. No lo sé, pero creo que le dió a Luis una peseta para que se marchase. O quizá fueran diez céntimos, porque estos señores son muy económicos. Si, serían diez céntimos. Pero Luis y «Manolo» no se desanimaron. Llegaron otros señores y le dieron a Luis más dinero, mucho dinero, porque estos señores más ricos que otros temen hacer el ridículo si dan menos de una peseta. Hasta es posible que alguno, muy arteviedo, le diese un duro. Luis sonrió, dijo gracias y se fué con «Manolo» hacia el parque. Allí, en un banco de hierro pintado de verde, Luis y «Manolo» contaron el primer jornal. Luis con las manos y «Manolo» con los ojos. Lo contaron una y otra vez, hasta no saber qué dinero tenían exactamente, que es lo que nos ocurre siempre a los que no nos dedicamos al comercio.

—Esto va bien, «Manolo».

Luis guardó el dinero en su bolsillo y empezó a descubrir que el color del mar es azul, y que el sol, una tierra pintada de rojo, debía de estar muy le-





jos cuando ni los pájaros podían llegar a él. O tal vez descubriera que el mar es allá lejos más profundo porque los peces escarvan y hacen hoyos mucho más grandes que esos que hacen las gallinas en el corral. Algo así, que ni ustedes ni yo descurbriremos jamás fué lo que Luis descubrió aquella mañana. Y el perro, «Manolo», también descubriría algo hermoso. Luego pasó un chiquillo con un gorro blanco y una cesta de mimbre llena de cacahuets y garbanzos. Tres pesetas dan para masticar un buen rato en el Parque de Almería, y Luis y «Manolo» emperon a masticar.

—Sí, «Manolo», la gente es buena y hemos encontrado un trabajo.

Y seguían masticando frente al mar.

—Pero, ahora, «Manolo», ya tenemos una experiencia. ¿Sabes?, dicen que las personas serias son las que tienen experiencia. Pues nosotros ya sabemos una experiencia, ya sabemos que la gente se aburre si ve siempre lo mismo.

«Manolo» se puso de pie y enderezó las orejas.

Quería decir que sí, que tenían una gran experiencia. Entonces Luis le echó un cacahuete y siguió hablando:

—Esta experiencia nos obliga a aprender, a intentar cada día cosas nuevas. Y luego, cuando sepamos más, nos iremos a los pueblos que están en fiestas. Dentro de poco, tenemos Dalías. En Dalías tiran muchos cohets y queman sacos de pólvora que parecen bombas. Son las mejores fiestas del mundo, y nos darán uvas. La uva engorda mucho, ¿sabes? Y lue...

Seguro que aquella mañana Luis le explicó a «Manolo» cómo eran todos los pueblos de Almería, cómo son realmente todas esas tierras vírgenes del sur de España, en donde no hay toreros, ni gitanas, ni demás cuentos; en donde hay una cosa de más valor, que se llama vida y lucha.

Luis y «Manolo» fueron creciendo. Sí, los dos son ya mayores, pero los seres como Luis y «Manolo» siempre andan creciendo, porque jamás de jan de ser niños, y los niños crecen y crecen. Yo estoy seguro de que Luis y «Manolo» seguirán creciendo hasta que sus vidas digan amén. O, al menos, crecerán de día, cuando el sol los ve, aunque luego, por la noche, vuelvan a ser como antes. Sí, debe ser eso. Por la noche se achican para poder crecer todos los días. Quizá esto no lo aprecien ustedes, y tan sólo sea imaginación mía, puede ser, pero es hermoso que crezcan, porque son niños, y en la vida no todo tiene que ser verdad.

Luis y «Manolo» siguieron aprendiendo. Un día y otro y en ellos era alegría. Yo los vi este verano muchas veces. Me iba con ellos, y sé que «Manolo» cuidaba de Luis. Un invierno antes, Luis y «Manolo» sufrieron un contratiempo. No se lo voy a contar porque ya se arregló. Fué por eso de la prrera y de la vacunación. Pero ya se arregló, y Luis, este verano, me dijo que lo respetaban los guardias y me enseñó la chapa de «Manolo». Aquello fué muy bonito, pero triste, y hoy no quiero contarles cosas tristes, no. El caso es que este verano, en el agosto africano de Almería, Luis, «Manolo» y yo estuvimos hablando de esas cosas que les estuve contando. Y vi muchas veces cómo «Manolo» se tumbaba en la tierra como si estuviera muerto. Luis decía ¡pum!, le disparaba, y «Manolo» se moría. La cara de Luis era entonces alegre, porque quizá creyese que engañaba a la gente, que en aquel momento todos pensaban que «Manolo» había muerto, y «Manolo» estaba vivo. Sonreía y después gritaba: ¡De pie, «Manolo»! Entonces «Manolo» se levantaba y Luis reía y reía con sus ojos pintados de tierra. Y así veces y veces. Sí, ya sé que esto es muy simple, pero en Luis y en su perro no lo es. No lo es porque es su vida, y la vida no es jamás simple para quienes la viven, jamás.

Bueno, de aquello sobre las sanguijuelas de «Manolo» les diré que no era cierto. «Manolo» tenía una de esas enfermedades que los perros tienen, y se curó como siempre se curan los perros.

Ahora yo no estoy en Almería, sino aquí, en una ciudad muy grande que tiene frío. Hace unos días me llegó carta de Almería y supe de Luis y «Manolo». Luis se ha comprado una trompeta pequeña, de esas que hacen pii... y ya está. Una trompeta de juguete para niños. Cuando Luis se ha comprado una trompeta es que todo marcha bien, que él y «Manolo» siguen progresando. Luis toca la trompeta y «Manolo» resucita de su falsa muerte. Y todo seguirá bien. Dentro de poco, cuando vuelva a verlos, les diré que les conté a ustedes un trozo de su historia y que salieron en los papeles. Les diré todo, aunque es muy posible que no me entiendan. Ya les dije al principio que los tipos como Luis siempre andan huyendo de los papeles. De verdad. Ellos no tienen tiempo para la vanidad. Y sé que sonreirá mientras diga:

—¿Y tú?

—¿Qué, Luis?

—¿Has traído a «Timur»? ¿Cómo está «Timur»? ¿Sabe más cosas?

Sí, dirá eso, y nosotros, él y yo, sentiremos que cada palabra dice hermano.

Les iba a contar muchas cosas, muchísimas cosas de Luis y «Manolo», pero me hice un poco de jaleo. Estas historias son así o no nacen. Nunca expresan lo que uno quiere expresar. Nunca. Pero es que lo importante es que ustedes sepan que Luis está en la tierra y hay que hablarle.

Bueno, ya conocen a Luis, y ahora pienso que aquella conversación sobre el sueño de los perros no iba a interesarles. Yo también tengo un perro, al que llamo «Timur», pero me ganó la vida de otra forma. Creo que me comprenden.



LA FAMILIA ALEMANA NO FUE DESTRUIDA POR LAS BOMBAS DE LA POLITICA DE LAS "3 KAES" A LA EMANCIPACION DE LA MUJER EL HOGAR ALEMAN SE HA AMERICANIZADO

PUEDEN decirse que la técnica de los sondeos de la opinión pública se estrenó en Alemania con la posguerra; pero antes de que se creasen institutos auscultadores del tipo Gallup, fué la misma Prensa alemana la que año tras año fué sondeando a la opinión sobre las más diversas materias, casi siempre serias porque los problemas que se planteaban eran también serios, dado que el resultado de la contienda, y ésta misma, habían creado estados colectivos de conciencia enteramente nuevos.

Por ser enteramente nuevos pudo darse, por ejemplo, el caso de que la juventud de un país considerado tradicionalmente como militarista fuese inerrógada en la calle, en los colegios y Universidades sobre su predisposición a vestir de nuevo el uniforme. El asunto del Ejército Europeo, que tan mal terminó, dió lugar en Alemania a una «epidemia» de auscultaciones del tipo a que venimos refiriéndonos.

Pues bien, a la vista de los resultados de estas encuestas, mas los resultados de otras auscultaciones llevadas a cabo por el propio Gallup, mas nuestra experiencia personal en la materia,

podemos afirmar que la familia alemana disfruta hoy de excelente salud. En la medida en que asunto tan delicado y sutil se presta a esta clase de exploraciones, el diagnóstico que hemos adelantado es, sin duda alguna, certero; probablemente un estudio sociológico más riguroso desde el punto de vista científico nos llevaría a la misma conclusión.

No vamos a tratar aquí el tema de la familia alemana desde el punto de vista jurídico; quédese para los juristas semejante empeño. Lo que sin duda interesa a nuestros lectores es la manifestación espontánea de la vida familiar alemana, tal y como hoy se produce. Vamos, pues, a ello.

LAS TRES «KAES»

Partiendo del hecho casi universal de que la piedra angular de la familia es la mujer, la madre, diremos que los nacionalsocialistas, tan paganos en tantas cosas, tenían una idea burguesa y anticuada de la mujer y, en consecuencia, de la familia. P.S.

En una casa campesina, la madre elabora la mantequilla para la familia

tulaban así lo que ellos llamaban la política de las tres «kaes»: *Kinden, Kirche, Küche*, o sea: niños, iglesia y cocina; política muy problemática, por cuanto que la educación de los niños correspondía esencialmente al





La música es en muchas familias alemanas la distracción preferida en el hogar

Estado, por cuanto que los nazis no eran precisamente, y en general, muy religiosos, y finalmente, por cuanto que la existencia de una cocina alemana es algo que está por demostrar.

En el fondo se trataba de arrinconar a la mujer, sobre la que el robusto, eficaz y laborioso varón alemán reinaba con un complejo de superioridad, mil leguas por encima de los cacharros y de los cuidados domésticos. Demasiada presunción, sin duda, porque una de las cosas más serias que hay en Alemania es la mujer alemana, y más concretamente la madre alemana, eje silencioso del hogar, que ha defendido con un valor y una abnegación sin límites contra las más furiosas tempestades, manteniéndolo prácticamente intacto.

Esta política de las tres «kaes», que era una aspiración y que en eso se quedó, fué arrinconada en la Alemania actual juntamente con los recuerdos de la época nazi. Hoy la mujer alemana sigue cuidando a los niños, sigue yendo a la iglesia y sigue occidiendo; pero, además de eso, trabaja fuera del hogar cuando es preciso e interviene activamente en todos los negocios públicos y privados del país; ha penetrado en casi todos los oficios y profesiones y ha alcanzado un grado de independencia incomparablemente superior al

que disfrutaba antes de la guerra. Ya sabemos que esto tiene sus peligros, estudiados y catalogados por los sociólogos; pero la vida alemana así lo exige, bajo la presión de las circunstancias, que en los primeros años de la posguerra llegaron a ser terriblemente adversas. Millones de viudas que necesitan trabajar para vivir, y millones de mujeres que no podrán crear un hogar por el simple hecho de que hay un respetable déficit de varones, han producido en la sociedad alemana un impacto que no se puede escamotear con disquisiciones sociológicas.

LA EMANCIPACION FEMENINA

Naturalmente, este hecho tiene profundas repercusiones en la vida familiar alemana. En los hogares donde la mujer trae un salario, contribuyendo al sostenimiento de la familia, es muy difícil una dictadura masculina; pero también es cierto que la solidaridad matrimonial se rompe muchas veces por este lado; la independencia de la mujer contribuye más a su felicidad personal que a la solidez de los lazos conyugales; no se puede negar este hecho evidente; la mujer que no depende económicamente de su marido puede sentir la tentación de separarse de él a las primeras de cambio. El porcenta-



Toda la familia participa en la vendimia

je de divorcios llegó a preocupar en los primeros años de la posguerra, hasta 1948; pero la tendencia actual es más tranquilizadora; disminuyen las cifras de divorciados, y una de sus causas probables es la estabilidad que ha ido adquiriendo la vida alemana, tras las sacudidas e incertidumbres de los primeros años posbélicos.

Claro está que todo esto que decimos—y lo que digamos en adelante—es una generalización demasiado precipitada, tal vez, ya que se incurre con frecuencia en el error de considerar a Alemania como una nación homogénea en los datos fundamentales. La verdad es que Alemania es muy poco o nada homogénea, y que nociones tan básicas como la de familia difieren bastante, según se trate de la Alemania católica o de la Alemania protestante.

En general, también la familia católica alemana es más perfecta que la familia protestante, aunque sólo sea por el simple hecho—bueno, no tan simple—de que el matrimonio católico es indisoluble.

IGUALDAD DE DERECHOS

La igualdad de derechos para el hombre y la mujer ha sido expresamente reconocido por la Constitución de la República Federal. El artículo tercero dice en su párrafo segundo que «los hombres y las mujeres tienen derechos iguales», y en su párrafo tercero, «que nadie puede ser perjudicado ni favorecido en razón de su sexo».

En la práctica, no obstante, las cosas cambian algo; así, por ejemplo, la mano de obra femenina es más barata que la masculina, aunque los Sindicatos que capitanea Walter Freitag han postulado a favor del principio «a trabajo igual, salario igual». Es uno de tantos principios, ya que la mujer casi nunca realiza un trabajo igual al del hombre, precisamente en razón de su sexo.

La Constitución federal alemana es liberal y burguesa. Lo que dice con respecto a la familia está contenido en el artículo sexto.

I. El matrimonio y la familia quedan bajo la protección particular del orden público.

II. Los cuidados y educación a dar a los hijos constituyen un derecho natural de los padres, como también la obligación primordial que les incumbe. La colectividad pública controla su actividad.

III. Sólo en virtud de una ley es posible separar a los hijos de sus padres, contra la voluntad de quienes tienen derecho a educarlos y cuidarlos, cuando la falta de estos educadores u otras razones hacen correr a los hijos el riesgo del abandono moral.

IV. Todas las madres tienen un derecho igual a la protección y ayuda de la colectividad.

Evidentemente, los principios que inspiran estos párrafos de la Constitución federal alemana referentes a la familia son cristianos. Lo son también, en apariencia, los que inspiran la Constitución de la República Democrática del Este; pero el hecho es que esa juventud «democrática»

es consagrada después al paganismo más absurdo en las solemnidades de la «Jugendweihe».

EL PRESTIGIO, INTACTO

Hace cosa de dos años la revista italiana «Tempo» dedicó un serial de reportajes a estudiar los problemas y opiniones de la juventud actual en los países occidentales. Recordamos que en casi todos estos países los padres habían perdido prestigio y autoridad a los ojos de sus hijos. Incluso aquellos padres que habían ganado una guerra terrible. Pero de la encuesta de «Tempo» resultaba, sin embargo, que los padres alemanes, que habían fracasado en el empeño más arduo de la historia de Alemania, seguían manteniendo su prestigio y su autoridad entre sus hijos. Casi todos los «auscultados», pertenecientes a las más diversas capas de la sociedad, coincidían en que sus padres siempre habían sido honestos e incorruptibles, aun en circunstancias muy difíciles para la práctica de unas virtudes tradicionales.

Como suele ocurrir en los países altamente industrializados y con muchas posibilidades económicas, los chicos pronto dejan de ser una carga para sus padres, incluso cuando van a la Universidad. La vida universitaria alemana está muy bien organizada, y los estudiantes han aprendido a valerse por sí mismos, costeando sus estudios por sus propios medios. Funcionan en Alemania muchas organizaciones universitarias enderezadas a este fin, y que van desde la explotación de ese moderno «oficio» del «baby-sitter» hasta la conducción de camiones. Apenas se da el caso, tan frecuente entre nosotros, del hijo que vive a expensas de sus padres hasta que ha terminado sus estudios y hace unas oposiciones y se coloca, cosa que muchas veces ocurre a la vista de los treinta años.

Por esta razón la familia alemana convive físicamente menos que la nuestra, y los padres se quedan solos antes. Entre nosotros las «bajas» en la familia suelen producir el matrimonio. En Alemania lo corriente es que la cosa suceda mucho antes.

EL MARCO FAMILIAR

En Alemania existen grandes fortunas, como es lógico, y una alta burguesía que ha resistido a todas las transformaciones económicas del país, que han sido en muchos casos radicales. Pero, en general, la sociedad es muy homogénea; es probablemente la más homogénea de Europa, quizá a excepción de la inglesa. Queremos decir que el nivel de vida de los individuos y de las familias es idéntico o muy parecido en el sector más amplio de la sociedad. Podemos decir así que en su aspecto económico las familias se parecen entre sí como un huevo a otro huevo. Existe una auténtica uniformidad, monótona, pero muy deseable por sus virtudes y estabilidad.

A este aspecto de uniformidad contribuye singularmente el hecho de que una mayoría de las



Los hogares reconstruidos de Alemania vuelven a alegrarse con la presencia de las nuevas familias.

familias alemanas viven en casas que han sido construidas según un plan nacional de urgencia, tirado a cordel. Alemania ha venido edificando viviendas a un ritmo —verdaderamente fabuloso— de medio millón al año, y todas las familias que se han ido creando en estos años tienen, en consecuencia, el mismo marco. Un marco, repetimos, monótono, con poco espacio, en formación de bloque, aunque en los últimos planes de vivienda se ha tendido a huir de la construcción societaria para volver al sano principio de la vivienda individual, de una planta, con jardincillo delante. En esto de cultivar su jardín los alemanes se parecen mucho a los ingleses y nada a los franceses, que prefieren el huerto.

EL HOGAR ALEMÁN

El hogar alemán por dentro es sólido, de una solidez que no estaba a prueba de bombas, pero casi, y confortable. Los alemanes tienen un sentido de la comodidad menos desarrollado que los ingleses, pongamos por caso; pero también su hogar es más alegre. En todos los detalles se ve la mano de la hacendosa mujer alemana, que hace prodigios con un tarro de cera y una bayeta. Pa-

ra los muebles los alemanes prefieren la cera al barniz. Al menos esa fué la impresión que recogimos en los hogares alemanes que visitamos.

En estos hogares, higiénicos y funcionales, hay siempre un espacio reservado a los libros, que tanto respeto inspiran a los alemanes, y otro al «pic-up» con discos grabados por sus magníficas e innumerables orquestas sinfónicas.

En estas casas están entrando a presión las neveras, las máquinas de lavar y los aparatos de televisión. Abajo, en la puerta, o en el pequeño garaje, está el «Volkswagen» con su aspecto de coleóptero.

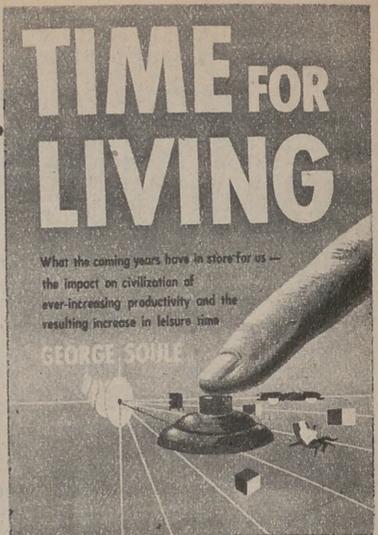
El sistema de vida alemán sigue el «american way of life», el sistema de vida americano y las aspiraciones de las familias alemanas apuntan a ese ideal mecanicista y, en el fondo, materialista, que es un tipo de civilización para la que el alemán está eminentemente dotado por su habilidad técnica y por su desmesurada afición a rodarse de cacharros. Esta es la vertiente opuesta de esa otra Alemana «gigante en lo invisible», como decía Giraudoux en su «Sigfrido».

M. BLANCO TOBIO

EL LIBRO QUE ES
MENEJTER LEER

TIEMPO PARA VIVIR

Por George SOULE



LOS biólogos tienen una palabra para un insecto en cualquiera de las fases que asume en sus fases sucesivas: instar. Un huevo es un instar, una larva del mismo individuo, es otro instar; la mariposa lo es también. Aplicar tan hermoso y exacto término como éste a algo que no le pertenece no es adecuado; pero la tentación de arrebatárselo para describir cambios humanos se hace irresistible. Una simple persona es sucesivamente embrión, niño, adolescente y adulto. Es indudable que los cambios que caracterizan cada una de estas transformaciones no señalan tan maravillosas diferencias como en el insecto, ni tampoco son tan visiblemente dramáticas. Ahora bien, llamar a cada una de estas fases por analogía un instar, destaca el hecho de que la persona asume sucesivas y periódicas transformaciones en su modo de ser y en su manera de comportarse.

UNA CIVILIZACIÓN TECNOLÓGICA

Algo muy similar puede discernirse en los cambios que se producen en nuestra civilización occidental. Estas fases, aunque menos identificables que en la persona individual, son lo bastante claras para que los historiadores las hayan caracterizado y calificado específicamente. La Europa medieval, después de varias centurias de pequeños cambios, dió paso a la civilización que ahora consideramos como moderna.

La cuestión que brevemente se examina en este libro es, si estamos ahora frente a otro renacimiento, semejante al que marcó el comienzo de nuestra era. Las pruebas de que se ha producido ya tal cambio pueden encontrarse si uno mira a los hechos familiares y descubre que éstos se adecuan al modelo de un nuevo tipo de humanidad.

Una revolución tecnológica reside en el fondo de todo el proceso que ha transformado la Edad Media en el mundo moderno. Indudablemente, en la totalidad del proceso se incluyen toda otra serie de elementos indispensables, tales como nuevas ideas, costumbres sociales e instituciones políticas y económicas. ¿Pero cómo se habrían podido difundir estas ideas tan rápidamente sin la invención de los tipos móviles de imprenta? ¿Cómo habría cambiado la vida comunitaria y las formas de gobierno sin las rápidas comunicaciones entre las provincias, naciones y continentes? ¿Cómo podrían haberse alimentado las grandes poblaciones urbanas, base de la moderna civilización, sin el nacimiento de la agricultura científica y cómo sin

GEORGE Soule, uno de los teóricos-economistas norteamericanos más destacados, se ocupa en la obra que hoy incluimos en nuestra sección habitual: «Time for Living», de los problemas con los que se enfrenta la sociedad moderna, ocasionados por los avances de lo que él llama «civilización tecnológica». Según Soule, el automatismo, la energía atómica y otra serie de avances técnicos nos conducen a una forma de civilización completamente distinta de la que hasta ahora hemos vivido. La principal característica de esta nueva edad será la de que la mayor parte de los americanos dispondrán de mucho más tiempo libre para su ocio, hasta el punto de que ahora se podrá hablar de unas masas ociosas frente a lo que en el siglo pasado llamó el economista Veblen clase ociosa. Precisamente el punto clave de esta nueva civilización estará en saber si es capaz de utilizar este tiempo libre, pues hasta el momento la humanidad ha sabido ahorrar tiempo, pero queda por saber si es capaz de consumirlo.

SOULE (George): «Time for Living». The Viking Press.—New York, 1955.

el exceso de población campesina—un exceso que aumenta siempre la agricultura renovada—podrían haber reclutado sus obreros las fábricas y factorías? ¿Y cómo las grandes chimeneas fabriles habrían dejado caer su sombra sobre la civilización sin los sucesivos avances en el uso de las máquinas transformadoras de la energía o de la maquinaria que solamente puede activar las grandes fuentes de poder mecánico?

Decir todo esto no significa que las mejoras técnicas son el fin para el que se destinan las actividades del hombre o que esto es el principal objetivo. Tampoco se quiere decir con ello que valores tales como la libertad, la dignidad del individuo, la democratización

de los Gobiernos, el método científico y todo el resto de cosas que florecen en la gran transición no tienen más valor que el de simples escudos que nos protegen contra el frío y la enfermedad o que nos proporcionan diversión y horas ociosas. Por otra parte, la civilización tecnológica nos ha traído muchos males, tales como las horribles invenciones del hombre moderno, la guerra mecanizada atómica y biológica, y la fuerza corruptora sobre las masas, cuando se usan nuestras posibilidades para difundir la mentira o la trivialidad.

La transformación al modernismo en su fase más rápida, ocurrida entre finales del siglo XVII y finales del XVIII ha sido bautizada como revolución industrial. Las factorías sustituyeron al poder del salto de agua y el vapor al músculo humano, reemplazando a los obreros especializados con las máquinas, cambiando así por completo los métodos de producción. Tan familiar nos es todo esto que se mira la revolución industrial como algo que ocurrió, cumplió su tarea y se estableció para siempre.

Ahora bien, los descubrimientos científicos continúan y la tecnología no ha dado todo lo que tenía que dar de sí. Los cambios que se originaron en nuestra civilización han ampliado y profundizado su efecto, sin rematar la cima. Antes que terminemos con la revolución industrial, o más proplamente, con la revolución tecnológica, se requerirá una nueva valoración de nuestras costumbres y de nuestros modos de pensar semejante a la que se produjo al principio de esta época.

Si uno examina la huella tecnológica producida en nuestra civilización, hay que mirar a los Estados Unidos, que han sido los que más han sentido sus efectos, ya que ha sido aquí donde esta

civilización se ha realizado con mayor intensidad. Esta circunstancia hace que todo el actual proceso de cambios que originan la tecnología puedan centrarse sobre los Estados Unidos como el más eminente ejemplo de que disponemos.

Si quisiéramos conocer las preocupaciones americanas sobre el valor de este proceso de cambio, encontraríamos difícilmente una respuesta satisfactoria. ¿Saben los americanos, ellos mismos, a dónde van? ¿Creen que se esfuerzan por protegerse de peligros externos e internos? Responder a estas preguntas les resultaría muy difícil. Si nuestro país se distingue ahora de los otros por su entrega al progreso técnico más que por cualquier otra cosa, sería siempre discutible si esto lo hace para conseguir un mañana próximo o un futuro distante.

La revolución técnica ha dado al hombre de nuestro siglo muchas más cosas que las que sus abuelos soñaron. Esto nos lleva a examinar brevemente otro aspecto del proceso que está íntimamente unido con las características de la tecnología progresiva: la ganancia continua en la capacidad de producir más en un tiempo dado. O, dicho de otro modo, producir la misma cantidad en menos tiempo.

EL HOMBRE GANA TIEMPO

Las ganancias comenzaron con la propia revolución industrial. Cuando comenzaron a funcionar las primeras hiladoras, los hombres y mujeres dedicados a este trabajo se vieron en situación de producir mucho más y más rápidamente que hasta entonces. Este procedimiento se extendió de industria a industria y de actividad a actividad. No ha sido posible medir la ganancia producida hasta muy recientemente; pero después de largos trabajos se ha llegado a la conclusión de que todo lo producido y vendido en los Estados Unidos, incluido bienes y servicios, es en la década de 1941-1950 cinco veces superior que en la década 1891-1900.

Teniendo en cuenta las posibilidades de avance del conocimiento humano y las disponibilidades de poder y de materias, no existe prueba alguna de que la curva permanente de productividad pueda ser refrenada. Este hecho nos plantea la interrogante de si después de todo la humanidad necesitará siempre un aumento indefinido de cosas. ¿Querrá cada miembro de la población un aumento de su poder material? ¿No existen ya tendencias en la sociedad moderna que incluso ya durante el siglo pasado y precisamente en los Estados Unidos, pedían la limitación de las exigencias de la población sobre el globo terrestre que la sostiene? Y en este caso, ¿qué necesidades, qué ambiciones y qué aspiraciones pueden ocupar el puesto de los motivos facilitados por la tecnología materialista y cómo podrán hombres y mujeres pasar sus vidas?

LA ECONOMIA DEL TIEMPO

Todavía los teóricos economistas no han sabido dar un concepto formal del tiempo al igual que lo han hecho los físicos. Específicamente, los economistas no han considerado al tiempo como un recurso escaso, coordinado con tierra, trabajo y capital y no han desarrollado su teoría de disponibilidades de recursos sobre esta estructura cuatridimensional. Ahora bien, la revolución tecnológica no puede ser entendida sin referencia al factor tiempo, con el cual ha estado implícitamente complicada desde su principio. Pero todavía menos puede existir una teoría económica apropiada para el presente y el futuro de la civilización tecnológica sin reconocer la inmensa y creciente importancia del tiempo como recurso escaso.

La eficacia del tiempo se ha multiplicado con la mejora de todo el proceso de la productividad. Como consecuencia de ello la población ha sido capaz de recibir más mercancías en menos tiempo de trabajo. Pero la demanda sobre este tiempo libre se ha hecho mayor de la que corresponde al aumento producido. ¿Quién tiene bastante tiempo para hacer todo lo que él piensa que se le requiere? ¿O todo lo que él quisiera hacer para que la elección fuera enteramente propia? Una multiplicidad de posibles ocupaciones se disputan el tiempo disponible en todo el mundo. Son pocos los americanos que se sienten oprimidos por el tiempo que les sobre.

Tanto en el sentido económico, como en el filosófico, como en el poético, el tiempo debe ser considerado hoy como el más escaso de todos nuestros recursos básicos. La diferencia se hará probablemente exagerada si en el futuro la revolución tec-

nológica cumple sus actuales promesas. Hay ya muchas mercancías consideradas como necesidades primordiales cuya abundancia hace difícil aumentar sus ventas más rápidamente que el desarrollo de la población. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a los alimentos y en lo referente a la calefacción y el confort. No corresponde al alimento, aunque puede ser satisfecho en el curso de unas pocas generaciones, al aspecto del alojamiento. Los mercados que más se desarrollan hoy son los que atienden las tareas de las gentes en sus tiempos de ocio, los cuales son muy diversos y cambian según las décadas.

Si el tiempo fuera ilimitado no habría fin para la demanda potencial de mercancías. Ahora bien, supongamos el caso extremo. Supongamos que nadie gasta una hora en producir productos para la venta; supongamos que todo el trabajo es hecho por máquinas automáticas. Habrá un límite, dentro de algunos años, de la cantidad de tiempo de una población dada que tiene que utilizar lo que compra. Agregar todo lo que queráis en estas compras, desde automóvil hasta instrumentos deportivos y musicales, hace la lista tan larga como queráis, pero siempre llegará un momento en que la cantidad tendrá su fin. Y cuando este límite se aproxime, se hará más claro que ahora que la civilización tecnológica, si continúa aumentando la producción del hombre-hora, gradualmente producirá más que el tiempo de que disponen los hombres para consumir o disfrutar estas mercancías. Lo que se ha llamado tiempo no productivo del trabajador ha aumentado mucho y todavía se incrementará más, pero sigue teniendo veinticuatro horas el día y trescientos sesenta y cinco días un año.

La técnica ha dominado el arte de ahorrar tiempo, pero no el de gastarlo. La situación con que le enfrenta la técnica ahora al hombre no es fundamentalmente la de economizar tierra, trabajo y capital, sino la del tiempo que no consagra a ganarse la vida. Esta es la última victoria que el hombre puede recibir de la revolución tecnológica. ¿Consiguirá establecerse de tal modo que satisfaga sus necesidades de acuerdo con su importancia? ¿Cómo puede un hombre disponer satisfactoriamente de su tiempo sin la ayuda de los precios y de los mercados? ¿No es cierto que cualquier esfuerzo que se

4 ventajas por
4 PESETAS

Comprando la PUNTA BIC que le ofrece por cada peseta empleada la seguridad de una escritura

- SUAVE
- RAPIDA
- LIMPIA
- DURADERA

Pero, asegúrese siempre que sea la verdadera.

PUNTA
BIC

ATENCIÓN: No se deje influir por una pequeña diferencia de precio. El coste de cada Modelo de PUNTA BIC está calculado al céntimo para poder ofrecer calidad al precio más justo.

FÁBRICA LAFOREST S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

realice deberá dar importancia a un conjunto diferente de valores de los que han dominado durante el pasado siglo y el actual? ¿Tendrá todo esto unas consecuencias tan grandes en la civilización que marcará el comienzo de una nueva Instar?

USOS DEL TIEMPO OCIOSO

Paradójicamente, nuestra civilización, labora a través del trabajo consciente y voluntario para llegar al máximo ocio. Si lográsemos esto deberíamos abandonar la vieja asociación de ambas palabras o inventar nuevos términos con que designarlos. Una transvaloración de ambos es implícita en nosotros. Quizá, como un comienzo, podemos dar por terminado el concepto despectivo utilizado para el término «tiempo pagado» relativo a tareas remuneradas y de «tiempo ocioso» para el descanso.

El tiempo ocioso es, teóricamente por lo menos, el tiempo que el individuo consagra a aquello que le gusta. La libertad de escoger aumenta, naturalmente, en proporción con el tiempo disponible. Ahora bien, ¿todos los seres humanos que conocemos son capaces de ejercer sabiamente la gran libertad de elección que los avances de la tecnología parecen casi seguro otorgarles?

Si nuestra averiguación se tuviese que realizar únicamente con las luces facilitadas por la moralidad de la primera revolución industrial, las perspectivas que descubriríamos serían ciertamente muy oscuras. La masa del pueblo era mirada como estúpida congenitalmente e indolente, incurable. Sin el incentivo de la necesidad no, habrían moldeado su carácter ante la posibilidad de convertirse en seres humanos sociales y productivos. El ocio era mirado como pecaminoso y los ociosos como vagabundos o criminales. Cuando comenzaron las peticiones de aumentos de salarios y de disminución de horas de trabajo, una objeción común era la de que con más tiempo disponible, los trabajadores contraerían malos hábitos. Durante las huelgas acaecidas de 1919 escuché a un veje obrero especializado asegurar ante un Comité de investigación que él era partidario de la jornada de doce horas por que así se apartaba al hombre de realizar feorias. Hoy, después de que estos mismos obreros han logrado una semana de cuarenta y cuatro horas de trabajo, resultaría difícil probar que la embria-

guez y el desenfreno prevalecen más que hace treinta y cinco años o que los hombres son peores. Por el contrario, cualquier observador cuidadoso de la región descubrirá que se han experimentado grandes mejoras. Ha disminuido enormemente el analfabetismo; las condiciones sanitarias y de alojamiento son mejores, la política es menos corrupta, se han mejorado las libertades ciudadanas y el medio político industrial se ha purificado. La mayoría de las gentes, cualquiera que sea el uso que hace de su tiempo ocioso, encontrarán cosas que hacer cuando sus manos descansan del trabajo. No se ha detallado todavía lo que hace la población de los Estados Unidos en su tiempo libre, pero disponemos a de grandes listas que permiten realizar trabajos de conjunto. La población americana, a pesar de la visión parcial que estos cuadros ofrecen, no parece encontrar dificultad en utilizar su tiempo. Los cuidados familiares, las distracciones pasivas, tales como la radio, el cine y la televisión, los trabajos caseros, como la lectura y la jardinería; los deportes, los viajes y la educación, figuran entre las muchas actividades que el hombre moderno escoge para llenar su tiempo libre. En ellas hay sitio para todo, desde el que se dedica a observar la Naturaleza hasta el que asiste a reuniones sociales, a Congresos políticos o se dedica a actividades religiosas, al juego o a la simple buena conversación. Las disponibilidades de tiempo ocioso han dejado sentir sus efectos sobre los propios hábitos que regulan las relaciones entre ambos sexos y sus efectos han sido abundantes y ejemplares, aunque éstos no sean debidamente conocidos, incluso por el propio Informe Kinsey, salvo en lo que se refiere a las prácticas públicas relativas al matrimonio y la familia.

LA NUEVA SOCIEDAD

¿Qué género de civilización se esconde en la revolución tecnológica tal como hoy se manifiesta ésta en los Estados Unidos? ¿Qué es lo que los americanos buscan ahora unas veces medio conscientemente, en su histórica preocupación por hacer y consumir bienes en el menos tiempo posible y probablemente de una manera más deliberada en el futuro? ¿Este camino les llevará a una sociedad que pueda equivaler a las grandes edades del pasado?

Cualquier respuesta a todas estas interrogantes no puede ser nunca definitiva. Sin embargo, se descubren ya toda una serie de posibilidades que ofrecen grandes garantías de realización.

Las bases materiales de esta nueva fase de la civilización occidental se aproximarán considerablemente al objetivo más claramente delimitado por John Stuart Mill y que calificó de «estado estático». Mill, como otros críticos de la primera revolución industrial, creía que los aumentos de población y producción dejarían algún día de ser considerados como el principal objetivo del hombre. El aumento de población de los Estados Unidos es probable que disminuya, o incluso cese, antes de que el país esté tan lleno de ciudades, fábricas y granjas, que no quede un sólo lugar donde el hombre pueda estar solo. Naturalmente, Mill usa las palabras «estado estático» en un sentido material estrictamente limitado. No cree que el hombre, o sus ideas y deseos se hagan estáticos. Por el contrario, desea que ocurra el antípoda de esto. «La humanidad—escribese encuentra en una de las primeras fases de su desarrollo. El progreso técnico—considera—continuará, pero dedicado a su propósito fundamental: hacer el trabajo más fácil.» En parte, ya se ha hecho algo de esto. El desarrollo de la capacidad humana facilitará, señalaba también Mill, una reducción de las horas de trabajo.

La gran tarea para la tecnología es no sólo aumentar la producción más rápidamente que el incremento de la población, sino hacer la vida en su totalidad más agradable. Ninguna de estas tareas aparece realizable a corto plazo, sobre todo si se piensa en las cuestiones de alojamiento. En las grandes regiones metropolitanas la labor realizada tiene algo del trabajo de Sísifo. Cuando las grandes ciudades, al igual que la economía en su totalidad, adquirieran un estado estático, se habrá llegado a la oportunidad de mejorar la calidad de la vida que sed esarrolle dentro de ella.

Un trabajador menor y más fácil, una mayor seguridad económica, una rivalidad más pequeña para el éxito material, parecen deseables a Mill, no sólo por sí mismos, si para el fin que él llama el arte de vivir. Las condiciones que él considera como necesarias para la consecución de estos fines están ya bastante cerca de lo alcanzado. ¿Pero una me-

Jantzen
EL TRAJE DE BAÑO INTERNACIONAL

Lo recomendamos nuestro aceite solar, en elegante frasco de plástico. Pídale al comprar su Jantzen o en las principales perfumerías.

nada hará tanto por su silueta como un Jantzen

¿jor calidad podrá sustituir a una mayor cantidad? ¿El impulso dinámico de la civilización tecnológica será capaz, una vez hechas más cosas para más gentes, de hacer mayor número de bienes en un mayor tiempo ocioso? ¿Habrá un genuino refinamiento de valores y una mayor discriminación en la elección de fines? ¿Existe ya un cierto empeoramiento de la sociedad, como creen temer algunos observadores de la sociedad americana?

LOS PELIGROS DE UN MUNDO FELIZ

Algunos sociólogos opinan que el estado estático puede producir unos seres típicos que se caractericen por ser dirigidos exteriormente frente al hombre interior, que prevaleció en la época inicial de los Estados Unidos. Otros creen que en esta sociedad se desarrollará un creciente antiintelectualismo. Otra opinión alarmante a este respecto es la tesis de que el complejo tecnológico necesario para sostener a una población se hace cada vez más intrincado y requiere para unidades mayores, controles superiores a los necesarios. La integración esencial enredará a los ciudadanos en todo un tinglado de leyes, normas, disposiciones, e incluso control de opiniones, que nos hará vivir en algo semejante a lo que nos describe Aldous Huxley en su «Mundo feliz» o George Orwell en su terrorífico 1984.

Lo que más parece preocupar a los pensadores en el futuro de nuestra civilización y el temor que sienten por los valores por los que los hombres viven, y el progreso cultural de la personalidad individual. Existen motivos fundados para creer que esta opinión es compartida por una gran parte de las gentes que no leen solamente libros de distracción. Esta preocupación se ha extendido a grandes masas, como lo muestra el interés que despiertan los libros de historia o de carácter filosófico y religioso.

Si la civilización americana sobrevive lo suficiente para que surja la nueva sociedad en forma reconocible, los ciudadanos estadounidenses tendrán que haber logrado vivir en el mismo mundo que el régimen soviético sin incurrir por ello en una catástrofe violenta. Esta pesadilla no es tema de este libro, pero la naturaleza de su solución condiciona la vida de las gentes. Me parece que habrá que llegar a una especie de convenio entre los dos regímenes, delimitando las actividades de uno y de otro.

Ni la tecnología ni sus frutos limitan el desarrollo individual, pero sí el camino que éste sigue. Los Estados Unidos han alcanzado una base material adecuada para un mayor nivel de civilización y su pueblo, utilizando mecanismos de mercado, y sin abrazar ningún sistema socialista, ha señalado su preferencia por valores espirituales. Esto ha ocurrido por su deseo de no vender todo el tiempo de que dispone, es decir, ha incrementado su producción y ha conservado y aumentado su tiempo ocioso para fines no comerciales.

La cultura, que va caracterizando a los Estados Unidos en los últimos tiempos mientras avanza la tecnología, es de un tipo que permite al individuo elegir en mayor extensión lo que él desea y de una manera más directa. En los primeros días de la revolución, industrial la competencia entre el sistema de fabricación fabril y el patrimonial originó la supremacía de las fábricas y de los grandes mercados porque éstos podían hacer y distribuir mayor número de artículos y a precio más barato. Ahora la marea parece seguir el camino opuesto. Lo que más desean las gentes es encontrar más tiempo libre y los medios adecuados para utilizar sus manos y sus cerebros en este tiempo libre. La competencia con los mercados de empresas de carácter no estrictamente comercial introducirán un equilibrio más saludable en la civilización americana.

El trabajo más difícil de todos, muchos lo han descubierto ya es el pensar. Esto es verdad aun cuando se refiera sólo a la apreciación de lo que otros han pensado o escrito. Sin la tensión entre sus polos interiores y exteriores nunca el hombre se comportará adecuadamente en la sociedad. Nada en la Historia nos lleva a la conclusión de que los hombres y las mujeres, enfrentados con nuevos peligros, nuevas oportunidades y nuevas provocaciones, fallarán necesariamente en saber enfrentarse con ello. El futuro ofrece una prueba suprema al individuo, presentándole en un ambiente de libertad sin precedentes, la posibilidad de configurarle y de buscar lo mejor, de acuerdo con sus tradiciones pasadas. Porque para este nuevo renacimiento es necesario vivir sobre esas tradiciones en el nuevo conjunto de circunstancias y valores.

LE CANSAN LOS ESTUDIOS



En la mayoría de los casos - según las estadísticas, casi un 45% - el rendimiento de los estudiantes se ve afectado por defectos visuales. Compruebe si la visión de sus hijos es perfecta. Sólo así podrá exigirles buenas notas en el colegio.

**CRUZADA DE
PROTECCION OCULAR**



"SE ME HAN PASADO LOS CIEN AÑOS SIN SENTIR"



**"FUMO, BEBO COÑAC Y
TOMO DIARIAMENTE CAFÉ"**

La generación actual es la que vive bien, afirma el médico centenario don Bienvenido Blasco Rubio

CASPE, Bujaraloz, Fréscano.

Ahora, Zaragoza. Cuatro hitos en la vida de un hombre. Aquí, en la calle de Zurita, terminando de vivir. Allí, en Caspe, empieza la vida un veintidós de marzo, hace cien años. Altibajos de la guerra carlista y de Cuba. Después, la Facultad de Medicina de la capital aragonesa, teniendo por profesor al padre de Ramón y Cajal y obteniendo el número uno de su promoción. Más tarde, ya médico, Bienvenido Blasco Rubio ejerce en Fréscano, en Bujaraloz y, por último, en su pueblo natal. Es un médico rural, un abnegado médico, que, como tantos otros, se enfrentaba sin medios con las enfermedades y muchas veces con hambre. Eran años malos en que los niños enfermos que las madres llevan a los médicos más necesitan alimentos que medicinas, y el doctor Blasco hacía una seña a su hija mientras decía:

—Alicia, a este niño dale lo que ya sabes...

Y Alicia Blasco, casi niña también, volvía después de revolver en los anaques trayendo unos botes de harina lacteada.

—Dios se lo pague, don Bienvenido, y te dé larga vida.

Otro día era un viejecillo asmático que vivía en una covacha

y veía venir el invierno con miedo:

—Don Bienvenido, si pudiera entrar en el hospital...

Y al hospital de Caspe, a la hermana Lorenza le enviaba el infeliz.

—Doctor—protestaba la religiosa—, pero si no tiene una grave enfermedad.

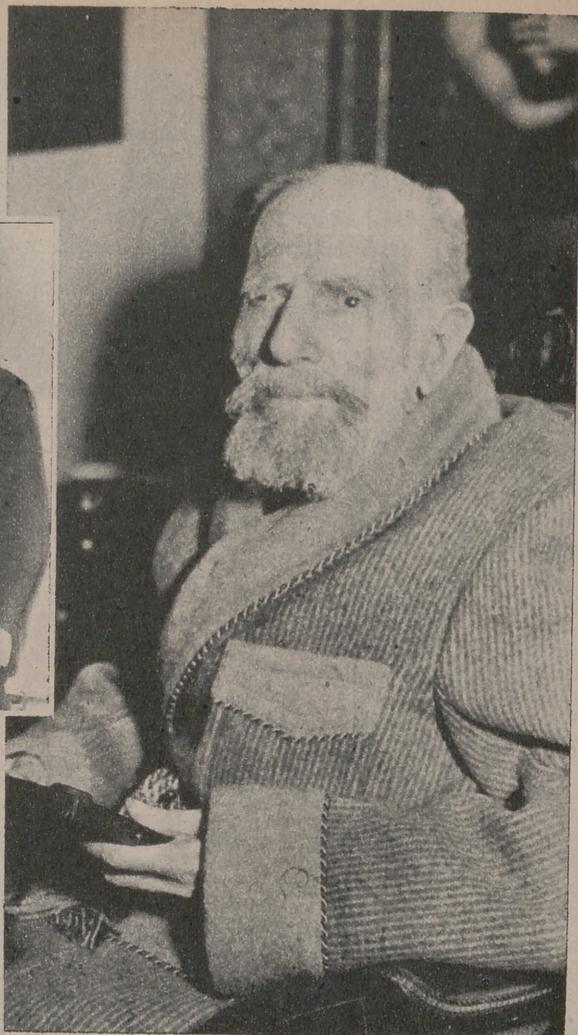
—Pero pronto va a tener frío

y hambre con el duro invierno que se avecina. ¿Le parece a usted poca enfermedad, hermana?

Y la buena hermana Lorenza sonreía diciendo:

—Bueno, doctor; con usted no hay quien pueda. Lo recogeremos hasta que llegue el buen tiempo. Y el anciano se deshacía en bendiciones.

—¡Que Dios y su bendita Ma-



Arriba: Don Bienvenido Blasco Rubio, con su hija y sus nietos Julio y Alicia Llidó.—Abajo: Don Bienvenido, el día que cumplió cien años, recibe el homenaje del Colegio de Médicos de Zaragoza

dre le conserven a usted la salud, don Bienvenido!

Y todas estas bendiciones se hicieron realidad en la larga vida de don Bienvenido Blasco.

PARA VIVIR MUCHO HAY QUE COMER POCO

Cuando yo subo hoy la escalera de esta casa de la calle de Zurita, necesariamente siento curiosidad. Voy en busca de una vida de cien años y todo será volver sobre el tiempo, como si pasara las páginas de un viejo libro.

El piso es pequeño, sencillo; pero cada objeto que hay en él podría estar muy bien en un museo. Cuadros, arquetas, tallas y Cristos marfileños en cualquier rincón del vestíbulo y la salita con paredes tapizadas de damasco amarillo.

La curiosidad se trueca en sorpresa, en enorme sorpresa cuando nos hallamos ante don Bienvenido Blasco, el médico más anciano de España. Este hombre con un siglo a la espalda, lo acaba de cumplir el 22 de marzo, habla con el entusiasmo de un hombre joven.

Es un anciano afabilísimo, de barba rala, pero pulcra; lleva una boina barojiana y tiene el acento rotundo de los aragoneses. Se le juntan las frases unas con otras porque su pensamiento es más rápido que sus palabras: de pronto me desconcierta sacando una cachimba y apretándola bien de tabaco.

—¿Perc usted fuma todavía?

—Pues claro. ¿Por qué no? Pero ni ahora ni nunca me tragué el humo. Yo soy sólo quemador de tabaco.

—¿Toma café, don Bienvenido?

—Claro, claro, todos los días.

Luego hace un gesto con la mano y una exclamación.

—¡Ah! Pero el café, sabe usted yo tomo los primeros sorbos sin azúcar. Para que haga efecto la cafeína.

—¿Por el corazón?

—Yo tengo el corazón divinamente, pero más vale prevenir... Bueno, también tomo coñac todos los días, una copita pequeña y mezclado con agua. El coñac es bueno para el organismo.

—¿Entonces... esa teoría de que el tabaco y el alcohol son perjudiciales...?

—¡Bah! Yo siempre tomé las dos cosas y aquí me tiene usted —y me mira jovialmente.

Luego aclara como disculpándose.

—Ya ve, se me han pasado los cien años sin sentir... En un soplo.

—¿Y usted, como médico, en qué cree que estriba el llegar a una avanzada edad.

—Si la gente se levantara siempre con hambre de la mesa, viviría muchísimo. No hay nada peor que una comida copiosa. En las digestiones padece el corazón y todos los órganos que tienen que trabajar muy activamente. Yo siempre me levanté de la mesa sin haber nunca saciado el apetito. Ahora sigo igual, como de todo, pero muy parcamente.

«YO NO ME CANSO NUNCA»

Miro hacia un cuadro que hay encima de la consola.



Este era el doctor Blasco Rubio el día que terminó la carrera de Medicina

—Le gusta, ¿verdad?—es una tabla italiana del siglo XV.

—¿Pero auténtica?—pregunto.

—¡Si, ya lo creo!—se exalta en su puntillo de coleccionista—. Y aquel Cristo es de Alonso Cano. Casi todos los cuadros eran de la familia de mi madre. Yo he comprado también algunos. Pocos, pero algunos. He tenido mucha afición a las antigüedades.

—¿Ganaba de médico rural?

—Los Ayuntamientos nos contrataban como partido cerrado con 2.500 pesetas anuales, y ahí entraba todo. Yo quise ser varias veces funcionario del Estado y todo se me frustró. Pero no crea usted que de médico, no. Yo de joven tenía otras aficiones. Quise ser marino y no me admitieron porque los médicos diagnosticaron que era pretuberculoso. ¡Y mire hasta dónde he tirado! Y quizá los que tal dijeron ya no estarán en este mundo!... Después quise ser alférez de Milicias en la guerra calista y fué cuando vino la paz de Estella. Se me estropeó todo y, en cambio, de soldado me tiré muchos me-

ses en el Ejército isabelino. Bueno, pues después, ya siendo médico, cuando la guerra de Cuba, quise pasar a ser médico de la Armada, quería ir a ayudar en algo; me dolía tremendamente que nos quitaran aquella tierra que nosotros descubrimos; pero nada, no tuve suerte. Cuando ya iba a ser admitido vino la paz de Zanjón y se terminó Cuba. Ya no pasé a la Armada. ¿Para qué? Me quedé en los pueblos. Doce años en Bujaraloz, cuatro en Fréscano y lo restante, hasta que me jubilé, en Caspe. Yo he ejercido en total cincuenta y siete años.

Habla con una fluidez enorme; sin embargo, yo temo cansarle y le pregunto:

—¿Se cansa, don Bienvenido?

Y me mira casi ofendido:

—¿Por qué creen ustedes los jóvenes que los viejos nos cansamos? No me canso de hablar. Al contrario, me distraigo.

En este punto han entrado su hija Milagros y su nieta Alicia.

No se cansa—me aclara la hija—. Ni de andar tampoco se cansaba. Cuando tenía noventa años salió un día con mi hermano Julio y le hizo recorrer de parte a parte la ciudad. Mi hermano vino rendido y mi padre, en cambio, tan tranquilo. Ahora se acuesta a las doce de la noche. Oyendo la radio. De todo se preocupa y está al tanto de todo. Luego, casi cree que nosotros somos muy delicados. Por no molestarnos no se atreve a pedir las cosas. A veces me dice: «Oye, cuando te levantes para algo tráeme aquello o lo otro...»

—¿Cuál fué el momento más emocionante de su vida de médico?

—El día que tuve que enterrar al hijo del Alcalde del anejo de Valjarta. Se murió el chico de viruela. Tomó miedo el enterrador y en todo el pueblo no hubo quien lo enterrara. Lo tuve que hacer yo con su padre. Fueron unas horas que nunca olvidaré. Otro momento horrible de mi vida fué el día en que se me murieron mis dos hijos. Uno por la mañana y otro por la noche. De difteria. Entonces las vacunas eran muy escasas. Las tuve que mandar pedir a Reus, pero cuan-



A la izquierda, el día que cumplió noventa años; a la derecha, el doctor Blasco a los setenta años

do llegaron era tarde. Dos niños preciosos. Uno se llamaba Amalio y otro Ricardo; mire usted ahí sus retratos. Uno tenía tres años y el otro dieciocho meses. Y en pañales teníamos a Julio. Yo no sabía a dónde llevármelo para salvarlo. Lo entregué a cualquier vecina caritativa que lo quiso recoger para sacarlo del foco diftérico de mi casa. Mi mujer y yo estábamos como locos. Después, de mayor, murió mi hija Alicia y ahora, hace cuatro años sólo, mi mujer.

Tras una pausa, el anciano parece erguirse en el sillón:

—Sabe usted, eran unos tiempos tremendos para la Medicina. Estábamos desamparados. Ahora, cuando yo vec estudié a mi nieto, que cursa quinto de medicina aquí, en la Facultad de Zaragoza, me asombro. Ellos hacen prácticas y esto les sirve para mucho. Disponen de aparatos modernísimos; en fin, tienen todo lo que necesitan. A nosotros nos lanzaban con todos los libros dentro del cuerpo, y esto sí teníamos memoria, como era mi caso; pero sin haber practicado. Era horrible. Y luego también nos tenían que enfrentar en los pueblos con la ignorancia. Ahora los médicos trabajan en diferentes condiciones. Yo los envié. ¡Figúrese usted!: la gente le hacía más caso a un curandero que a nosotros. Ellos mandaban para el reuma poner sobre la planta de los pies una sardina arenque. Así cuando nosotros les mandábamos el salicilato de sosa decían que el remedio del curandero era más barato y sin ninguna molestia. Yo he pasado ratos muy amargos. Me acuerdo, me acuerdo.

—¿De qué se acuerda usted, don Bienvenido?

—Pues sí, hija lo voy a contar. Una vez, en Fréscano, le dió a uno un cólico miserere. Yo le di lo que creía eficaz, y antes de que pudiera surtir efecto me dijo su padre que él iba a por otro médico a Tudela. Yo le disuadí y el hombre se quedó. No habían pasado unos minutos cuando una mujer me dijo: «Creo que se está muriendo. Le han arreado los dolores.» Yo, con la inexperiencia de la juventud, me dió tal pánico que no se me ocurrió nada más que irme a la casa donde estaba de pupilo y empezar a hacer mis maletas. Pensaba huir; así, huir, pues imaginé que si el chico se moría la gente me echaría a mí la culpa por no haber traído el médico de Tudela. Mientras hacía las maletas, a mi patrona se le ocurrió ir con estímulo a ver cómo seguía el enfermo. Y vino corriendo a contármelo. Se le habían pasado los dolores. Ya estaba sentado en la cama y todos alababan mi ciencia. Cuando la buena mujer me lo refirió las piernas me flaqueaban de la emoción, y, claro, deshicé mis maletas.

—¡Abuelo, cuánto hablas hoy! Parece que te has disparado—interviene la nieta, riendo.

—Pues claro, sí, es que me gusta recordar.

—¿Nunca le falla la memoria?

El anciano ríe:

—¡Bah! ¡Bah! Qué ocurrencias. Nada de eso. Siempre la tuve muy buena. Cuando pequeño

me estudiaba las lecciones por la calle. De mi casa al colegio y ya no las olvidaba nunca. De aquella época aprendí una poesía del padre Arolas dedicada a Napoleón. Mire, dice así:

Y el anciano médico recita con mucha gracia.

Duerme en paz, hombre de gloria,

duerme tu sueño profundo,
ya que no puede en el mundo morir nunca tu memoria.

—La aprendí cuando tenía diez años. Y ahí, en la memoria, sigue clavada. También de aquella época es una rondeña que cantan en Caspe. Es muy bonita, se refiere al Compromiso de Caspe, que tuvo lugar en el 1412 entre el conde de Urgel y don Fernando de Antequera.

Y don Bienvenido vuelve a recitar:

Caspe tiene en su recinto y tendrá siempre en su historia el mejor timbre de gloria del siglo décimoquinto.

Y después un trozo de «La vida es sueño».

Su hija y sus nietos, rien:

—¡Es gracioso! Hasta recita con usted—me dicen.

—¿Le gustó a usted la literatura?

Don Bienvenido mueve las manos en un amplio ademán.

—Yo he sido un lector empedernido. Ahora tampoco puedo pasar sin la lectura. Yo me sé los clásicos de memoria. Mis autores preferidos son Tito Livio y Cicerón. Tengo también todas las obras de Lope de Vega y de Calderón.

—Otra cosa que te gusta a ti mucho, papá—dice la hija—son las matemáticas. ¿Verdad?

—¡Ah! Sí; eso era otra de mis aficiones. Tengo verdaderas montañas de cuadernos de matemáticas, de problemas y ecuaciones hechos y resueltos por mí. También me gustaba mucho el latín. Si me echaban mano a mano con un sacerdote, no me ganaba no. Estoy seguro. Ahora ya me distrae más ya radio. Sabe usted, como hay tanto paleo internacional, pues se está en vilo siempre. Yo me preocupo por todo. Le doy quizá demasiado trascendencia las cosas, pero el caso es que ando cogiendo una y otra radio a ver qué pasa por el mundo.

—¿Le gusta a usted el cine?

—No, casi nada. Fui una sola vez a ver el sonoro. Casi siempre el tema de las películas es frívolo. A mí me gustan las cosas serias. El estudio y el trabajo es lo único que a mí me llena. ¡Ah! Pero el trabajo dentro de dos siglos no existirá. Todo será mecánico y yo creo que cada hombre tendrá su máquina voladora individual. No, no se ría usted. Mire cómo han ido inventándose todas las fantasías de Julio Verne. Día llegará de que al hombre le sea todo facilísimo en la vida. Bueno, ya les es a ustedes muy fácil; la generación de hoy es la que vive bien. Tienen ustedes mucha suerte.

No le puedo interrumpir, y ya no me atrevo a preguntarle si se cansa de hablar. Vuelve a coger el hilo y ahora me cuenta unas pequeñas travesuras cuando fué soldado del Ejército isabelino.

—Pero eso no lo puede publicar, ¿sabe? Prométamelo. Prométamelo—insiste.

—Prometido, don Bienvenido. Ya más tranquilo continúa, y los recuerdos le resultan tan divertidos que ríe casi con espasmos. Y surge lo paradójico. Yo ríe también, contagiada por esta risa de cien años, y parece que cae de plano como, a galope de un manotazo la teoría sobre la senectud y caducidad de la vida. Este anciano quería y habla sin descanso nos da la medida de una imaginación fresca de una mentalidad vivaz y aglísima aún. De cuando en cuando parece reconcentrarse. Y entonces surge el torrente de lo que ha pensado. Así vuelve sobre sus anteriores palabras.

—Bueno, pero, sabe usted, yo aunque estaba en el Ejército de la Reina era carlista como mi padre. Sin embargo, como los isabelinos me enrolaron allí me quedé. El deber es el deber. A mí me había dado una patrulla. Y no debía desertar. No podía hacer traición ni cumplir mal. Después tuve suerte. Me pusieron en la oficina.

De pronto, mirándole, tengo la impresión de que este hombre no ve sus cien años como algo anormal y que rebasa la lógica duración de la existencia. Me da la sensación de que tiene la convicción de que sólo es una etapa que ha superado. Y que quizá aún le quede mucho tiempo, y le pregunto:

—¿Le gustaría aún vivir muchos años?

Como esperaba me contesta con naturalidad:

—Pues sí, para ir tirando con mi hija y mis nietos. Porque esta hija, Milagros, es viuda, ¿sabe?

Y es que este anciano, inteligente y afectivo, puede aún hacer sombra y servir de protección a una hija viuda.

Cuando se queda solo dicen que es cuando se reconcentra y tiene una intensa vida interior. Cuando su familia viene, entonces él les cuenta los proyectos y soluciones familiares que ha ido pensando. También si viene alguien de Caspe a verle le preguntará con todo detalle por sus familiares y por vida, pues aunque sólo haya tenido con ellos un leve conocimiento lo recuerda todo.

—¡Ah! Tú eras la que vivía allá en La Muela, junto a San Indalecio...

—Pero don Bienvenido, ¿cómo se acuerda usted?

—Pues claro, mujer, claro. Mi memoria está muy fresca. ¿Por qué había de estar apagada? Total, ¿qué son cien años? ¡Qué manía tenéis los jóvenes!

Y para que vieran cómo estaba de fuerte. De un soplo apagó el día 22 de marzo las cien velas de su tarta monumental de cumpleaños. Ese mismo día, el Colegio de Médicos de Zaragoza le entregó un pergamino como el médico más viejo de España. Y él se fumó ese día, mientras charlaba con sus compañeros jóvenes que fueron a visitarle, un buen habano que palladó gozosamente.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

LA POLITICA INTERNACIONAL EN CIFRAS Y ESTADISTICAS

Los financieros españoles toman el pulso a la situación del mundo

SUBE EL INDICE DE PROSPERIDAD EN EL PAIS

LA hora de la rendición anual de cuentas de los Consejos de Administración de los Bancos coincide generalmente con la llegada de la primavera, de las primeras flores y de los primeros versos al aire libre. Día a día por estas fechas, las secciones financieras de los periódicos se esponjan y dilatan con las referencias a los solemnes actos de las Juntas generales de accionistas. Ayer fué el Banco Urquijo; hoy, el Central, el Hispano Americano, el Popular Español, el Aragón, el Bilbao, el Rural y Mediterráneo...

La Banca ha tomado la palabra para dictar su veredicto acerca de la labor a lo largo de todo un año. Habla la Banca para enjuiciar la actual situación económica y financiera de España y del mundo. Son sus palabras también para hacer predicciones sobre el futuro. Lo pasado, lo actual y lo venidero se expone en las Juntas con el crudo realismo con que se expresa la minoría que rige los grandes negocios y empresas. La verdad lisa y llana de la presente coyuntura queda de manifiesto en los informes de los directores y de los presidentes de los Consejos de Administración. Una realidad económica auténtica, sin veladuras ni reservas.

Con las cifras de los activos y pasivos, de las cuentas de pérdidas y ganancias, están también las opiniones autorizadas de los prohombres de la Banca. Como el tribunal médico que ausculta y explora el cuerpo humano, así los directores de los centros bancarios se aplican en explorar el cuerpo de la economía nacional e internacional. Prestar oídos a sus documentados informes es la mejor oportunidad para pulsar el presente momento económico.



La madrileña calle de Alcalá, donde se encuentran los principales Bancos españoles

LA INFLACION, AMENAZA PARA LA ECONOMIA MUNDIAL

Luis de Usera, consejero-director del Banco Hispano Americano, se encuentra ante los accionistas, reunidos en Junta general. El salón de actos está al completo este día del 25 de marzo. Los congregados en él disponen o representan a un total de capital social que asciende a 500

millones de pesetas y a 730 millones en reservas. Luis de Usera habla con tono grave para hacer el balance de las operaciones realizadas en 1955 con ese gigantesco patrimonio. El silencio en la sala es tan solemne como las palabras del orador, que empieza su discurso refiriéndose a la economía mundial.



En estos días, los Bancos españoles han publicado sus Memorias anuales. Todas ellas reflejan la buena marcha económica y la prosperidad del país

«La economía del mundo occidental se desarrolló próspera y vigorosamente en 1955, con un ritmo de progreso aún más acelerado que en el año anterior. Pero la prosperidad engendra fácilmente el optimismo, y cuando éste prende en el ánimo, tanto de los empresarios como de los consumidores, los objetivos que se proponen unos y otros corren el riesgo de desorbitarse y alcanzar magnitudes desmesuradas en relación con los recursos disponibles en cada momento. Por eso, en muchos países sonó, con más o menos estridencia, la señal de alarma de la inflación, reflejo de un desequilibrio entre propósitos y realizaciones...»

Con esas breves frases, el representante de uno de los primeros Bancos españoles presentaba ante los accionistas al personaje que intenta enseñorearse del campo de las finanzas internacionales, presentaba al fantasma de la inflación. «¿Existe o no esta amenaza? Las afirmaciones de los representantes de otros Bancos son la mejor respuesta.

Félix Millet Maristany, del Banco Popular Español, en su informe del 24 de marzo, reconoce los síntomas de inflación al hablar de las medidas monetarias adoptadas en varios países, que responden a una política restrictiva en las operaciones de crédito. Cita además el caso de Bélgica, donde se ha tenido que aumentar el tipo de descuento.

En el mismo sentido, el representante del Banco de Aragón señala que las autoridades financieras norteamericanas han llevado a cabo cuatro elevaciones del tipo de descuento a lo largo de 1955. Y así se ha pasado del 1,50 por 100 al 2,50, lo que constituye la proporción más elevada desde 1934. En Inglaterra, el Gobierno lo ha elevado del 3 al 3,50, dando con ello el toque de atención a la tendencia inflacionaria, y poco después rectificaba para ordenar la subida al 4,50 por 100. Al mismo tiempo, Londres recomendaba a los Bancos que redujeran sus facilidades de crédito. Idénticas disposiciones han tenido que adoptar Alemania occidental, Canadá, Japón, Noruega...

Ignacio Villalonga, del Banco Central, reconoce que los Gobiernos de distintos países han tenido que adoptar medidas no para el fomento de la economía,

sino para evitar, por el contrario, que un exceso de prosperidad pudiera afectar al equilibrio conseguido en los últimos años.

En general, la Banca española ha denunciado la amenaza de la inflación en el campo de la economía mundial. Una amenaza que ha tenido realidades prácticas, como el alza de precio de las materias primas, del cobre, por ejemplo. En los alimentos y en los textiles, el algodón entre ellos, la subida no fué tan sostenida ante el peso de los excedentes almacenados en varios países. Pero ahí está la inflación proyectando su sombra en las tareas reconstructivas de los pueblos.

LA CALLE DE ALCALÁ. AL TANTO DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL

La política internacional tiene expertos observadores entre las filas de los financieros. Todos los acontecimientos mundiales repercuten en el sistema nervioso que rige las operaciones bancarias. A los despachos de los consejeros y directores de los Bancos llegan por hilos invisibles las consecuencias de un discurso político pronunciado en Asia o de una huelga que ha tenido lugar en Australia. Ningún suceso internacional es indiferente a un Banco de Birmania o de Nueva Zelanda. La calle de Alcalá madrileña vive atenta a cuanto ocurre o puede ocurrir en los cinco Continentes, y, llegado el momento, no oculta sus puntos de vista.

Para el Banco Central, el año 1955 ha sido favorable internacionalmente por haberse perfeccionado la defensa militar del mundo libre, y considera el rearme de Alemania como acontecimiento de primera magnitud. «Podrá transcurrir algún tiempo hasta que el Ejército alemán juegue el papel trascendente que le corresponde para asegurar la paz; pero ha bastado iniciar su organización para que el peligro de una conflagración disminuya notablemente», afirma el presidente del Banco.

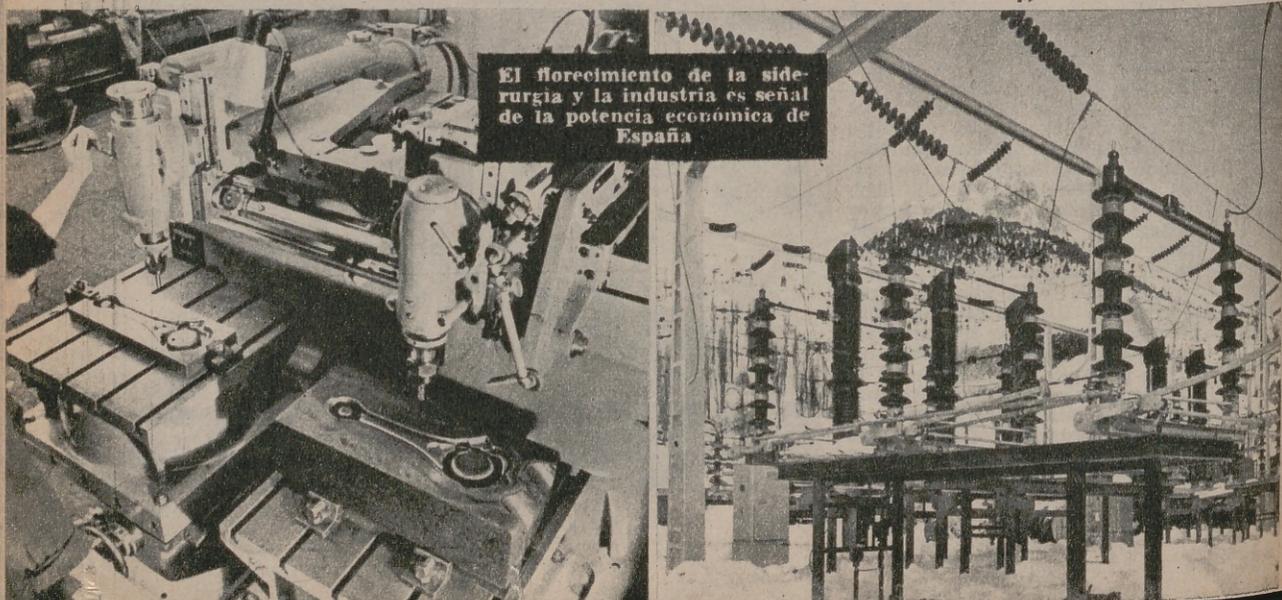
El Banco de Bilbao no se muestra tan optimista cuando enjuicia la actual situación, diciendo que ha transcurrido el año 1955 en un ambiente de inquietud internacional. Con alternativas, una intensa actividad diplomática ha pretendido aquie-

tar los varios temores sentidos como consecuencia de un conjunto de problemas mundiales. Siguen latentes, sin embargos, cuestiones complicadas, en las que no se advierten soluciones que puedan presagiar la ansiada pacificación de los espíritus. Este es el punto de vista de los hombres que rigen el establecimiento bilbaíno.

El resumen de la política internacional no es muy optimista para los administradores del Banco de Aragón. Los acontecimientos políticos fueron numerosos y, desgraciadamente, en su mayoría mantienen la tensión de tirantez de años anteriores. Fracasó la Conferencia de Ginebra, no lográndose la que parecía justa aspiración general de una mejor comprensión en las relaciones Este-Oeste. No se dió solución a la unificación de Alemania... Surgieron movimientos revolucionarios en países sudamericanos, subsistió la agitación en Marruecos francos y Norte de Africa...

Otros financieros acentúan algunos acontecimientos positivos para la paz. Siguiendo las opiniones sustentadas por el Banco Hispano Americano, si la Conferencia de Ginebra no ratificó las ilusiones puestas en ella, la tensión internacional, en cambio, no ha aumentado en 1955. Además se han operado importantes novedades: Asia parece ser ahora el centro de la inquietud. Pero la Conferencia de Bandung, que reunió a los delegados de los pueblos asiáticos y africanos, constituye un síntoma más del acceso a la madurez política de los antiguos países coloniales. Lo que viene a constituir un elemento tranquilizador. Rusia es la que últimamente ha introducido una nueva modalidad de significación económica, en su política exterior. Los ofrecimientos de ayuda que prodiga en Asia, e incluso de manera tímida en otros Continentes, reflejan no sólo un cambio de táctica, sino una revisión de los objetivos a largo plazo de su estrategia.

En tanto que los Ejércitos no crucen sus espadas, hay posibilidades de mantener la paz. La mejor, la más optimista consecuencia que puede deducirse de los juicios de los Bancos sobre la situación internacional es que ninguno vaticina una guerra a breve plazo...



El florecimiento de la siderurgia y la industria es señal de la potencia económica de España



**AÑO 1955, AÑO SATIS-
FACTORIO PARA
ESPAÑA**

**Un aspecto de la Bolsa de
Madrid en plena actividad**

Es al tratar de la economía española cuando en las salas de actos se empieza a entonar cifras y a leer estadísticas. Números son lo que exigen los financieros para dictaminar sobre un asunto, y balances para hacer un resumen. Con esos números y esas cifras, la Banca se ha pronunciado sobre la hora económica del país. Una afirmación común a todos los técnicos: el año 1955 ha sido satisfactorio para la economía española, y hasta el presente puede esperarse, en general, que continúe la recuperación favorablemente.

Dos factores han operado, sobre todo, en 1955. Por un lado, la industria nacional ha alcanzado unos resultados acentuadamente mejores que en los años precedentes. Por otro lado, razones climatológicas han sido la causa de una cosecha deficiente, en especial de cereales, aceites, remolacha, patatas y vino. El resultado es que esta disminución valorada en un 8 por 100 inferior a la producción agrícola normal, se ha compensado con el desarrollo industrial.

Entre los aumentos industriales hay que destacar los de energía eléctrica y siderurgia. Trayendo aquí cifras y datos del Banco Hispano Americano, resulta que si en el año 1935 la energía eléctrica producida en España era de 3.272 millones de kilovatios, en 1954 se alcanzaban los 10.476 millones. Doce meses más tarde, en 1955, se llega a los 12.200 millones, con un incremento de casi una tercera parte en la de origen térmico.

A párrafo aparte se traen ahora los números de producción de lingotes de hierro y acero. Empezando con el hierro, y considerando que el índice de 1929, que da 748.936 toneladas, no se vuelve a alcanzar hasta el año 1952, las estadísticas de 1954, dan ya 877.536 toneladas, y las de 1955 suponen un aumento que llega hasta las 975.000. Con el acero

los resultados son igualmente satisfactorios, pues si en 1929 se conseguían alrededor del millón de toneladas, la industria española no vuelve a remontarse a esa cifra hasta 1954, con sus 1.099.968 toneladas. El año 1955 nos da 1.195.000 toneladas, máxima producción de todos los tiempos.

Otro elemento hay que no deja lugar a dudas sobre la expansión de la economía española. Este elemento no es otro que la renta nacional, el mejor exponente del progreso de una nación. En el último decenio se ha alcanzado un índice medio de crecimiento del 5,3, porcentaje superior al de los mismos Esta-

dos Unidos, cuya alza se calcula en el 1,9 por 100. Nuestro porcentaje es superior también al de los países de Europa occidental, que oscila entre el 1,5 y el 2 por 100. Se explica este fuerte aumento de la renta nacional de España por la intensidad del proceso de recuperación económica en los últimos años, al reaccionar después de la postración que quedó el país por causa de la guerra civil primero, y por el bloque exterior seguidamente.

**LA AYUDA AMERICANA
VISTA POR LOS BAN-
QUEROS**

En las Juntas generales de los Bancos se ha debatido ampliamente, y con buen criterio, sobre la Ayuda económica que los Estados Unidos proporcionan a España en diversas formas. La pregunta que planteaban los fi-



1955 ha sido un año satisfactorio para la Economía nacional. A través de las actividades bancarias puede verse también con optimismo el futuro

nancieros era ésta: ¿Qué efectos ocasiona en nuestra economía?

«En 1955 se ha notado ya el influjo de la Ayuda Americana en la economía española y ello ha contribuido a incrementar el índice de prosperidad», afirmaba el presidente del Banco Urquijo.

Félix Millet, del Banco Popular Español, hizo un estudio minucioso de la Ayuda, y como resumen de sus argumentos afirmaba: «Es indudable que ha representado para nuestro país una victoria la decisión americana con su gran programa de ayuda, victoria que ha repercutido en la política internacional, porque sin esta posición americana nuestra entrada en la O. N. U. hubiera sido más difícil, pero desde el punto de vista económico no basta con ello...» Como síntesis de las cifras dadas por Félix Millet, en defensa de sus argumentos, se recogen aquí las siguientes: durante el año 1955 se han autorizado 95 millones de dólares, en números redondos, de los que sólo se han recibido 23. Estas cantidades elevan el total de lo autorizado por todos los conceptos desde el comienzo de la ayuda a 174 millones y solamente ha recibido España 52 millones de dólares. El valor de lo recibido en los dos últimos ejercicios representa únicamente el 35 por 100 de lo contratado, y una cifra muy inferior si se compara con lo autorizado.

La recepción de bienes, a través de la Ayuda, ha ejercido un efecto moderador sobre la economía nacional, en opinión de los técnicos del Banco Hispano Americano. Las importaciones de algodón han aumentado las disponibilidades procedentes del mercado interno y de otro origen. Las primeras materias, la chatarra y los combustibles han facilitado recursos a muchas industrias para producir a pleno rendimiento. Las importaciones de alimentos han ayudado a cubrir los déficits de la producción, especialmente de materias grasas. En cambio, no se han hecho sentir tanto los beneficios de las importaciones de bienes de equipo, dada su reducida cuantía.

Como consecuencia de todo ello, la ayuda americana que al iniciarse desorbitó la expectativas de los empresarios, ha producido hasta ahora un efecto puramente moderador. Hasta el momento, los excedentes agrícolas han sido el objeto principal de la ayuda, debido en parte a la presión de los acumulados en Estados Unidos, y en parte, a las necesidades de la economía española. Estos han hecho más fácil la estabilidad en nuestro país durante 1955.

Deseo generalmente compartido por los financieros españoles es que, si en un futuro próximo se puede conseguir aquella estabilidad con la producción española, la ayuda entonces debería dirigirse a la renovación y modernización de los equipos productivos. Para ello, en las condiciones meteorológicas favorables está una clave de la solución.

LOS BANCOS ECHAN SUS CUENTAS

Lógico es que un año satisfactorio para la economía nacional,

como lo ha sido 1955, se traduzca en favor de las cuentas de ganancias de las instituciones bancarias. Uno por uno, los Consejos de Administración van haciendo públicos los balances referidos al pasado ejercicio.

El Banco Hispano Americano ha obtenido en 1955 el beneficio líquido más alto de su historia. A 240 millones de pesetas asciende el saldo favorable, por lo que han repartido también el máximo dividendo autorizado y han podido llevar a reservas la suma de 94 millones. Después de estas operaciones, cuenta hoy ese establecimiento con un capital de 730 millones en reservas, 500 de capital social y 487.5 millones desembolsados.

El Banco Central, con el año último ha logrado un beneficio líquido de más de 191 millones de pesetas, lo que supone un 22.7 por 100 más que el ejercicio precedente. A sus accionistas ha entregado el máximo dividendo que las leyes autorizan y ha ingresado en sus fondos de reserva 70 millones.

Dentro de la satisfactoria marcha de los negocios bancarios españoles, general a la totalidad de los establecimientos, el Banco Urquijo ha saldado sus cuentas con 95 millones de beneficios líquidos. El Popular Español lo ha hecho con 24 y el Banco de Aragón con 25 millones. El de Bilbao ha cerrado el ejercicio con más de 144 millones líquidos.

Como otra muestra del progreso económico general de la nación, además de los balances favorables de los Bancos, está el alza de las cuentas corrientes, que sólo en el primer semestre asciende a 6486 millones de pesetas, o sea de un 6.2 con respecto al mismo período de tiempo en 1954. Este aumento de las disponibilidades de dinero ha permitido hacer frente a las necesidades públicas, incorporando la Banca privada a su cartera dos mil millones de títulos del Estado.

La actividad emisora de valores en 1955 ha sido muy superior a la de los años precedentes, con un aumento mayor en el sector público que en el privado. Las emisiones públicas se estiman en 16.500 millones frente a 10.500 millones en 1954. Las privadas se han remontado a esta última cantidad, lo que supone 2.500 millones más que el año anterior.

La Bolsa, por su parte, ha mantenido el auge de sus cotizaciones, auge que arranca del otoño de 1953, pero con mayor brío en el último trimestre de 1955. Las causas de este alza pueden ser el mismo progreso de la producción industrial, la rentabilidad indirecta que supone el sistema de ampliaciones de capital, las disposiciones de la nueva ley de Contribución sobre la Renta que favorecen la inversión en valores eléctricos...

En 1955, la peseta ha demostrado una magnífica estabilidad, y merece destacarse que ninguno de los movimientos que se han producido en la economía del país ha repercutido sobre su valor de cambio. Significa esto que la continuidad en el cambio demostrada por nuestra moneda se debe a la confianza que en ella

tienen puesta las finanzas internacionales

AUMENTAR LOS RENDIMIENTOS, MEDIDA DE NECESIDAD

Por el examen realizado por las Juntas generales de los Bancos parece confirmarse que este año 1956 se desenvuelve guiado por los mismos propósitos del precedente, que garantizan la continuación de una intensa actividad en los sectores fundamentales de la producción. Pero esta seguridad en la continuidad del progreso experimentado durante 1955 no excluye, según opinión de los técnicos del Banco Hispano Americano, la atención a las tensiones pasajeras que pueden surgir en el desarrollo mismo de los planes económicos.

En efecto, toda economía que, como la nuestra, alcanzó el grado de ocupación total de sus recursos y que ve incrementar la demanda, puede necesitar una mayor cooperación del comercio exterior para aliviar dificultades en las industrias de cabecera o en la esfera de consumo, especialmente en el sector de la alimentación.

Haciendo una previsión a plazo más largo, los propósitos de empresarios y consumidores exigen incrementar el rendimiento de los actuales recursos disponibles, humanos y materiales. En este sentido, el aumento del equipo mecánico, de la energía y el perfeccionamiento de la técnica son necesarios. Todo esto complementándose con un progresivo reajuste del mercado de trabajo para elevar los rendimientos.

Al tratar de la elevación de rendimientos se ha hablado también de los aumentos generales de salarios, recientemente acordados. Los técnicos de la Banca están conformes con la medida porque consideran necesario aumentar el poder adquisitivo de las masas. Aplauden este propósito y reconocen también que el alza por sí sola no posee un poder taumaturgico de solución total. La misma idea fué expresada por el Caudillo: «Los aumentos de salarios deben ser en su mayor parte absorbidos por los aumentos que puedan lograrse en la productividad y por la propia economía de la producción». Significa esto en opinión de los financieros, que la coordinación es necesaria y precisa, que hay que lograr de la industria la absorción de las cifras que signifiquen los aumentos de salarios, sin repercusión en sus propios precios. Es decir, que la subida de salarios ha de ser compensada con una mayor producción y la fórmula para aumentar ésta es la aplicación de técnicas más avanzadas, modernizando el utillaje.

Una prometedora conclusión puede deducirse de los informes emitidos en las Juntas generales de los Bancos: el camino por el que se orienta nuestra economía es un camino que asegura un progreso sin saltos atrás. Se marcha a ritmo seguro hacia una recuperación que permitirá un nivel de vida mucho más alto y más justo para todos los españoles.

Alfonso BARRA

(Fotos Cortina)

MEDIA EUROPA EN LAS MALETAS DE PEMÁN

"PARA ELLOS LOS ESPAÑOLES NO SON SERES CANSADOS"

UNA VOZ NETAMENTE ESPAÑOLA EN LA VIEJA CIUDAD DE GRAZ

SITUAR a Pemán en Madrid no sería exacto ni veraz. Pemán va y viene. Pasa, hace estación en Madrid. A Madrid trae sus mercancías, las presenta, deja y se va. Se va hacia el Sur, a su costa gaditana, para sumergirse en el pensamiento y modos de su vieja raza.

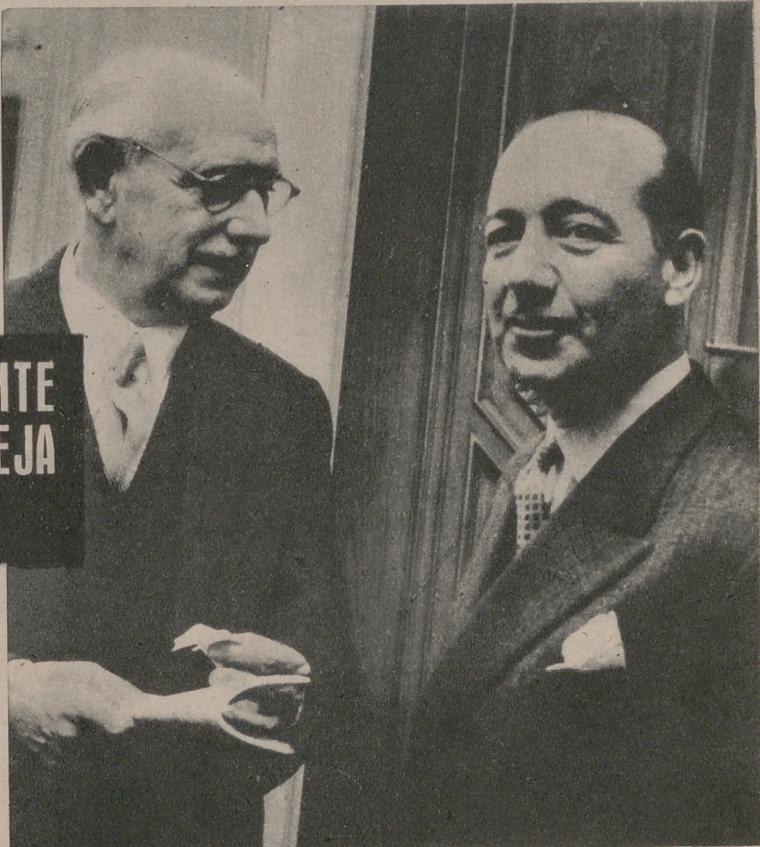
No es, sin embargo, un pensador, un escritor, un artista regional. Español es por entero. Piensa, siente y escribe y habla como español. En todas partes está, ojo avizor. A todas partes llega, con su porte señorial. Y de todas partes habla y escribe con palabra siempre joven por su poesía y humor. Porque Pemán, en resumidas cuentas, no es más que eso: la palabra española hecha carne. Palabra viajera, incansable.

—No he hecho más que literatura en mi vida.

Esta es su confesión general. Y ya tenemos registrada su otra ordenada: el tiempo. Todo lo suyo, hasta los límites humanos que son el tiempo y el espacio, lo tiene relleno de literatura hablada o escrita. Y recuérdese que es padre de familia, de familia muy numerosa. Y ya se cubre de canas revueltas, pero vigorosas, algo juveniles, si vale la paradoja.

A primera vista resaltan, como primeras, varias notas humanas: templada juventud, vigor, serena pasión... La movilidad de esas nubes de marzo que recorren el telón gris para dar paso a la primavera granadina. El ardor de un joven en amor. En fin, el más vivo candelabro humano de cualidades para alumbrar su aguda e inquieta mente, siempre en vuelo, como la abeja, para sacar ideas y valores envueltos en humor y poesía.

No así se considera él. Se mira, se toca, ojea por los interiores de su casa, donde cada cosa es un recuerdo, un algo que testimonia pasado, y parece que se considera viejo. Pero es que está valorando lo externo. Se sale un poco de su



Pemán, en el balcón de su casa de Madrid

intimidad. Si en la mutación de las cosas va la naturaleza del tiempo, él se lanza, se lanzó, como piragua en el río, para ir con la corriente, con su sucesión. Para no quedar. Hace falta energía, y eso es lo que le sobra. Toda clase de energía. Y valor.

Quizá desde fuera pueda ocurrir lo que en cierta ocasión dijo de los personajes históricos.

—A los grandes personajes les pasa como a las actrices, que, a fuerza de publicidad, viven muy de prisa. Todo el mundo cree que las actrices son siempre más viejas de lo que son.

Y Pemán ha vivido muy de prisa en la memoria española, no por publicidad, sino por presencia pública. No creo que haya hoy otra personalidad literaria más popular en España. Como poeta, como dramaturgo, como orador y últimamente como articulista. Pero de lejanos años viene su nombradía, y eso le hace externamente viejo porque ha vivido muy de prisa en la memoria española.

Es curioso: popular es su firma literaria; es decir, lo que en otro orden de cosas se llama firma comercial. Y, según parece, es su única firma. Y en verdad que todo su pensamiento arranca de lo cotidiano, de las minucias de la gente. Es el hombre que se eleva, nunca baja de lo abstracto. Sigue al hombre de carne y hueso, sea del día o del pasado. Le ve un gesto o le oye una frase, e inmediatamente se remonta a las alturas para batirlo en su en-



En estas dos fotografías se recogen el primer éxito teatral de don José María Pemán, «El divino impaciente», y el último: «Julio César»



tendimiento y luego devolverlo con garbo y alegría a quien se lo dió.

—No soy partidario de las expresiones populares.

Lo dice con tono de mesura, porque la mesura y la elegancia, dotes de gran señor, miden y cortan sus gestos y palabras. Pocos han de ser los que conserven cicatrices suyas, aunque también le esté permitido e incluso aconsejado echar o despejar a latigazos, como Jesucristo hizo en el templo. Pemán, según su frase, aletea sobre la corriente del genio popular, pero no encaja las cosas en los peyorativos o negativos marcos populares, cuando lo son.

Creo que tenemos a la vista una lección: la presencia pública y permanente por la vía positiva, sin ir contra esto y aquello. Cualquiera que sea su valor según los eventuales y particulares reglamentos de los grupos poéticos, su poesía es popular. ¿Por qué?

Y es que a don José María Pemán le retiene, le impide irse lejos, su humanismo católico. Y español, si esta última determinación se agrega en su debida cuantía.

—Los valores humanos y vitales tendrán la palabra.

Así se expresa ante todo el

avance material. El Séneca, ese hijo de su mente que anda por los campos andaluces, no parece más que la revalorización del hombre frente a la técnica, frente al artificio comercial y convencionalismos actuales, que son los tributos que hay que pagar a la prisa y a los recelos de nuestro tiempo. No se aparta, sin embargo de la realidad:

—Sin incurrir en marxismo, hay que reconocer que las realidades materiales y técnicas presionan decisivamente sobre muchos problemas que planteamos como puramente intelectuales o espirituales.

En resumen: es un sincero y veraz espectador de nuestros días. Muy sensible y minucioso. Parece que fracciona, pulveriza lo que pasa y acontece, para luego reportarlo, ponderarlo, calibrarlo y, por último, dar su valoración.

Y, al final de cuentas, ¿qué es? —Las revoluciones se producen porque el «ser» deja de defenderse.

En esa frase creo que está él. Un tradicionalista y, además, conservador, sin que en tales apelaciones haya el menor atisbo de política. El ser puede seguir siendo, sin que haga falta los violentos y bruscos quebrantos. Basta con saber seguir, con evolucionar,

sin anclaje total y definitivo en una época o período. Porque lo trascendente va por encima del tiempo.

Así veo a «Pemán 1956».

LO QUE EUROPA ESPERA DE ESPAÑA: ALEGRIA, ILUSION...

Convertido en apoderado de su propio pensamiento y palabra, cruzó hace poco media Europa en busca de la vieja ciudad austriaca de Graz, para ser testigo del hecho hispánico del estreno de «Christop Columbus», oratorio escénico sobre un poema suyo, con música del maestro Richard Klatovsky. Una obra que consta de prólogo, cinco cuadros y un epílogo. Canta con ritmo épico en su segunda parte la travesía por el mar de las carabelas de Colón. Una concepción renacentista. Colón, ante el hombre de nuestro tiempo, tiene como testigos a Ptolomeo y Viracocha, interviniendo como defensores y adversarios, en el juego dramático, la opinión y contraopinión, la voz y contravoz. Porque alterna el canto con el recital. Y la música de Klatovsky, viajera por el tiempo, va de lo moderno al gregoriano, para terminar utilizando como elemento melódico en el gran final musical una vieja canción extremeña.

Y hubo de hablar, como en un estreno de acá. Empresa aventurada en un ambiente dominado por violines y baritonos centroeuropeos, a poca distancia de la Viena musical. Pero su rotunda voz, alegre y cantarina como un torroncillo en cabecera, con la musicalidad de su lejana Andalucía, fueron haciendo el verdadero epílogo humano de aquella sesión de arte.

—¿Qué esperaban, qué ofan de su discurso castellano en aquella ciudad de Austria?

Como si se tratase de un regalo, de un recuerdo de aquello, Pemán extiende blandamente su brazo derecho, lo agita en lento torbellino mientras cuenta casi cantando el cuadro plástico de su auditorio, porque la mayor parte no sabían castellano.

—Caras alegres es lo que yo veía. Esa breve alegría que se asoma atraída por la musicalidad latina.

Curioso es este puente de música entre las dos orillas de sensibilidad. Un auditorio, con nervios hechos pentagrama, que corre con sus oídos detrás de la melodía de un idioma, y un orador que ve registrado el juego de tonos de sus palabras en las expresiones de cara de su auditorio. Y no es nuevo nuestro castellano en aquellas ciudades.

—Y ¿qué novedad cree usted haberles presentado como viajante de su propia palabra?

—La del gesto.

Al gesto, la gesticulación cree Pemán que miran los pueblos doloridos de nuestra Europa central, de esperanzas un poco abatidas. «Porque les interesa más que lo que uno dice, encontrar un ser humano que dice —lo que sea— con entusiasmo y gesticula con viveza.»

—¿Qué admiran entonces en nosotros?

—La vitalidad.

—¿Por qué?

—Porque están agotadas todas las soluciones europeas. Al ver la



Una escena de la vida familiar en el hogar del escritor: la hora de la comida

cosa europea como callejón sin salida, miran con interés lo español.

—¿Qué concepto tienen de lo español?

—Un conjunto de valores animosos. Cosas activas y llameantes. Seres no cansados.

—Y ¿qué esperan de nosotros?

—Alegria, ilusión...

El deje de estas últimas palabras, porque Pemán no puede hablar sin tonos, sin entonación, parece arropar el mensaje salido de la punta de su brazo extendido. Ha vuelto de allá, después de rastrear por el alma, algo melancólica, de aquella gente fina y sensible. Se ha traído sus palabras imperceptibles, esas palabras que se expresan como transpiración del espíritu. Y después de descifrarla con mente y corazón, ha descubierto su S. O. S.: angustia.

—Dice usted que esperan alegría, ilusión. Pero ¿y cosa concreta?

—El contacto con los españoles origina en ellos una curiosidad simpática. Pero una filosofía española de la vida que haya de incorporarse a su practicismo no les llama tanto la atención.

—Usted en pocas horas ha vivido en los dos ambientes. ¿Cómo nos ve después de su estancia en el centro de Europa?

—Muy tradicionalistas, pero poco conservadores.

Y volviendo un poco majestuoso con su memoria a las viejas ciudades germánicas por donde anduvo, va relatando como el que cuenta lo que ve con un telescopio.

—La reconstrucción de la Opera de Viena... Las cervecerías con valeses en Alemania... Todo ese mundo entrañado que vuelve, permanece y se defiende como formas y modos del país, pone a la luz del día un sentido de conservación. Nosotros, no.

—Entonces, ¿encuentra dificultad para penetrar lo moderno, que a veces no es más que lo extraño?

—Son poquísimas, casi ninguna, las cafeterías americanas que he podido ver.

Y, tras un quiebro con la mano, completa la comparación:

—Nosotros nos americanizaremos antes.

SE APRECIA LO AUTENTICAMENTE ESPAÑOL

Caminante por las calles y caminos de Europa, no ha dejado de mirar y escuchar. No se ha considerado transeúnte extraño, pero sí algo distinto. Así ha ido viendo y oyendo.

—En esos países, concretamente Austria y Alemania, ¿hay fuertes movimientos culturales hispanistas?

—Sí. Fuertes. Siguen de cerca, minuciosamente, nuestra cultura, y, además, simpatizan con nuestro modo de ser, tienen afecto a nuestro ser.

—Pero, de pueblo a pueblo, ¿en qué se fijan, qué aprecian más?

—Todo lo auténticamente español. Su interés por cualquier cosa española es mayor cuanto más nuestra sea específicamente. No les llama la atención lo europeoizado.

—Eso entraña un valor más



Con su nieta Teresita y con sus hijas Teresa y Pilar

bien depresivo, puesto que significa que nos consideran algo extraño y curioso.

—Antes, sí; ahora, no. Ellos parten de nuestro buen ánimo.

—¿Sólo eso?

—No. Para llegar al conocimiento completo y solvente de muchos valores españoles, hay que ir por allí. Cuadros de Velázquez... Los Murillos portentosos de la sala de Munich... Allí está Murillo. No el Murillo acaramelado que por aquí se presenta.

—Voy a saltar por encima de los límites de la delicadeza. ¿Dónde cree usted que hay más simpatía por lo español, por ese buen ánimo?

Sonriendo, repasa mentalmente lo andado.

—Quizá más en Austria, y también Baviera.

—¿Ha encontrado la razón?

—El ser más meridional. Se las considera como la Andalucía de allá.

Surge así una nueva perspectiva en el diálogo, por la que se lanza rápido.

Es curioso —insiste— ese fenómeno de la división de Norte y Sur. No es una pura división topográfica. Hay algo vital.

Y anticipa lo que va a decir con sus propios brazos.

—El Sur es más abierto.

Mirándonos quedamos, en espera de nuevas aportaciones, de nuevos matices distintivos. Pero él sigue además dándole vueltas a ese misterio que no sabemos si es puramente geográfico.

—¿Por qué—se pregunta en alta voz—el sur de Francia es sur junto al norte de España?

En el aire dejamos la pregunta, que alguien recogerá. Seguiremos nuestro itinerario por Europa a través de las notas mentales del escritor viajero. Ha pasado por Francia, Alemania, Austria e Italia.

—¿Qué ha observado en todos ellos?

—Modernidad.

—¿El París de hoy?

—La ciudad de la moda.

—Pero la moda tiene doble vertiente: brillo momentáneo, rutinitante y llamativo; y también inconsistencia y fugacidad.

—Así es París desde este punto de vista. Todo es burbuja. Las novedades lucen y crepitan; pero pronto el tiempo se las lleva. Hasta los problemas filosóficos. En Alemania hay una filosofía existencialista consistente, que París ha quemado en diez años.

—¿Qué cosa española brilla en estos momentos en París?

—Hoy, el éxito español en la capital francesa es «El perro del hortelano», de Lope de Vega. Una escenificación colorista, movida y dinámica que presenta Sarraut. Tan dinámica, que lo da sin entreactos.

—¿Dónde cree usted que pueden hallarse los mejores cauces para nuestra juventud?

—En Italia.

—¿Por qué?

—Es mediterránea, equilibrada. Queda pensativo unos momentos y luego va emitiendo poco a poco sus breves e íntimas reflexiones. Habla quedo y despacio, y abre sus brazos en suave gesto de homilía.

—La literatura moderna italia-

na —continúa diciendo— es más seria, más real.

Chozoso por el encuentro de una frase manifestada durante una entrevista a su paso por París, se adelanta un poco en el asiento, más expresivo que antes. Ríe y acciona como queriendo disipar la extrañeza que en su interlocutor produjo.

—La literatura tremendista y angustiosa francesa—ésta fué la frase—se toca con la novela pastoril.

El fuerte contraste invita, desde luego, a la confusión, a la desorientación.

—Aquí tenemos el adagio de que «los extremos se tocan». Pero, ¿por qué se tocan el tremendismo y la feliz tranquilidad de la novela pastoril?

—Por lo artificial.

—¿Y ese neorealismo italiano que tan crudamente se nos presenta?

—En él hay inquietud moderna, con exageraciones, pero con elementos humanísticos de fondo cristiano.

Aunque ha pasado el tiempo previsto para un largo viaje que tiene preparado, no mira ni toca el reloj durante los continuos movimientos de sus brazos. Pero no lo olvido. Nobleza obliga.

POETA, DRAMATURGO, ORADOR, ARTICULISTA... SU FORMULA: INCORPORAR EL HUMOR E IRONIA A LAS SOLUCIONES POSITIVAS DE LA VIDA

Y por nobleza hay que ser breve. Sólo queda un rastreo por sus muchas actividades literarias, que, según dice, las realiza siempre con alegría. Trabaja en su tierra del Sur: Jerez o Cádiz. El tiempo climatológico señala las fechas. Allí crece. En Madrid sólo la vida activa.

—Creo que ninguna de mis obras se ha engendrado en Madrid.

—Usted es poeta. ¿Qué tiene que decir a estas alturas de la poesía?

—Que es orgánica, como la diabetes. Y, por tanto, básica.

—¿Su función?

—Hablar al hombre. Expresarse auténticamente.

—¿Sucede eso en la actualidad?

—Estamos en una época de crítica. Un fenómeno nuevo. El poeta sale al público como si fuera a un examen, porque al día siguiente tendrá la sentencia. Si esto hubiera acontecido en nuestro Siglo de Oro, quizá al-

gunas cosas no hubieran visto la luz.

—Usted es orador. ¿Qué dice de la oratoria?

—Es un don del cielo. También fisiológico. Empieza donde empieza la añadidura al razonamiento. Añade sugestión a la idea.

—¿Cómo prepara sus discursos?

—Primero, un esquema muy apretado. Luego pienso las imágenes en que ha de apoyarse un razonamiento. Las pienso y las escribo, aunque pocas veces me valen tales notas.

—Usted es autor teatral. ¿Qué cuenta del teatro?

—Que nuestro teatro tiene imperativo de masa. Es popular Devorador. Si fuese más estilizado, estarían los empresarios sin obras.

—¿Y la influencia extranjera?

—El gran conocimiento del teatro extranjero, como sucede ahora, trae consigo la crisis de encaje de las fórmulas tradicionales.

—Estamos en el Año Ignaciano. ¿qué balance hace del «Divino Impaciente»?

—Fué hecho con inconsciencia absoluta, sin sentido polémico, y se ha hecho perdurar. Fué batalla sin enemigo. Los socialistas, que esperaban un mitin, se encontraron valores para ellos desconocidos: el Evangelio.

—En las palabras con que San Ignacio despide a San Francisco Javier va un soplo de vocación: una concepción mística y misionera que valen por un libro de formación espiritual. ¿Acaso el «Divino Impaciente» es la obra que más le satisface por sus efectos?

—Sí. Por encuestas realizadas en Seminarios se ha comprobado que más de tres o cuatro vocaciones han tenido su raíz en el «Divino Impaciente».

—Usted es articulista. ¿Qué se ha propuesto?

—Incorporar el humor e ironía a las soluciones positivas de la vida. Con ello se captan valores del escepticismo.

—¿Por qué?

—Porque antes, desde principios de siglo, la ironía y el escepticismo se hermanaban. Ironía demoleadora, impugnadora de lo positivo. Pocas veces se ha compaginado el tono entusiasta y positivo con el irónico y humorístico.

—¿Hay motivo para tanto humor?

—Creo que el que tiene cuatro o cinco principios fundamentales tiene mucho de qué reír en el mundo.

Los minutos se consumen. Más brevedad.

—Después de su viaje por Europa, ¿ha hecho algún propósito?

—Realizar un teatro de esperanza y alegría frente al de la angustia europea.

—¿Lo esperan?

—Me lo pedían. Pedían: ¡Por Dios, un teatro de ilusión y esperanza!

Con tono más grave termina:

—Esta pudiera ser ocasión de España, partiendo de la misma angustia que agosta al mundo.

JIMENEZ SUTIL

(Fotos Cortina)

EN LA CASETA TAMBIEN SE JUEGA

LOS ARTICULOS DEL REGLAMENTO SOBRE LAS "PRIMAS A TERCERO"



ENTRENADORES, DELEGADOS Y PUBLICO

TORMENTA en un vaso de agua Cortina de humo desparecida. Caso futbolístico esfumado. Chismes de portería...

Estas y otras denominaciones han sido el aparente colofón del revuelo armado la pasada semana, en vísperas del partido entre el Atlético de Bilbao y el Barcelona, a raíz de unas declaraciones hechas por el entrenador del equipo bilbaíno, Fernando Daučík, a un reportero de Alicante el domingo anterior, y aireadas después un poco desorbitadamente, en distintos sectores deportivos de Prensa.

Repentinamente, la sensatez se impuso. El ambiente, que se presumía cargado en torno al «encuentro cumbre de San Mamés», se fué aliviando hasta entrar en el cauce de expectación puramente futbolística. Incluso los periódicos que más jalearon—en pro o en contra—el «caso» Daučík callaron de pronto. Y la Liga 1955-56 sigue viviendo sus últimos días, en lógica tensión general de fines de temporada. El resultado de victoria mínima a favor del Atlético deja indécisa la lucha por el título y pueden continuar hasta el día 22 del corriente, fecha que cierra la temeraria liguera, las cábalas en torno a los posibles campeones. O a los promocionistas de descenso a División inferior. O de ascenso a la superior, si de Segunda y Tercera se trata.

Una vez más lo fundamental aplastó a lo accidental. Y aquí no ha pasado nada.

Y, sin embargo... algo pasa. Pasa, sencillamente, que en el fútbol el ambiente se enrarece con excesiva frecuencia. De un lado, la masa cada vez más frecuente de aficionados desorbita las cosas de modo alarmante, dentro y fuera de los campos. De otro, el profesionalismo, mal entendido por parte de los jugadores, y los intereses económicos de los clubs se anteponen muchas veces el auténtico matiz deportivo de las competiciones.

El mal no es de ahora. Pero ha tenido brotes recientes que conviene analizar aquí. No por el placer de hurgar en la herida, sino por todo lo contrario. Para difundir su claro diagnóstico y contribuir al remedio. El cual no



El fútbol español presenta socavones en los campos de juego. Aquí se ve el momento de rellenar un hoyo con serrín, en el campo del Hércules de Alicante

consiste más que en dar estado oficial a cada caso dudoso, y una vez hecha la comprobación, esperar que los organismos competentes obren en consecuencia. Y en justicia.

Lo demás—comentarios irónicos, polémicas periodísticas, gritos alusivos en los campos de fútbol—no conduce más que a embarullar las cosas, ahogando a veces lo sustancial en el humo de los meros incidentes, que son, precisamente los que se jalean. Como ocurrió, por ejemplo, en el mismo «caso» Daučík.

¡BARULLO, BARULLO!

Breve repaso a los hechos. El entrenador bilbaíno, estando con su equipo en Alicante para jugar contra el Hércules, colista irremediable de la Primera División, hace unas declaraciones que son publicadas en un diario de aquella capital. Se aborda, entre otros temas, el grado de probabilidad que el Atlético tiene de proclamarse campeón. Daučík afirma que la Liga, en estos momentos, es lucha de dinero contra dinero. Y añade que es lamentable se pierdan las cualidades intrínsecas del fútbol como deporte. «En la etapa culminante del torneo—recalca—se brega



Barullo dentro y fuera de los estadios. Aquí vemos el barullo en el interior: partido Madrid-Real Sociedad

no sólo frente al valor balompédico real del enemigo, sino también contra los estímulos económicos facilitados por terceros.»

Preguntado si piensa en algún equipo concreto al hacer estas afirmaciones, y si este equipo es precisamente el Barcelona—rival del Atlético de Bilbao para el título—, contesta que no rotundamente. Que «se refiere al fútbol en su sentido general.

Un despacho de agencia con el resumen de la conversación de Daucik con el periodista alicantino es transmitido a diversos diarios de toda España. De buena fe y sin otra explicación posible que las exigencias de la conclusión informativa, se omiten en ese despacho algunos extremos, y, entre ellos, la salvedad hecha por Daucik al afirmar que no se refiere a un equipo concreto. Un diario madrileño recoge la información de la agencia en forma destacada y califica de muy graves las declaraciones del entrenador atlético, al mismo tiempo que pide al Comité de Competición le comine a puntualizar las denuncias; de no poder probarlo, la sanción debe recaer sobre él. Por su parte, personalidades afectas al C. de F. Barcelona, a requerimiento de un periódico deportivo, acusan a Daucik de imprudente, sin conceder, por otra parte, gran importancia a sus palabras.

Se ha armado ya el revuelo, y el aludido se ve en la precisión de puntualizar sus palabras en una rueda de Prensa celebrada en Bilbao el miércoles 4 del corriente, un día después de haberse hecho público el despacho de la agencia. Apela a lo publicado el domingo anterior en el periódico alicantino y se ratifica en las declaraciones allí insertas, al mismo tiempo que lamenta se hayan omitido en otros diarios los que se limitaron a recoger el despacho de agencia—su afirmación de no referirse concretamente al Barcelona—. Añade que se encuentra en una situación comprometida cuando hace declaraciones. Si las rehuye le tachan de grosero y extranjero; si habla se tergiversan sus ideas o se le atribuyen cosas que no ha dicho.

El comentarista del diario ma-

drileño aludido, al recoger estas nuevas manifestaciones de Daucik, considera atacadas la honestidad y competencia de los informadores periodísticos y pide que, además de la Federación Española de Fútbol, tome cartas en el asunto la Agrupación de Periodistas Deportivos. A lo que el diario «Marca» contesta al día siguiente que «no es para tanto». Por su parte, el presidente del citado organismo, en declaraciones publicadas ese mismo día—viernes 6—en un diario madrileño de la tarde, opina que la Federación—mientras no haya denuncias concretas—debe inhibirse de estos asuntos, a los que califica como «chismes de portería». La cosa queda ya reducida a los coletazos de la polémica periodística, que cierra el sábado, víspera del encuentro Atlético-Barcelona en San Mamés, la Prensa bilbaína. La expectación ante el inminente e importante encuentro, lo borra todo a partir de la mañana de ese domingo.

Por la tarde, en los vestuarios, Daucik, con la satisfacción de la victoria, se siente locuaz y responde a las preguntas de los informadores que han asistido al encuentro. Pero sólo habla del buen juego de sus muchachos, de la táctica defensiva del Barcelona, de los aciertos del árbitro. De sus declaraciones famosas y del revuelo armado con ellas, ni una palabra. El «caso» Daucik, como tal, ha terminado.

LAS «PRIMAS A TERCERO»

Y, sin embargo, lo que ha terminado en realidad no ha sido más que el barullo que ha hecho desviar la atención del asunto principal. Ya no se trata de lo que haya dicho Daucik en Alicante y de las interpretaciones y derivaciones incidentales que sus palabras hayan tenido.

El hecho real e importante es que el ambiente futbolístico, bastante cargado ordinariamente, se enrarece más, año tras año, a medida que la Liga se acerca a su fin. Es precisamente ese ambiente el que recogió Daucik al afirmar que «en la etapa culminante del torneo se brega no sólo frente al valor balompédico real del enemigo, sino también

contra los estímulos económicos facilitados por terceros».

Contra ese ambiente no hay más que una solución: denunciar los hechos concretos, comprobarlos y castigarlos. El Reglamento de Partidos y Competiciones, en los artículos 60 al 62, prevé la posibilidad de que existan clubs que, mediante dinero, traten de alterar el resultado de los partidos. Y señala la sanción que corresponde a los infractores en cada caso.

Y uno de esos casos—el previsto en el artículo 60—es, precisamente, el de las primas prometidas por un club ajeno a los contendientes «para forzar su victoria en beneficio propio o en perjuicio de otro». Es decir, las careadas «primas a terceros».

Que se hayan dado o no tales casos es muy difícil afirmarlo. Pero tres cosas son ciertas. Primera: que la opinión que abunda entre los aficionados al fútbol es la afirmativa. Segunda: que la sanción prevista por el citado Reglamento de Partidos y Competiciones parece insuficiente, ya que sólo consiste en una multa igual al doble de la cantidad ofrecida o entregada. Tercera: que hasta la fecha no se ha presentado, ni en esta temporada ni en ninguna de las anteriores, denuncia alguna concreta sobre el particular ante las comisiones competentes de la Federación Española.

ACUSACIONES DE INTENTO DE SOBORNO

Ha habido, en cambio, acusaciones sobre manejos más turbios, con dinero de por medio. Dos de ellas muy recientes, y ambas contra equipos que, militando en Tercera División y jugando el torneo de ascenso a Segunda, llevan camino de clasificarse campeones de sus respectivos grupos.

Una de esas acusaciones no ha tomado aún estado oficial. Se lanzó también en un periódico de Alicante—el mismo que publicó las declaraciones de Daucik—por medio de un directivo del Club titular de dicha ciudad. Se acusaba al Levante de haber intentado sobornar al Mahón en el partido jugado en terreno del Club balear el 25 de marzo. El



Los jugadores del Barcelona reciben enseñanzas de Daucik, cuando éste era su preparador. A la derecha, un intento de agresión a un árbitro, que tiene que ser protegido por la fuerza pública. ¿Dónde están, para todos, las clases de buena educación?

Levante contestó con una nota oficial desmintiendo la especie Quince días después—el pasado domingo 8 de este mes—el equipo valenciano había de visitar al alicantino. Un delegado federativo presenció el encuentro que ganó el Alicante por uno a cero. No hubo más incidencias que la expulsión de un jugador por cada bando. Aun con la victoria alicantina, la clasificación actual del grupo es: 1, Levante, 16 puntos; 2, Alicante, 16. Si los alicantinos, en su afán de ascender, quieren llevar aún el asunto de Mahón—partido ganado por el Levante—por vía oficial, es cosa que pertenece al «secreto del sumario».

En cambio, el otro caso aludido está tramitándose en la Federación Española. Concretamente, lo examina el Comité directivo, a cuya competencia lo hizo pasar el de Competición, cuando el árbitro que juzgó el encuentro Córdoba-Melilla hizo constar en acta que antes del encuentro se le había notificado que un representante del Córdoba había ofrecido al Melilla determinada cantidad de dinero si se dejaba ganar. Hecha la denuncia correspondiente a la Federación Marroquí, fué cursada oficialmente a la Española. El «caso» está, pues, pendiente de solución.

Si se prueba el intento de soborno—que el Córdoba niega, naturalmente, con todas sus fuerzas—, la sanción prevista por el artículo 61 del Reglamento de Partidos y Competiciones es mucho más fuerte que las de los casos de primas a tercero. Por de pronto, multa, importante en cantidad no determinada, pues depende de la suma ofrecida al club oponente; además, descenso a la División inmediata inferior para la siguiente temporada. En todo caso, la resolución no se comunicará al Córdoba—que, por cierto, es el primero de su grupo, con tres puntos de diferencia sobre el segundo—hasta que no haya terminado la actual fase de ascenso.

Afortunadamente, estos casos no se dan con mucha frecuencia en el fútbol español. El último ocurrió hace cerca de diez años, y fueron protagonistas el Albacete, la Cultural Leonesa y el Salamanca, que entonces militaban también en Tercera División, y dos de ellos—Albacete y Salamanca—tenían grandes probabilidades de ascenso a Segunda. El Albacete ofreció dinero a algunos jugadores de la Cultural Leonesa. Las sanciones, que en principio fueron muy fuertes—expulsión de los dos Clubs del fútbol de categoría nacional—, se conmutaron después por otras más suaves. En cuanto al Salamanca, se le impuso una multa de 11.000 pesetas, cantidad ofrecida por un agente del Club a la Cultural Leonesa si ganaba el partido. Ha sido el único equipo en la historia del fútbol español sancionado por primas a tercero.

EL ARBITRO QUE REGALA MINUTOS

No es siempre ante posibles casos de dinero ofrecido a clubs para que ceda minutos o se es-

fueren en conseguir la victoria en beneficio del equipo oferente o en perjuicio de tercero. A veces los tiros se concretan en posibles actuaciones deficientes del árbitro de un encuentro, cuyo resultado adverso puede perjudicar a un club interesado en ganar.

Caso muy reciente: el Celta-Barcelona, jugado en Las Corts el 1 de abril. Se dijo que el Club catalán consiguió la victoria cuando habían pasado varios minutos del tiempo reglamentario, e incluso se había rebasado el posible descuento por interrupciones de juego. También aquí ha habido más prisa, incluso por parte del equipo perjudicado, en armar el revuelo periodístico correspondiente que en hacer una reclamación en regla ante la Federación Española. Se ha hecho, eso sí, pero fuera de plazo. Lo que no quiere decir que sea desestimada. El Comité de Competición tiene facultad para admitirla. Y probablemente la habrá admitido en su última reunión.

Pero el hecho concreto es que el Reglamento de Partidos y Competiciones, en su artículo 163, dice que las reclamaciones deben ser presentadas por los clubs dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes al partido, y la reclamación del Celta llegó a la Federación el jueves día 5, cuando ya había celebrado el Comité de Competición su reunión semanal.

De todas formas, y caso de que este organismo competente admita la reclamación, la única sanción fuerte recaería sobre el árbitro, si se le reconoce remiso en el cumplimiento de su deber. Una posible coacción por parte del Club es punto menos que imposible comprobarla. Por otra parte, jamás podrá ser alterado el resultado del partido. Expresamente lo afirma el artículo 166. Tenía que haber constado la posible coacción en el acta arbitral.

Resumen: La Liga 1955-56 toca

Gerardo RODRIGUEZ



El actual entrenador del Barcelona, Platko, sale del foso del estadio Metropolitano, en el último partido Atlético de Madrid-Barcelona

a su fin, y una vez más la pasión futbolística halla en sus postrimerias motivo abundante para desbordarse no sólo en los graderíos del terreno de juego, sino propalando rumores que, con mayor o menor fundamento, van en perjuicio de la pura esencia deportiva. Mientras ésta no logre imponerse a los intereses económicos de los clubs se corre el peligro de que el fútbol, en lugar de un deporte sano para el que lo practica y un espectáculo atractivo para la afición, cada vez más creciente, termine por ser una especie de locura colectiva.



Incidencias en los campos de juego: ¿Es que nadie sabe perder un partido de fútbol?

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EN LA CASETA TAMBIEN SE JUEGA

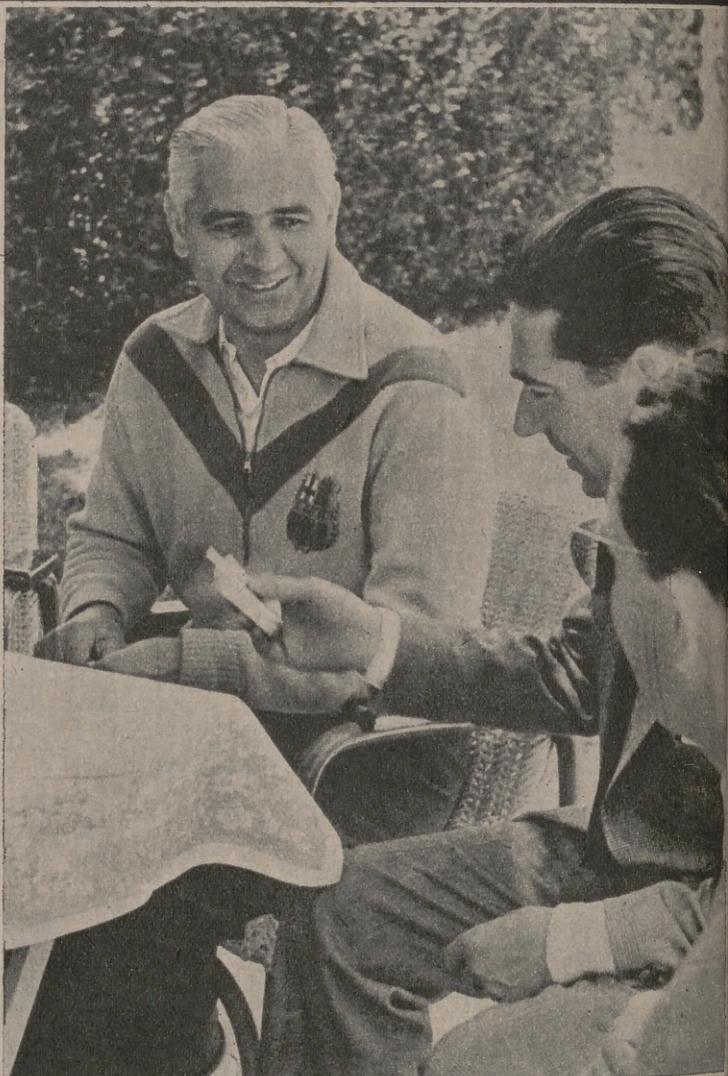


Dos fotografías de Daucik, el actual entrenador del Atlético de Bilbao, cuando pertenecía al Barcelona. En una de ellas puede versele explicando teoría del fútbol sobre las paredes de los vestuarios catalanes

OS ARTICULOS DEL REGLAMENTO BRE LAS "PRIMAS A TERCERO"



sobre la masa aficionada al fútbol ha caído estas días una serie de espectaculares noticias: lea este interesante reportaje sobre el fútbol español en la pág. 41



Platko sustituyó a Daucik en el puesto de entrenador del Barcelona. Aquí vemos al primero saludando a Kubala, después de haber sido campeón del Barça